

# Heredarás nuestros pecados

Alejandro  
Riera  
Guignet



Alejandro Riera Guignet

**Heredarás  
nuestros pecados**

*A Lucía*

# Contents

[Título y Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

La llamada sobresaltó a Laura.

Aunque esperaba que Isabel la llamase, el timbre la asustó como a una tonta. Dudó en responder, pero descolgó nerviosa:

—Hola Isabel...

—¡Hola princesa! ¿Te apetece una cita lujuriosa de desenfreno total?

Laura no supo qué contestar. Nunca sabía si su amiga hablaba en serio o en broma.

—Si no dices nada, te considero viciosa oficial —siguió Isabel con burlona seriedad.

—Pero ¿a dónde vamos esta vez? —Isabel la había llevado a maratones de baile, a inauguraciones de saunas y a parques temáticos. Y su empeño era el mismo: emparejarla. Se preguntó enseguida qué tocaría esta vez...

—Vamos a sumergirnos en el mundo de la mitología milenaria —dijo Isabel con aplomo doctoral.

—Ah... Pero si a ti no te interesa ese tema.

—No te creas, no te creas. Tony dice que es un campo todavía por explorar.

—¿Tony? ¿Y quién es Tony?

—¡No me digas que no te lo he presentado!

—Pues no. Por lo visto con éste no te ha dado tiempo.

—Pues mira, mejor. Así lo conoces esta noche. Nos invita a la exposición. Trabaja en el Museo Nacional de Antropología, en Atocha. —Isabel la sorprendía siempre. Un día era experta en piragüismo, otro en cultivos ecológicos y al día siguiente le apasionaban las pinturas de Magritte. Todo dependía del novio de turno...

—Pero a ti no te interesan esos temas...—insistió Laura sin convicción.

—Eso lo dices tú ¡es un campo fascinante! —le respondió Isabel—. Además, hay que encontrarte un príncipe, princesa, porque si no te mueres de puro sosa. Nada. Quedamos en el invernadero de la estación y luego vamos al Museo.

—Pero...

—Ni peros ni peras, en la Estación de Atocha a la siete.

Y la dejó sin réplica con el teléfono en la mano. Laura sin saber por qué

sintió frío. Sin embargo, no había nada que temer. ¿De qué se asustaba? asistir a una exposición no era, precisamente, una actividad de alto riesgo. Pero notó ese frío en la piel, como una invisible capa de hielo depositada sobre su cuerpo. “Tonterías”, pensó. Y empezó a arreglarse para la cita. “Espero que mamá no me llame ahora”, suspiró mientras empezaba a abrir los cajones del armario.

A pesar de sus recelos y temores, Laura llegó puntual a la cita. Y, como de costumbre, Isabel aún no había llegado. “Lo bueno se hace esperar”, repetía siempre Isabel en estos casos. Pero en el invernadero de Atocha la espera se le hizo más agobiante que de costumbre. “Será esta horrible humedad” concluyó Laura. Pero había algo más. El jardín tropical con sus palmeras erguidas hasta la cristalera le pareció amenazante, como un entramado de lianas y raíces que, de repente, la iban a atraer a sus entrañas de madera húmeda. “Mejor que me tranquilice”, se dijo a sí misma. Pero decírselo no fue suficiente y saltó como un resorte cuando su móvil sonó en el bolsillo.

—Mamá...—respondió con voz cansada.

—Laurita, ¿dónde andas, hija? Me he despertado y no estabas.

—¿No te acuerdas? He quedado con Isabel, la estoy esperando. Estoy en Atocha.

—Déjalo todo, hija. Me siento sola. Esta soledad puede conmigo.

—Vale, mamá. Sólo es una exposición...

—...y dejas a tu madre en la cama.

—Mamá, tienes tus almohadas, tu mando a distancia y tus medicinas.

—...y una hija malvada y cruel que me abandona para satisfacer sus vicios...

—En una hora estoy en casa, mamá —vio entonces a Isabel, con un chico delgado y moreno —Mamá, te dejo, que ya llega Isabel. Un beso.

Isabel y su último novio llegaron sonrientes.

—Laura, te presento a Tony.

Laura le tendió la mano al recién llegado, pero el chico le estampó dos besos y la dejó con la mano colgando en el vacío.

—Espero que os guste la exposición de esta noche —dijo Tony limpiándose los cristales de las gafas. —Isabel me ha dicho que es un tema que os apasiona.

—Ah, sí... muchísimo —respondió Laura titubeante. Y le echó una mirada de enfado a su amiga.

—Vamos, vamos, que llegamos tarde y no quiero perderme el principio — cortó con alegría Isabel.

El enfado de Laura se le pasó al instante. Era muy difícil enfadarse en serio con su amiga. Además, se alegró de dejar atrás el invernadero y sus ramas amenazantes que parecían crecer sólo para atraparla.

Tony, que resultó llamarse Antonio Rodríguez González, trabajaba en el Museo en tareas de acondicionamiento y limpieza. Formaba parte del personal que ponía a punto el sistema de calefacción y aire acondicionado. Conocía el local a la perfección y le mostró a Isabel todos los rincones oscuros y las salas más apartadas. Laura los veía desaparecer, de pronto, y luego oía las risas de la pareja entre achuchones y besos. Al principio se sintió molesta, pero luego decidió dejarles con sus arrumacos y empezó a explorar el museo por su cuenta.

El edificio tenía varias plantas con barandillas transparentes que daban al patio central interior. Cogió un folleto de la exposición y leyó: “Creencias en la antigua Roma: el dios Jano”. Se trataba de una exposición de monedas y esculturas situada en la segunda planta. Tomó el ascensor y llegó a la galería. Detrás de unas vitrinas de cristal reposaban las piezas de arte. Las monedas tenían un color oscuro y los símbolos grabados en ellas estaban casi borrados por el paso del tiempo. Los bustos de mármol la impresionaron más. Todos repetían de manera obsesiva la misma imagen de una cabeza con dos rostros. Los dos perfiles salían del mismo cuello pero se daban la espalda. A veces los dos rostros eran idénticos, pero otras una cara era de anciano y otra de joven. A pesar de lo extraño de este desfile de rostros, Laura se sintió hipnotizada por estas esculturas que la contemplaban con sus ojos opacos desde un abismo de siglos. Sin saber por qué temió que su móvil rompiera el encantamiento y se apresuró a apagarlo. “Este momento es para mí”, pensó. Su madre estaría mirando la televisión a esas horas y no tenía por qué preocuparse. Ya más tranquila, se acercó a uno de los bustos y contempló su doble cara. Los ojos blancos de la estatua volvieron a mirarla con sus pupilas ciegas y sintió que sus piernas se doblaban. Titubeó y se apoyó en la barandilla de cristal. Desde el balcón vio lo alto que se encontraba y sintió que estaba a punto de desmayarse. Desde el pozo negro en el que se hallaba oyó una tranquila voz masculina que le dijo:

—Ten cuidado, ven a sentarte lejos de la barandilla.

Notó una suave mano que la guio hasta un banco.

—No sé qué me pasa hoy, tengo un día raro... —logró decir Laura.

—No te preocupes, descansa un poco.

La cálida voz tuvo un efecto inmediato en Laura y se relajó enseguida. Cuando abrió los ojos, la sala del museo osciló, luego tembló un poco y, al final, apareció nítida ante sus ojos.

—¿Estás mejor? —insistió con preocupación la voz cerca de ella.

—Sí...gracias.

Miró entonces a su lado y vio al hombre. Tendría unos treinta y cinco años y parecía preocupado. Sus ojos eran profundos y dulces. Al verla recuperada pareció aliviado y se incorporó un poco:

—¿Quieres comer algo?

Ante la idea de comer notó que su estómago se revolvía y sintió náuseas.

—No, ya estoy mejor —mintió. E intentó levantarse del banco.

—Despacio... —insistió él ayudándola a incorporarse.

Ya de pie notó que sus piernas flaqueaban un poco pero consiguió enderezarse.

—¿Has venido sola?

—No, con una amiga, pero anda por uno de esos pasillos.

Como vio que el hombre no entendía su comentario, añadió:

—Es que ha venido con un novio y es de las que no pierden el tiempo.

—¿Quieres que te acompañe a la salida?

—No, de verdad, ya estoy mejor. Voy a seguir con la visita.

—Me alegro. Es una exposición fantástica.

—¿Ah, sí? —exclamó incrédula. Hasta el momento sólo había visto rarezas en vitrinas de cristal.

—Sí, es la primera vez que se reúnen tantas piezas dedicadas al dios Jano. ¿Sabías que es el dios de las dos caras?

—Ya lo he visto, son unos bustos muy raros.

—Sí, un poco raros sí que son. Es un dios que tiene dos perfiles. Con una cara contempla el pasado y con otra el futuro.

—Ah...

Laura empezó a interesarse y se sorprendió diciendo:

—Pareces saber mucho del tema ¿me acompañas a ver la exposición?

—Será un placer —y al responderla sonrió y su cara se iluminó de alegría. Laura pensó enseguida que era la sonrisa más agradable que había visto en su

vida.

Laura volvió a pasar junto a las estatuas, pero esta vez sus sensaciones fueron diferentes. Las miradas de piedra ya no le parecían amenazantes, sólo de piedra, muertas, inofensivas. “Será que el mareo ha pasado” —se dijo. Pero cuando vio al hombre sonriente a su lado comprendió su cambio de humor y se ruborizó un poco. Su acompañante era todo entusiasmo.

—Para los romanos, Jano simbolizaba el cambio, la transición, el paso de un estado a otro... El paso del tiempo, vamos, por eso mira atrás y adelante. Era el dios de los comienzos y de los finales —y al señalar uno de los bustos puso un aire muy serio que a Laura, de repente, le pareció un poco cómico. No pudo evitar sonreír.

—Pareces un guía del museo.

—...es que me interesan esas cosas —pareció disculparse por su entusiasmo.

Laura al ver que se había retraído un poco, añadió risueña: “Pues he tenido suerte al encontrarte ¡cuéntame más!”.

—Pues eso, que como era el dios de los comienzos se le invocaba al principio del año. De hecho el mes de enero lo llamamos así en su honor.

—Oh, no lo sabía. Es bonito —y miró con más interés las vitrinas. El dios de los romanos la miraba desde el interior, pero Laura se fijó entonces en el reflejo de su acompañante en el cristal. Lo vio hablando detrás de ella con entusiasmo y se sorprendió al preguntarle: “¿Cómo te llamas?”.

—¿Yo? —él sí que pareció sorprendido, como si su nombre fuera un detalle sin importancia. —Me llamo Diego ¿y tú?

—Laura... encantada—y le tendió la mano. Él la apretó con suavidad y Laura tuvo la misma sensación de tranquilidad de hace unos minutos, cuando la salvó del vacío. Caminaron, entonces, en silencio.

Laura, callada junto a él, no se sintió molesta; al contrario, le pareció de lo más normal caminar junto a Diego. No lo conocía de nada pero a su lado no tenía que dar explicaciones ni justificarse ante nadie. Su madre se hallaba muy lejos, con sus medicamentos y sus cambios de humor, incluso Isabel desaparecía como en el fondo de un pozo profundo... Sólo estaban Diego y ella. Le pareció volver a oír la voz de su acompañante y notó cómo su cuerpo se relajaba al instante más allá de su control.

—...como dios de los comienzos, invocaban a Jano para otras situaciones. Por ejemplo, cuando empezaba una guerra los romanos abrían las puertas de

su templo y sólo las cerraban cuando llegaba la paz... Mira, este busto es precioso...— y le señaló una estatua que a Laura, en efecto, le pareció preciosa: era metálica y dorada y resplandecía bajo la iluminación de los focos.

—... pero mejor que esté cerrado su templo —concluyó Laura.

—Eso es verdad —confirmó él. —Casi todos los mitos tienen un lado luminoso y otro oscuro. El propio Jano lleva en las manos dos llaves. Con una abre la puerta del cielo y con otra de la del infierno...

—¿Y eso qué es? —señaló Laura al ver las monedas negras tras los cristales.

—Son monedas romanas con el rostro de Jano. Mira, esto es un as republicano...

Laura se acercó al cristal pero no pudo contemplar la moneda. En la lejanía una voz familiar la llamaba. “Isabel”, pensó. Y se volvió para ver llegar corriendo a su amiga.

—Laura ¿dónde estabas? ¡vaya susto me has dado! Creía que te habían raptado... ah, ya veo —y miró sonriendo a Diego de arriba abajo. —¿No nos presentas, princesa?

—Claro. Isabel, te presento a Diego, mi guía personal.

—Encantada. ¿Dónde lo habías escondido, princesa?

—Nos acabamos de conocer, sabe mucho de arte.

—Ya. Yo también, en cuanto lo veo. Soy una experta.

Diego ante la pícaro alusión pareció ensombrecerse un poco y la sonrisa se apagó de su rostro. Laura se dio cuenta al instante y no supo qué hacer. Mientras, Isabel seguía hablando y riendo hasta que dio un grito agudo:

—¡He dejado solo a Tony! Debe estar harto de tanta piedra, mejor vamos a rescatarle... ¿te apuntas con nosotros, Diego?

—No, gracias. He quedado con alguien. Ten, no te olvides el folleto —y se lo tendió a Laura.

—Anda, insisto, ven con nosotros guapo —añadió Isabel.

—No, de verdad, no puedo —y Diego la sonrió con una amabilidad que la desarmó.

—Como quieras —se conformó Isabel —. ¿Vamos, princesa?

—...gracias... por la visita —dijo Laura a su acompañante. Sonrió a Diego un poco decepcionada y se dejó arrastrar por su amiga. Desde el ascensor tuvo tiempo de ver a Diego que la miraba desde la galería.



El taxi cruzaba en silencio las calles nocturnas, pero Laura se sentía mareada por el desfile de farolas. Miró a Isabel a su lado: parecía agotada pero feliz.

—Sé que es una locura coger un taxi, —dijo su amiga recostada en el asiento—pero hoy ha sido una noche de locuras. Tony es fantástico. Parece poca cosa, pero cuando se pone a lo suyo es un campeón. Desde hoy ya sé cuál es mi museo preferido... Y tu nuevo amiguito no estaba nada mal. Para mi gusto un poco soso, pero tiene buen culo... no me pongas esa cara que seguro que te has fijado...

—Isabel...

—Me imagino que te habrá dado su teléfono...

—Pues, no...—y notó como si cayera en el vacío, de nuevo.

—Eres increíble, de verdad. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Pagamos a un detective o utilizamos la telepatía? Ay, de verdad, hija, no sé en qué mundo vives...

Sin poder evitarlo dejó de escuchar a su alegre amiga. Notó cómo la voz a su lado se iba disipando hasta hacerse un lejano murmullo. A pesar de las farolas, volvió a mirar al exterior. La ciudad era un desierto de calles extrañas y se asustó al ver su reflejo en el cristal. Su rostro le pareció más pálido que de costumbre y pensó entonces en Diego como para convocarlo. No sirvió de nada, sólo estaba su propia cara reflejada en la ventanilla. Se vio como en el fondo de una extraña pecera y se sintió angustiada. Para evitar esa sensación y recobrar la serenidad buscó en el bolsillo el folleto arrugado. Era como si tocar el papel le pudiera devolver un poco de la placidez que había notado junto a su desconocido acompañante. No sirvió de nada. El papel era sólo papel. Volvió a guardarlo en el bolsillo. El vaho había empañado la ventanilla. La asustó no poder ver el exterior y se apresuró a limpiar el cristal opaco con la mano. Se arrepintió enseguida. El contacto fue helado, como si hubiera rozado con la palma el dorso de un metal hiriente que la penetró de frío hasta el interior.

## 2

### Diario

*Soy un idiota. Era una chica maravillosa y la he dejado escapar. Con ella me he sentido yo mismo, como soy de verdad o como debería ser. Sin intromisiones de nadie. Creo que por ella todo habría quedado atrás, como si hubiera sido un mal sueño. Como si a partir de ella las cosas pudieran ser diferentes. Nunca hasta ahora había pensado en la posibilidad de dejarlo todo atrás, como si dejara un equipaje no deseado en una estación a la que no voy a volver...*

*Estoy divagando, de nuevo. Tengo que concentrarme en lo que es real y dejar mis divagaciones. Y lo real es que la he dejado irse como un estúpido. Y nada de lo que me invente puede cambiar eso. Quizás he tenido miedo. Eso es. Es normal que me asuste ante la posibilidad de que alguien... de que alguien entre dentro. Seguro que he tenido miedo. Y por eso me he comportado como un estúpido. Sí. Me he comportado como un guía del museo. En vez de preguntarle cosas sobre ella, de saber qué le gusta... me he dedicado a recitarle la historia de la antigua Roma. Seguro que ha pensado que soy un tarado que anda soltándole el rollo a todo el que se pone a su alcance. Pero yo sólo quería ser agradable. Pues la he cagado. Su amiga me miraba como si fuera un bicho raro. ¡Y además me invitó con ellos! ¡y yo me negué! Qué más da la sesión de hoy. Si me salto una sesión, la recupero mañana. En cambio, a esta chica la he perdido. Y ya estoy de vuelta con mi maldito diario. A veces me dan ganas de quemar estas páginas. ¿Cuántas serán? ¿mil? ¿tres mil? ¡qué más da! Y todo para llegar a este punto: conozco a una chica encantadora y me comporto como un quinceañero. Con ella podría haber salido de todo esto. Y seguro que ya no necesitaría ni diarios ni sesiones. Pero me he asustado, mejor que lo reconozca. Eso es. He tenido miedo de ella.*

*No. No es verdad. He tenido miedo de mí. No tengo que engañarme. Si escribo este diario es para decir la verdad. He tenido miedo de mí. Pero parecía encantadora...*

*No puedo dormir. Prefiero no dormir.*

*Estoy escribiendo mi diario.*

*Estoy en mi habitación.*

*Estoy aquí.*

*No tengo que divagar. La realidad es que he conocido a una chica maravillosa. Y la he cagado. Me encantaba tenerla a mi lado. Me apetecía abrazarla y defenderla... ¡chorradas! ¿Defenderla de quién? Seguro que tiene su vida, sus amistades, sus sueños... ¿Y yo? ¿Qué tengo yo? Mi diario. Mis sesiones... ¿a quién podría defender alguien como yo?*

*Voy a intentar dormir un poco. A lo mejor mañana lo veré todo más claro. No, no divagues. Mañana será lo mismo que hoy y mañana seré el mismo que hoy. Tengo que dejarme de delirios. Lo real es que estoy aquí y ella no está. Tendría que escribir cien veces, un millón de veces esta frase para incrustármela en el cerebro. Eso ha sido la realidad esta tarde. Y eso es la realidad ahora en mi habitación. Y mañana me levantaré solo. Y me miraré en el espejo como cada mañana y me haré las mismas preguntas. Las que me hago desde hace tantos años... Esto no puede seguir así. No lo acepto. No sé si es real o son mis delirios pero no puedo dejar que esta chica salga así de mi vida. No es justo.*

*Voy a hacer algo para remediarlo y esta vez nadie podrá interponerse.*

Al día siguiente a la exposición, Laura se presentó en la oficina como una autómata. Marcó el código de acceso con los dedos y su mano le pareció una mano ajena, como si pudiera verse desde fuera. Ante el ordenador apagado vio su rostro reflejado en la pantalla negra y recordó la húmeda ventanilla del taxi. Cuando empezaba a notar la angustia, la pantalla se iluminó con un zumbido y se llenó de iconos. Ver la página de inicio la alivió un poco y le dio algo de seguridad, pero la desagradable sensación persistió durante toda la mañana. Era como si su cuerpo actuara por ella y ella estuviera en otro lugar, lejano y extraño. A la hora del almuerzo, con un sándwich en la mano, el móvil la sobresaltó en la cafetería.

—Laurita, boba ¿no te has olvidado de mi cita en el ambulatorio?

—Claro que no, mamá, espérame en casa. Pasaré a recogerte al salir de la oficina. No te olvides la tarjeta.

Se sorprendió al notarse tan seca al teléfono. Era como si todo el cansancio de su vida se hubiera acumulado de repente sobre sus hombros. Miró el resto de bocadillo que tenía en la mano y lo arrojó a la papelera con rabia.

En el ambulatorio la sorprendió el silencio de la sala de espera. Los demás pacientes aguardaban su turno y, de repente, tuvo una iluminación. En lugar de enfermos le pareció asistir a una extraña exposición de estatuas vivientes. Cada rostro, cada cuerpo tenía una antigüedad de siglos y sólo esperaban una llamada para cobrar movimiento, ella misma se sintió parte de la extraña exposición de piedra... De repente, notó un roce en el brazo.

—Que nos toca, tonta —su madre la despertó del ensueño. Se levantó para ayudarla. Al dirigirse a la consulta la sorprendió que las estatuas sentadas hablaran entre ellas y dieran signos de vida.

El médico se levantó para recibirlas y las acompañó a su despacho.

—¿Cómo vamos? —preguntó. Esta pregunta tan banal, sin saber por qué, alivió mucho a Laura de su malestar. Era algo familiar, como la pantalla de inicio del ordenador o su mesa en la oficina. Algo a lo que agarrarse para no caer en lo desconocido. A su madre la pregunta también pareció agradaarle porque empezó con su retahíla de enfermedades varias. De nuevo, las voces se

volvieron un murmullo lejano. Ni siquiera intentó seguir la conversación, su mirada se quedó fija en una báscula metálica hasta que algo la sorprendió: el silencio.

Su madre y el médico la miraban sin decir nada.

—Laura, te noto distraída ¿te encuentras bien? —la voz del médico le pareció extrañamente metálica.

—Claro, estoy bien —¿qué iba a decirle a un médico?: “No, estoy mal, fatal, estoy harta y no sé por qué”, “estoy harta de mí, deme pastillas contra eso”. Pero se limitó a responder: “¿Cómo está mamá?”. Y volvió la retahíla de siempre, las recetas, los medicamentos y los informes...

Al llegar a casa preparó a su madre para acostarla. Mientras le cambiaba la ropa oía sus habituales reproches. Era como un ritual cotidiano y no podía pararse, como no se puede detener una tormenta que se desencadena de repente.

—Estabas en la luna en el médico...

—Sí, mamá... espera, levanta el brazo.

—No te has enterado de nada.

—No te preocupes, mamá. Tengo las recetas de los medicamentos...

—Ya, como si fuera suficiente... tengo una hija tonta, pero eso sí con recetas.

—Cuidado, mamá. Sube las piernas —y la puso en la cama con cuidado.

—Ya está. Como una reina.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Estaré al lado, en la habitación.

—Ya, al lado y dejarás sola a tu madre en su cuarto.

—Necesitas dormir un poco, has hecho un esfuerzo al ir al médico.

—Eso es verdad, noto una opresión en el pecho.

—¿Dónde?

—Aquí, en el corazón.

—Pero si eso son las costillas.

—También, en las costillas también... es que estoy hecha un asquito.

—Cálmate, mamá. Me quedo a tu lado, no te preocupes. Tú, descansa.

—Es fácil decirlo, pero no es tan sencillo... a mi edad no me viene el sueño así como así...

Se quedó dormida al instante.

Laura miró a su madre: el reuma la hacía sufrir hasta mantenerla en cama algunos días. También le agriaba el carácter, pero había que tener paciencia con ella. Le dio la mano para calmarla y así seguían: su madre durmiendo a todo pulmón y ella atada a su mano. Entre el sonido de ronquidos seguía apretándole la mano y no la abría. “Es como un gato de metal que me atrapa la mano”, pensó de repente. Enseguida se dio cuenta que su pensamiento era una tontería. Empezó a deslizar la mano hasta liberarla. La recuperó, pero entumecida y sudada. Pensó entonces en la mano de Diego, suave y amable, y se sintió terriblemente cansada. Ya libre, se levantó y pasó a su cuarto. El móvil reposaba en la mesilla: tenía una llamada perdida de Isabel. Marcó su número.

—¿Isabel? —dijo en susurros para no despertar a la durmiente de al lado.

—¡Princesa! ¡la noticia bomba! —gritó con entusiasmo su amiga desde la distancia —¡me ha llamado hace un momento!

—¿Tony? —a Laura le parecía un poco exagerada la reacción de su amiga. Nunca se ponía así al recibir la llamada de un ligue.

—No, Tony no, tonta. ¡Diego! Tú guía del museo.

—Pero no puede ser...—susurró sentándose en la cama.

—Pues sí. No es tan palomino como me parecía. Conoce a Tony del museo y le pidió mi número. ¡Te das cuenta! Me ha llamado hace unos momentos ¿sabes que tiene una voz muy sexy? —Laura recordó la voz dulce de Diego y sintió una punzada de celos —pero no te preocupes, tonta, sólo me ha preguntado por ti. Le he dado tu móvil. Seguro que no tarda en llamarte. O sea, que cuelgo. Ya me contarás. Chiao.

Laura no tuvo tiempo ni de pensar en las palabras de su amiga. Sonó el móvil enseguida. La voz que oyó era tan agradable como la recordaba.

—¿Laura?... soy Diego... del museo... ¿te acuerdas de mí?

—Claro... —“¡pero cómo no iba a acordarme!”, pensó Laura—. ¿Qué quieres? —y la sorprendió el tono seco de su propia voz.

—Bueno... quería... decirte —titubeó Diego. Era evidente que la sequedad de Laura le había afectado. —Primero quería disculparme por conseguir tu número así... pero es que estuve muy a gusto hablando contigo en el museo... y me gustaría repetirlo...

Laura sintió un agradable calor en su interior y sonrió al teléfono.

—Claro, cuando quieras. —Oyó entonces rebullir a su madre en la habitación de al lado. No tardaría en despertarse y reclamarla de nuevo. Se apresuró a responder. —Llámame cuando quieras, ya tienes mi teléfono.

—Vale... —de nuevo, pareció cohibido, pero añadió: —Había pensado en visitar la renovación del río... ha quedado precioso... ¿te apetece venir el sábado?

—Claro... —y saltó de alegría en su interior. Pero ¿qué le había dicho? Le costaba concentrarse en el contenido de las frases.

—Nos vemos entonces en la Casa del Reloj ¿la conoces? Donde el Matadero. En el portalón principal que da al Paseo a las cinco.

—Me encantará.

—Vale... hasta el sábado.

Al colgar notó que temblaba un poco. ¡Tenía una cita! Tenía una cita con un hombre agradable y educado que la hacía sentirse querida... sí ¡querida! A pesar de lo poco que se conocían. Notaba cómo estaba pendiente de ella, pero no para agobiarla sino para agradarla. Y le gustó esa nueva sensación. Notó entonces que tenía un mensaje en el móvil. Era Isabel:

“Te mando un mensaje para no interrumpir ningún momento de pasión. Espero que haya ido bien... Entre nosotras, lo tienes en el bote, Princesa, tú tira del anzuelo y te llevas el pescadito aún fresco a casita ¡Ya me contarás!”.

Laura leyó el mensaje y le pareció algo llegado directamente de marte. ¿Se refería, de verdad, a ellos dos? ¿Tanto se notaba la atracción que sentían el uno por el otro? Se ruborizó entonces y, a la vez, tuvo un escalofrío de miedo. Nunca había despertado tanto interés en un hombre. Y no, desde luego, en alguien como Diego. En un acto reflejo tiró de su jersey para taparse los muslos y se acercó al espejo. Su cara era la misma, pero le pareció que sus rasgos estaban menos tensos. Su mirada, a pesar de todo, aún conservaba una expresión de melancolía...

—¡Lauritaaa! —gritó su madre a través del tabique. Dejó entonces el espejo y su rostro desapareció del cristal como lo habría hecho un fantasma o una aparición en la superficie de un lago.

Los tres días que faltaban para la cita no existieron o, al menos, Laura los vivió sin darse cuenta. Soportó la rutina en el despacho con una extraña sonrisa en la cara. Aguantó los comentarios hirientes de su madre casi con entusiasmo. Y hasta aceptó los consejos profilácticos de Isabel con expresión atenta. La verdad es que nada le importaba. Bueno, nada excepto el sábado a las cinco de la tarde. De repente, un pensamiento la estremeció y corrió a la televisión. “¡El tiempo! ¡el tiempo del sábado!” No había que preocuparse, un anticiclón dominaba la atmósfera y se esperaba una temperatura templada y un cielo despejado. Y así, entre sustos y alegrías, vivió Laura los días que la separaban de su cita.

Y el sábado llegó. De manera instintiva intentó disimular su entusiasmo y se preparó en silencio en su cuarto. Su madre había sido abducida desde la pantalla por una teletienda e ignoraba su plan para la tarde. Mejor así. Si le contaba su cita con entusiasmo sospechaba que las enfermedades empezarían a aparecer en el cuerpo de su madre como un brote de peste negra en el medievo. “Mejor callarse”, pensó. “Se lo diré antes de salir, para que no le dé tiempo de inventarse nada. Ya aguantaré sus reproches a la vuelta.” Y sabía que estaba creando una mártir de sábado por la tarde. Sonrió al pensarlo. No le importaba, la verdad es que no le importaba. Y empezó a arreglarse con convicción.

El hombre del tiempo no se equivocó y la tarde fue radiante. Laura fue puntual y distinguió enseguida la silueta de Diego que ya la esperaba junto al portal de hierro. La sonrió al verla y ella sintió su amabilidad. “Es como volver a un hogar cálido”, pensó Laura. Y le ofreció las mejillas.

—Estoy encantado de que hayas venido —dijo Diego—. Lo que han hecho aquí es una maravilla... y quería compartirlo contigo... —dijo esta frase más bajo, como temiendo su reacción. A Laura la timidez en ese corpachón le pareció adorable. Empezaron a caminar y Laura se limitó a seguirle. Tras un momento de pausa, Diego volvió a hablar con su entusiasmo característico.

—Si entramos por el patio, llegaremos al paseo —le dijo—. Lo han dejado muy bonito.

Efectivamente, las sendas serpenteaban bajo la sombra de los árboles como un dulce laberinto bajo el sol. Laura no conocía esta nueva parte de la

ciudad. De hecho, ignoraba todo lo que había sucedido en estos últimos cinco años. Desde que su madre apareció por casa había vivido encerrada en dos peceras. Del cuarto de su madre a la rutina del despacho... El sol la deslumbró y tuvo que entrecerrar los ojos.

—¿Te molesta tanta luz? —le preguntó su solícito acompañante.

—No... es que no estoy acostumbrada...

—Si quieres cambiamos el recorrido...

Laura notó entonces la brisa que se elevaba del río y se sintió revivir.

—No, este camino es perfecto... perfecto —y se acercó a uno de los puentes extendidos sobre las aguas.

—Es una de las presas del río. Las han rehabilitado y ahora se puede acceder. Mira cómo rompe el agua en los pilares.

El agua formaba cascadas que brillaban bajo la luz. En esa hora del atardecer, el sonido del agua la inundó de frescor. Se sintió viva y, agradecida, miró a su guía que la miraba atento.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Me encanta. Es una maravilla —admitió ella. Sí, el murmullo del agua era muy agradable y los pinos y todo lo demás. Pero no tanto como esa mirada dulce que se preocupaba por agradarla, pensó para ella misma. Y volvieron a caminar dejando atrás el puente.

Toda la tarde fue un paseo junto al río. Con el sol que se apagaba, Laura empezó a hablar sin saber por qué. Era como una liberación. Lo necesitaba y no se le ocurría mejor acompañante para confesarse.

—¿Sabes? Es la primera vez que salgo sin Isabel.

—¿Tu amiga del museo?

—Sí. Desde que mi madre volvió es la única que ha conseguido animarme un poco... Lo de mamá está siendo muy duro.

—Está enferma ¿no?

—Eso dice. Pero creo que es lo del divorcio. No lo está llevando nada bien y, a veces, es insoportable.

Laura percibió que el tono era de una seriedad deprimente y añadió en tono de broma:

—Sólo pienso en llamar a mi padre cien veces al día ¡para que se reconcilien! ¡O que no lo hagan! pero que se la lleve, por favor...

—Búscales un novio...

—Uyyy... ¡un novio! Imposible. Ni contigo ni sin ti. Para mi madre sólo hay un hombre: mi padre. ¿No lo entiendes? Pues yo tampoco. Pero así es. A

veces creo que lo que le gusta es recrearse en su dolor...

—Pues me alegro de haberte sacado a pasear...—concluyó Diego con su amable sonrisa.

—Y yo. El paseo es una hermosura, pero también me encantaron tus explicaciones en el museo. ¿Eres especialista en arte?

—Uyy ¡qué va! Pero me gusta todo lo artístico. Trabajo de diseñador gráfico... con programas informáticos y eso... pero yo lo que quiero crear es que soy escritor.

—¡Un escritor a mi lado! Y yo sin saberlo...

—Es que no lo sabías tú y no lo sabe nadie. Sólo escribo un diario, desde hace varios años. Pero para mí es lo más importante. Me permite reflexionar sobre mi vida, sobre lo que hago... Con la escritura voy construyendo una imagen, la mía. Espero terminarlo algún día.

—Ah... —Laura asintió, pero no acabó de comprender a Diego. Su idea de escritor era la de un novelista, un dramaturgo o un poeta... Lo del diario se le escapaba, le parecía algo más bien pueril, propio de un adolescente. Pero no dijo nada.

Con estas palabras notó un breve escalofrío. La noche había caído sobre el parque y se oía la brisa entre los árboles.

—¿Vamos a tomar algo? —le propuso Diego, atento como siempre a sus reacciones.

—Claro, algo calentito —respondió ella encantada.

—Pues creo que aquí, a la orilla del río, hay un restaurante muy agradable.

En efecto, y además tenía unas vistas impresionantes al Palacio de Oriente y a la catedral de La Almudena. Laura tenía algo de frío y se instalaron en el interior junto a una gran ventana. La decoración era casi toda con madera y eso le dio una sensación de calor. Como si hubieran entrado en la cabaña de un bosque. Era una cabaña sólo para ellos. No había nadie más en el restaurante.

—Es acogedor —confirmó Diego—. Yo tampoco lo conocía. Es la primera vez que vengo. O sea que es algo nuevo para los dos.

A Laura le encantó el comentario. Sí, era algo nuevo para ellos y sólo para ellos. Como lo había sido la tarde entera. Era su propia vida. Y no tenía que dar explicaciones a nadie. Con estos pensamientos se sintió aún más a gusto en su cabaña recién descubierta.

Como Diego tampoco conocía el restaurante, se aventuraron con la carta. Mientras esperaban al camarero, contemplaron la vista. Las luces del Madrid monumental brillaban en la noche. “Otro momento sólo para nosotros”, pensó

Laura. Y sintió el deseo de acercarse más a Diego que miraba los monumentos junto a ella, esta vez, en silencio. De repente, una voz les hizo abandonar la contemplación. Un hombre delgado, vestido de blanco, les interrogaba.

—¿Qué desearán los señores?

La ruptura del clima entre ellos fue tan brusca que Laura se estremeció. Diego también la notó, pero se rehízo antes y ya recitaba los platos al camarero. Mientras lo hacía, Laura descubrió algo asombroso: el restaurante se había llenado. Notó una sensación de vértigo, pero esta vez agradable ¿cuánto tiempo habían estado mirando por el ventanal? Y le pareció que en esta cita con Diego estaba teniendo más sensaciones intensas que en los diez últimos años de su vida. Frente a ella, Diego la sonreía y alzaba una copa. Brindaron y el sonido del cristal se fundió con el sonido de risas y cubiertos que habían inundado la sala con su algarabía.

Sólo retomaron la conversación un poco más adelante.

—...pues sí, trabajo en una oficina pero también estudio periodismo. Al menos lo intento —confesó Laura.

—Me imagino que es difícil compaginarlo con lo de tu madre...

—Bastante, por eso estudio a distancia. Ya tengo todos los apuntes en casa y están apilados en varias columnas. Están ordenadísimos, por asignaturas, por años. ¡Sólo me falta estudiarlos! —bromeó—. Así que, ya ves, soy casi periodista.

—¿Y por qué el periodismo?

—Me pareció, no sé...aventurero. Pensarás que soy boba, pero me veía un poco como Lois Lane, la novia reportera de Superman... y en un arrebato me matriculé. Pero no hay quien estudie con mamá en casa. Ella no lo entiende. Los fines de semana, en cuanto cojo un libro, tenemos siempre la misma escena. Que si no la quiero... que si se marchita a mi lado... que si aún es joven para languidecer conmigo... Total, que prefiero cerrar el libro a seguir oyéndola. Y acabo jugando al parchís con ella. Adiós a Lois Lane.

—...pues me gustaría conocerla.

—¿A quién? ¿a mi madre? ¡tú estás loco!

—Tiene que ver contigo y me interesa todo lo que tiene que ver contigo.

Diego la sonrió de nuevo y ella le devolvió la sonrisa un poco incrédula. Era un sueño...estaba viviendo un sueño. No hay nadie tan perfecto, pensó Laura. Imposible. Sin saber por qué miró a los otros comensales del local.

El ambiente estaba muy animado. Las conversaciones resonaban en la sala de madera. Por eso la sorprendió una mujer que los estaba mirando. Era

hermosa, mucho, pero tenía una expresión endurecida. No prestaba atención a su acompañante, sólo les miraba a ellos. Estaba sentada lejos y dejó de mirarlos cuando se sintió descubierta. Se puso entonces a acariciar una copa de champagne con sus largos dedos. ¡Les estaba mirando! ¡estaba segura!, rabió Laura. Pero, enfrente, Diego seguía hablando y sonriendo mientras comía. Laura intentó ignorar la presencia extraña, pero no pudo. ¿Desde cuándo los había espiado? Su momento de intimidad se vio empañado por estos pensamientos como un cristal que se quiebra. No podía soportarlo. Ya no oía a Diego. Sólo veía que movía los labios como un sonriente muñeco delante de ella. Sin poder evitarlo volvió a mirar a la desconocida. Ya no estaba. Su mesa estaba vacía.

Esa desaparición la tranquilizó un poco y volvió a oír la voz de Diego. El resto de la cena fue cálido y tranquilo. Al final, como disculpándose, Diego le dijo:

—Perdona. Vuelvo enseguida —y se dirigió al baño de caballeros.

Laura se quedó sola en la mesa. Miró el local. Estaba más vacío y en las mesas quedaban servilletas arrugadas y restos de migas. Al recordar a la mujer que los espiaba se sintió débil. Pero la mujer ya no estaba y eso la tranquilizó. Miró al exterior: los grandes monumentos estaban apagados. Sólo vio unos perfiles sombríos que se alzaban en la noche. Como intentando recuperar lo que había visto junto a Diego levantó la mano al cristal, pero no lo tocó. “Debe estar helado”, pensó. Y escondió las manos debajo de la mesa. ¿Y Diego? Ahora se encontraba totalmente sola en el restaurante. Empezaba a angustiarse cuando su acompañante apareció, sonriente, al fondo del local.

—Somos los últimos. Ya no queda nadie —gritó como si fuera un triunfo. Y le ofreció la mano para salir. —Tienes la mano helada —se sorprendió Diego—. ¿Estás bien?

—Ahora sí, seguro. Ya estoy bien —mintió Laura mientras salían a la oscuridad.

Al día siguiente, las dos amigas se abrían paso en el restaurante de un centro comercial.

—Te juro que esa mujer nos estaba mirando —afirmó Laura mientras se acercaba a una mesa libre.

—Ay, Princesa, te amargas la vida tú solita. Tienes una cita con el único tío normal de Madrid y ves fantasmas por todas partes... —respondió Isabel con hastío.

—De fantasma nada. Era bien real.

—Ya y ¿cómo era esa mujer? ¿Vieja, con sombrero y escoba...? ¿Qué tomamos? A ver, tengo un hambre que me comería un buey...

—Yo una tisana. Tengo el estómago mal.

—Pues yo me voy a pedir todos estos platos. Y te aviso que no comparto...

—Me da igual, no tengo hambre. Te juro que nos espiaba. Pero Diego ni se enteró.

—Claro, boba. Tenía los ojos puestos en ti.

Laura no tuvo tiempo de ruborizarse porque llegó el camarero. Pidió la tisana y espero, con paciencia, que su amiga recitara la lista de platos que se iba a comer.

—A lo mejor, tienes razón y me imagino cosas... es que no acabo de creerme lo que me está pasando. No puede ser. Diego es demasiado perfecto.

—Pues si te sobra un poco, yo me conformo.

—Hablo en serio. A lo mejor soy incapaz de ser feliz y me saboteo a mí misma.

—Mujer, un poco rancia sí que eres, pero no tanto. A lo mejor viste algo. Sería una mujer cotilla o una viuda aburrida... ¡yo qué sé! Pero ¿de qué hablaste con Diego?

—No sé, de todo y de nada. Es escritor.

—Uyy, qué morbo... ¿y qué escribe?

—Eso es lo raro, escribe un diario.

—Raro sí que es... ¿y de qué vive?

—Es diseñador gráfico... —el móvil empezó a vibrar— espera, mamá me

llama. Sí, mamá... estoy tomando algo con Isabel... ya te lo había dicho... ¿dónde te duele?... ¿en la espalda?... pues cambia de postura, mamá... te dejo... un beso.

—¿Cómo va tu madre? —preguntó Isabel mientras le quitaba unos palillos a un sándwich.

—Bien... mal... bueno, como siempre, ya la conoces. A propósito, Diego quiere conocerla.

—¿A tu madre?

—Sí.

—Uyy, escritor y quiere conocer a su futura suegra, eso sí que es raro.

Dos días después Laura le presentó a la enferma. Su madre al ver a Diego empezó a manifestar síntomas hasta ahora desconocidos por la ciencia médica. Lanzó miradas fulminantes a su hija entre los almohadones y luego cayó en un estado depresivo fulminante. Diego estuvo encantador y educado y Laura, sin saber por qué, se sintió orgullosa de él. Le gustó su manera de reaccionar, de no dejarse arrastrar por la ola de frustraciones de su progenitora. Fue al pasar al salón, ya solos los dos, cuando Diego la cogió de la mano por primera vez. Laura no se sorprendió. Fue para ella lo más natural del mundo. Como si siempre hubiera sido así.

—Me ha gustado conocer a tu madre —le dijo con su mano en la suya.

—Pues ya eres raro.

Diego rio con ganas ante su respuesta y añadió:

—Ya te lo dije, es parte de ti, aunque no te des cuenta... —de repente, se puso serio y pronunció con suavidad —es parte de ti, y yo te quiero y quiero conocer todo lo que tiene que ver contigo.

La besó entonces con timidez y Laura se sintió acogida por sus brazos. Fue una sensación cálida y sedante que duró sólo unos segundos. Luego se separaron y Laura buscó sus ojos esperanzada. No se había equivocado: los ojos dulces y profundos la miraban con ternura en el silencio que compartían.



Pero la noticia bomba sucedió al día siguiente: Isabel y Tony ¡se iban a Cancún! Laura recibió la llamada entusiasmada de su amiga y casi no pudo contarle nada de Diego. De hecho, casi lo prefirió, pues por un momento temió

que les invitaran al viaje y ella quería a Diego para ella sola. Solos los dos. Aunque no hicieran ningún viaje a ningún sitio. De hecho, para Laura cada día que estaban juntos era como un pequeño viaje, suave y encantador; sólo para ellos.

Una tarde se desarrolló uno de los capítulos más bonitos de su historia íntima: Diego la había invitado a cenar a un gran hotel del centro de Madrid.

—¿Estás lista?... estoy abajo en el taxi —oyó la voz de Diego en el interfono.

—Bajo... —y se apresuró nerviosa y entusiasmada.

Ya en el taxi, a Diego le pareció necesario dar algunas explicaciones.

—Vamos a un hotel de lujo, pero no pienses que es algo que hago todos los días... van a remodelar el hotel y he aprovechado unas ofertas que hacen antes de las obras... Yo no he estado en mi vida, pero me muero de ganas por ver un antiguo hotel de principios de siglo XX...

—Yo también... He pasado delante muchas veces y siempre me he preguntado cómo sería un hotel de principios de siglo.

—Pues esta noche vamos a descubrirlo... los dos juntos.

Diego miró a Laura con tanta ternura que ella se refugió en sus brazos, no necesitaba mirar al exterior. El coche atravesaba casi en silencio por uno de los paseos más bellos de Madrid, pero a ella sólo le importaba Diego, su Diego; el hombre que quería complacerla y hacerla feliz. De repente, el coche fue ralentizando y entró en un desvío que les llevó a la entrada del hotel. Mientras Diego pagaba al taxista, uno de los porteros le abrió la puerta a Laura. Ante tantas ceremonias, al bajar pensó. “Soy una tonta... pero me siento como cenicienta. Sólo que esta vez no es un sueño que vaya a romperse a medianoche...”.

Ya en el hall, dejaron sus abrigos. El encargado del vestidor, uniformado y muy atento, se dirigió a Diego:

—Buenos tardes. Veo que hoy viene de sport, señor...

Diego sorprendido, sólo pudo balbucear:

—Perdone... ¿me conoce?... es la primera vez que vengo al hotel...

El encargado, ante la cara de sorpresa de Diego, corrigió discretamente su frase:

—Perdone... le habré confundido con otra persona... que tengan una buena velada.

—Gracias —respondió Diego, aún un poco sorprendido.

Y la velada, efectivamente, fue encantadora. Los salones de espejos, los muebles de principios de siglo, ¡hasta un piano con su pianista! Todo era como un sueño para Laura. Se notaba que ninguno de los dos estaba acostumbrado a tanto lujo, pero disfrutaron como dos niños en un reino mágico.

—¡Por nosotros! —brindó, alegre, Diego —pero hay una cosa que me preocupa.

Laura se inquietó sin poderlo evitar.

—Me preocupa —siguió Diego— que me va a ser muy difícil superar esto. Ya no me quedan más sorpresas en la maleta.

—No me importa, bobo —sonrió Laura, tranquilizada —hace tiempo que ya has superado todas mis expectativas...



Esa cena de hotel fue, en efecto, memorable pero para Laura otros momentos más íntimos eran muchos más valiosos. El recuerdo de esos momentos alcanzaba su vida entera, aunque no estuviera con Diego. Se sorprendía silbando por un pasillo de casa o cantando una canción. Era feliz pero conseguía disimularlo ante su madre que la reclamaba a menudo para cosas insignificantes. A Laura no le importaba. Sonreía para adentro al recordar a su enamorado mientras retiraba un orinal o arreglaba unas sábanas. Pasaron así varios días. La feliz rutina de Laura se veía amenizada por los mails de Isabel desde Cancún. Todos llevaban fotos de ella y Tony con títulos como: “En la cama del hotel” “Tour de buceo nocturno” “Los dos haciendo parapente”, etc... Laura estaba encantada con esos correos. Era feliz por ver feliz a su amiga, quería que el mundo entero fuera feliz como ella lo era cuando estaba con Diego. Hasta le pareció que su madre era un poco más optimista y menos agobiante. Invasada por el optimismo, se estaba volviendo una entusiasta de las compras. Hasta ese momento había sido una mujer más bien sobria y sin caprichos, pero ahora iba de aquí para allá comprándole cosas a su madre, a Isabel o a Diego. Quería hacer feliz a todo el mundo. Sobre todo a Diego que tan feliz la hacía a ella.

Una tarde, al volver a casa en metro, le sucedió una cosa un poco extraña. Llevaba una montaña de paquetes y a duras penas consiguió salir del vagón y bajarse en su parada. Ya en el andén creyó distinguir a alguien entre la

multitud: era Diego. Estaba trajeado y pensó al instante: “¡qué guapo está!”. Sin poderlo evitar se le iluminó la cara y le llamó entre los viajeros. La gente se giró al oírlo gritar, todos se giraron; todos... menos Diego. Pasó bastante cerca de ella, pero no la vio y desapareció entre la multitud. Laura se quedó extrañada, pero no le dio mayor importancia. “Estaría despistado...” —se dijo para ocultar su decepción.



Una tarde se despertó sobresaltada en su cama. La sorprendió el silencio de la casa. El timbre de la habitación de al lado no había sonado a la hora de siempre. “Mamá seguirá durmiendo”, pensó sin convencimiento. Su madre tenía un sueño pésimo y nunca dormía la siesta. Esta vez, sin embargo, al llegar a la habitación se la encontró con los ojos cerrados. La zarandeo pero no reaccionó. Asustada, corrió al teléfono y llamó a una ambulancia. Poco después llegaron los del SUMMA. Había tenido un infarto y consiguieron reanimarla. El médico, sin embargo, decidió hospitalizarla y Laura se encontró al instante en una ambulancia atravesando Madrid a toda velocidad. Durante el viaje contempló a su madre. Todo se había quebrado. La alegría que había conocido se había disipado y sólo le quedaba el miedo y la maldita sensación de soledad. Sin saber por qué pensó en Isabel en Cancún. Las imágenes de felicidad de su amiga se superponían a la de la camilla metálica y al sonido de la sirena. Poco a poco los recuerdos de su amiga se fueron disipando y se sintió terriblemente sola junta a su madre. Los neones iluminaban con intermitencia el interior de la ambulancia como si fueran barrotos de luz. “Es como una cárcel”, pensó Laura. Pero su rabia se apagó cuando vio a su madre al lado. Todo impulso de fuga se apagó en ella y sólo pudo cogerle la mano hasta la llegada al hospital.

En urgencias se encargaron de su madre y a ella la condujeron a la sala de espera para los familiares de pacientes. De nuevo, el silencio. Lo odiaba. Varias personas esperaban sentadas con la mirada perdida. Esos rostros blancos y pesarosos le recordaron un grupo de espectros. “Yo misma debo parecerme a ellos”, pensó. Y se sintió muy cansada. Se sentó entre los desconocidos y esperó. “Eso se me da bien, esperar”, se dijo. “Es lo único que he hecho durante toda mi vida”. Para borrar estos pensamientos funestos

decidió concentrarse en el papelito que le habían dado y en los números que aparecían en una pantalla. “Pronto me llamarán y sabré cómo está mamá”, pensó. Y sintió ganas de llorar. Nunca se había sentido tan sola. Hasta ahora no había valorado a Isabel. Era lo único que la unía a la vida, no tenía nada más. Todo lo demás, su madre, su trabajo eran pesadas losas que la hundían poco a poco. Y no tenía la fuerza necesaria para levantarse. Sus ojos se humedecieron y la sala de espera se deformó en ángulos extraños. En esa opaca cortina le pareció distinguir una silueta familiar. Se limpió las lágrimas: ¡era cierto! Diego se acercaba corriendo con cara de preocupación...

—Me lo ha dicho el conserje...

A Laura no le salieron las palabras de la boca. Simplemente se arrojó a sus brazos buscando su calor.

—He estado tan sola, hasta conocerte... no esperaba que vinieses... gracias...

Diego la abrazó más fuerte y le dijo “Ven”. Ella se dejó mimar, agotada como estaba. Se sentía vaciada, pesada... como si todo átomo de energía hubiera huido de su cuerpo. Por eso agradecía aún más la solicitud de Diego. Éste la condujo al gran ventanal de la sala de espera. Daba a una gran plaza iluminada por farolas altísimas que la bañaban de una extraña luz naranja. El tráfico era abundante y caótico.

—No es muy bonito —comentó Diego— pero es mejor que estar mirando un panel de números durante horas.

Ella le agradeció el esfuerzo por entretenerla y, tras abrazarle a él, miró más allá del cristal.

—Siempre estoy criticando a mamá... que si se queja por todo, que si siempre está enferma... y ahora... gracias por venir... me sentía la persona más sola del mundo...

—Si quieres, llamamos a Isabel...

—¡Está en Cancún! ¡en Cancún con su último novio!... no quiero amargarle su diversión... me encanta que sea feliz...

—Eres una buena persona...—pronunció Diego con cariño.

—...tú también...

Y se quedaron en silencio. Diego la rodeó con su brazo y volvieron a mirar la plaza. Era extraño ver rodar tantos coches y no oír el ruido de los motores. No era más que una plaza banal, pero Diego le enseñó detalles curiosos de los edificios, de la gente que hormigueaba velozmente... Sólo la abandonó un par de veces para informarse en Urgencias de la evolución de la

enferma.

La plaza acabó quedándose desierta sin coches ni peatones. “Debe ser muy tarde”, pensó. Miró el reloj: las cuatro de la madrugada y volvió a mirar la plaza. Se fijó en los detalles que Diego le había comentado y eso la entretuvo un poco. “Hasta hace unas horas no conocía esta plaza pero sé que me acordaré de ella toda mi vida”, pensó. La vida era algo extraño, pero ella tenía a su lado a un hombre que la quería...

—¡Está mejor! ¡la suben a planta! A la habitación 321 —llegó sonriendo Diego.

Y entraron juntos en el ascensor.

Con el amanecer llegó la tranquilidad. Al poco apareció una vecina de Laura que se ofreció a quedarse junto a la enferma. Laura y Diego dejaron, entonces, la habitación.

—¿Tú crees que podemos dejarla? —se preocupó Laura.

—Tranquila... ahora está descansando... y tú estás agotada.

Era verdad. Todo el cansancio del mundo se le apareció de golpe a Laura. Notó sus piernas como dos columnas de plomo y se apoyó en el hombro de Diego.

—Cojamos un taxi... —propuso él.

Durante el viaje casi se durmió en el asiento. Al llegar a casa tuvo la sensación de volver como de un sueño o de una pesadilla. Diego la dejó en el portal y le pareció oír vagamente: “Tienes que descasar”. Eso hizo. Pero antes de acostarse tuvo el impulso de mandarle un mail a Isabel:

“Esta vez es el bueno, lo sé. Soy la mujer más afortunada del mundo”.

Ya en la cama cayó en el sueño casi al instante. Soñó con su madre. Se alejaba en un barco sombrío y le hacía gestos desde la borda. Parecía gritarle frases pero ella no entendía nada. No podía oírla. Sólo oía las olas chocando con furia y el viento desatado en una costa solitaria.

Se despertó empapada de sudor y miró con angustia el reloj: ¡las cuatro de la tarde! Llamó a la oficina para dar explicaciones y, sin cambiarse, cogió un taxi y volvió al hospital.

La decepcionó no encontrar a Diego allí. Sabía que estaba siendo injusta, después de todo él no era de la familia. Pero no podía evitarlo. Al entrar, su madre la recibió sonriente. Pues era todo un cambio.

—Ha estado hace un momento ese chico tan majo... —le dijo mientras se besaban.

—Diego...

—Sí... Diego... —y Laura se alegró, pero en el fondo sintió un poco de celos. Él había estado en esa habitación hace unos instantes y ya no estaba... “Tonterías”, pensó. Y se centró en la enferma que se recuperaba con rapidez. La tarde fue tranquila. Hablaron un poco y la visita del médico las tranquilizó. Al final, compartieron la cena del hospital y comiendo junto a ella se sintió más cerca de su madre de lo que había estado en mucho tiempo.

Ya en casa, Laura llamó a Diego para agradecerle su visita pero sólo saltó el contestador de su móvil. Farfulló unas gracias en el aparato, colgó y se sintió estúpida por lo que había hecho. Frustrada, abrió su mail y leyó un correo de Isabel:

“La mujer más afortunada soy yo, que tiene a la mujer más afortunada como amiga.

Isabel, from Cancún.”

Se emocionó al leer el mail. Le había llegado hasta dentro. Estos últimos días habían sido de muchas emociones y estaba especialmente sensible... La aparición de Diego... el susto con mamá... Y notó como el cansancio volvía a su cuerpo. Ya en la cama dejó encendido el móvil por una posible urgencia y se abandonó a una noche sin sueños ni pesadillas.

El móvil sonó a las cuatro de la madrugada.

Desde el pozo oscuro de su sueño, el teléfono sonó como un extraño campanario volteando un mensaje indescifrable... se despertó entonces,

reconoció el timbre del móvil y lo vio brillando en la oscuridad. “¡Mamá!”, pensó alarmada. Pero no era ella, sino Diego. Su voz sonó extrañamente metálica al teléfono:

—Te espero en el templo de Debod, quiero enseñarte algo.

“¡A las cuatro de la madrugada!”, alucinó Laura y miró de nuevo el reloj para asegurarse bien de la hora. Cuando iba a poner alguna objeción, Diego había colgado.

Ya en el taxi, pensó en mil explicaciones para tan extraña cita. A lo mejor había surgido un problema... un imprevisto... pero nada podía justificar ese tono frío de voz... ¡y la había colgado!... no podía comprender ese comportamiento y menos aún de Diego, su Diego... parecía otra persona que la llamaba desde un lugar distante, un lugar al que ella no tenía acceso... ¡Basta!... y decidió cortar con estos pensamientos. Será una tontería... sí, una tontería que la había despertado a las cuatro de la madrugada.

Como era de esperar, el templo de Debod reposaba silencioso a la luz de la luna. Se acercó a la extraña construcción sin saber qué hacer. No había nadie por los alrededores. El templo milenario la asustó un poco. Siempre lo hacía. Siempre había desconfiado de ese regalo de Egipto. Como si más que un obsequio fuera la amenaza de una maldición. Se imaginó soldados de arena surgiendo entre las piedras... ojos cerrados durante siglos que la miraban de repente... Se apoyó temerosa en la piedra desgastada y temió por un momento que una mano polvorienta la arrastrara a un pasillo oscuro... “Veo demasiadas películas”, se dijo. Y se sentó en un murete polvoriento para esperar a su cita.

El coche apareció silencioso. Laura no le dio importancia porque Diego nunca la había acompañado en coche. Recordó entonces sus paseos cogidos de la mano... algún viaje en taxi... Además, el coche era un Mercedes negro, brillante como una oscura joya y con los cristales tintados. El coche perfecto para un alto ejecutivo o un político. Eso la preocupó ¿el conductor la estaría contemplado desde el interior? ¿Dónde estaba Diego? Deseo tenerle a su lado y abrazarle con fuerza para sentirse protegida. “¡Bobadas!”, pensó y en ese instante el vehículo se puso en marcha y se acercó a ella. El cristal del copiloto descendió entonces y una voz ordenó desde el interior: “entra”.

Ella jamás habría entrado en el coche de un desconocido y menos a las cuatro de la madrugada, pero creyó reconocer la voz. Parecía la de Diego, pero más fría y metálica. No era la del Diego alegre que la acompañaba en los

paseos, sino más bien la que la acababa de citar con el móvil para colgarla bruscamente. Recelosa, se acercó al Mercedes negro. En el interior creyó ver la silueta de Diego que la invitaba a entrar. Sin poder explicárselo sintió entonces una mezcla de atracción y repulsión. Decidió vencer sus recelos y subió. Casi al momento el coche arrancó y levantó un grupo de hojas secas que formaron un torbellino y se posaron luego junto al templo egipcio.

En el coche, sin saber por qué, Laura no quería volver la cabeza. Sólo podía mirar el salpicadero oscuro delante de ella. Como en un sueño, el vehículo se deslizaba por las calles desiertas pero a ella no le interesaban ni la ciudad ni las calles. A Laura le preocupaba el silencio. Diego no había dicho una palabra desde que ella entró en el coche. Y así seguía. Conducía con suavidad, pero en silencio. No le oía a su lado. Por un momento se asustó. Se imaginó que no había nadie al volante, que un vehículo maléfico la raptaba y se la llevaba para siempre lejos de la luz del sol... Temerosa, miró entonces al conductor y vio el perfil de Diego concentrado en conducir.

—¿Te gusta lo que ves? Es mi mejor perfil —sonrió sin mirarla.

Laura se asustó por la inesperada frase. Era la cara de Diego, era su voz, pero el tono no era el mismo. Nunca había notado ese aplomo, esa seguridad en la voz. A ella le pareció oír un metal chirriante.

No supo qué contestar y se quedó callada. Aprovechó para seguir mirando al conductor y notó más cambios; no sabía decir qué era, pero detectó aquí y allá detalles que hacían diferente a Diego, pero de una manera sutil. Su pelo le pareció más lacio... quizá más negro... “Será la oscuridad”, se dijo Laura. Su boca de perfil le pareció más fina, más crispada... como una línea tensa bajo la nariz. De perfil no consiguió ver sus ojos y eso le dio más miedo... no habría soportado perder esa mirada dulce que le daba calor. Se asustó imaginando una mirada metálica como la voz. Una mirada muerta que acompañara esa boca tensa y crispada. Prefirió no seguir mirándole y volvió al salpicadero. Era un coche de auténtico lujo, el equipo de música parecía formidable, unas luces parpadeaban en el interior, vio unas gafas de sol... Fuera, el coche seguía rodando de manera fluida. Ya no estaban en la ciudad y entonces se asustó de verdad. Vio un depósito de bidones ocultos en la oscuridad... una gasolinera parpadeaba con sus neones estropeados... los letreros de la autopista se volvían fluorescentes ante los faros del coche...

—¿A dónde vamos? —preguntó angustiada.

—Es una sorpresa, mi sorpresa para ti —respondió sin dejar de mirar la carretera.

—Baja cuando te avise —le dijo. Y dejó a Laura sola en el coche. Habían aparcado en un local al borde de la autopista. El aparcamiento era de tierra y sólo había dos coches más. Desde el interior pudo ver a Diego alejarse y se sorprendió de nuevo: iba trajeado y estaba elegante, sin duda. Pero no le gustó. Además, su manera de caminar le pareció distinta, agachaba la cabeza y parecía que le hubiera salido algo de joroba. Sus brazos le colgaban a los lados y se bamboleaban a cada paso, como algo simiesco. Apartó la mirada y prefirió recordarle como le había conocido, con sus camisetas y sus tejanos, paseando junto a ella, sonriendo bajo el sol. Un golpe en el cristal la despertó de sus recuerdos. Fuera estaba la realidad: Diego con su traje oscuro le abría la puerta para invitarla a bajar. Cuando salió del coche, Diego la susurró al oído:

—No te preocupes. Ya lo he preparado todo... te está esperando.

Entraron por una puerta trasera llena de pintadas. Diego encabezaba la marcha con seguridad y abría puertas que ella no veía siquiera. Encendió un interruptor y una bombilla iluminó débilmente un pequeño pasillo. Al final, una cortina negra y espesa cerraba el paso. Diego la corrió, a la vez que decía:

—Quiero presentarte a alguien.

Era un despacho. Tras una mesa estaba una mujer que se levantó al verlos entrar. Era esbelta y hermosa, pero con una expresión de dureza en el rostro. Laura la reconoció al instante: era la mujer que los estuvo espiando en la cena junto al río. La mujer le tendió la mano y ella notó sus fríos y largos dedos que apretaban los suyos con firmeza:

—Laura... soy Marlene...

No le gustó oír su nombre en boca de esa mujer. Era como si se hubiera apoderado de una parte de ella, como si la hubiera ensuciado, profanado de alguna manera. Laura recuperó su mano con un gesto brusco, pero le desagradó seguir notando los dedos de Marlene sobre su mano liberada. La extraña sonrió entonces y se dirigió a Diego:

—Tienes buen gusto.

—Ya me conoces... —y sonrió a Marlene.

—Pasad, pasad... —dijo la anfitriona— acompaña la tú mismo al cuarto y que se vaya vistiendo.

—Perfecto —dijo Diego. Y empujó a Laura con suavidad fuera del despacho.

Laura no tuvo tiempo de reaccionar. La mano de Diego la había cogido por la cintura y la conducía por una escalera empinada. Al final de la ascensión un pasillo llevaba a diferentes habitaciones. Diego se adelantó entonces:

—Éste es mi preferido, princesa...—y abrió uno de los cuartos—...te dejo para que te vayas vistiendo...

Laura se encontró en la habitación sin saber qué hacer. El cuarto era pequeño, sórdido y estaba mal iluminado. Sobre la cama le pareció ver algo brillante. Se acercó y lo rozó con los dedos: era una especie de vestido.

Al principio no logró entender lo que tenía ante los ojos. Como brillaba en la oscuridad pensó que estaba hecho de celofán, pero al tacto era mucho más duro. Era negro y brillante y cuando lo levantó vio que estaba hecho con extrañas aberturas que lo convertían en un uniforme extravagante. Con repulsión lo dejó caer sobre la cama. Junto a él reposaban una serie de instrumentos con formas perturbadoras. Eran negros y brillantes como el traje... parecían una especie de complementos para el uniforme... una pulsera metálica brillaba en la oscuridad... Ni siquiera los tocó. Asustada, corrió a la puerta y se abalanzó sobre la empuñadura. Tenía que encontrar la salida. Para su sorpresa la puerta no estaba cerrada. Con cuidado se asomó y vio el pasillo desierto. No había tiempo que perder. Sabía que tenía que evitar el despacho de Marlene. Sobre todo a Marlene. Su instinto se lo decía. Así que en lugar de tomar por donde habían llegado tomó el pasillo en dirección contraria. De otra puerta salió, de repente, una chica. Vestía un uniforme parecido al que le habían asignado a ella, era una silueta de negro brillante con los pechos desnudos que resaltaban por su blancura.

—¿Hay una salida por ahí? —le preguntó Laura señalando el final del pasillo.

La chica era hermosa pero inexpresiva y se la quedó mirando desde unos ojos vacíos.

—*¡Pomocy! ¡pomocy!* (*Ayuda en polaco*)—pronunció la chica con voz de autómata.

—No te entiendo... no entiendo lo que dices—le respondió Laura. Era rusa o polaca, de un país del Este sin duda. Pero se dio cuenta por el tono de la voz que estaba completamente drogada. Laura oyó entonces unos pasos que se acercaban. “¡Diego!”, pensó y notó entonces que la chica la había cogido débilmente del brazo. Asustada, se desprendió de la mano enguantada y huyó

hacia el fondo del pasillo. No había tiempo que perder. Empujó una puerta y dio a un cuarto lleno de contadores de luz. Tropezó con unos palos que se cayeron con ruido y siguió avanzando. A su espalda oyó las voces de Diego y de la chica drogada. “Ya sabrá que me he escapado”, pensó Laura con un estremecimiento y apartó unos cubos con las manos. Tenía que seguir avanzando. ¡Tenía que haber una salida! Con pánico pasó entre aparatos hasta que vio un pequeño marco de luz. Se abalanzó con esperanza ¡era una puerta! Buscó la empuñadura sin encontrarla. Oyó entonces las pisadas que se acercaban. Iban a descubrirla. ¡Y no encontraba la maldita empuñadura! Notó entonces un agarradero y tiró de él. La puerta crujió pero consiguió abrirla con la fuerza del miedo. Daba al parking del local. Delante tenía un solar arenoso iluminado por altas farolas. Parecía un desierto naranja. Se puso a correr. No sabía hacia dónde, pero quería cruzar el solar para encontrar un refugio en algún sitio. Se oyó jadear a sí misma y se imaginó a Diego empezando a correr tras ella. La cogerían enseguida. Y notó como sus suelas resbalaban en el polvo. Tenía que cruzar el descampado. Ponerse a salvo. Vio entonces una pequeña valla al final del parking. Hizo un esfuerzo y aumentó el ritmo. El pecho le ardía como un horno. Al pasar la valla se encontró en el arcén de la autopista.

Los coches pasaban veloces sin detenerse. No supo qué hacer. Miró entonces atrás por primera vez. Más allá del parking de arena, en el local, unas siluetas la miraban desde la distancia. No podía identificarlas, pero sabía que una de ellas era la de Diego. Sintió entonces ganas de llorar pero se contuvo y empezó a caminar por el arcén de la autopista para alejarse del local. Tras la carrera notó que sus piernas no le respondían. Estaba empapada de sudor y sus zapatos llenos de tierra. Movi6 los brazos, entonces, a los coches veloces. No sabía si la veían siquiera. Cruzaban como destellos de luz y la cegaban con sus faros. Se sintió mareada, tuvo miedo de desmayarse y caer bajo las ruedas. Se detuvo un poco. Un coche la rebasó entonces y se paró unos metros más adelante. Consiguió correr hasta el vehículo, pero un pensamiento la angustió: “¿Y si son ellos?” Dudó un segundo, pero abrió la portezuela. Era una mujer al volante que la miraba preocupada desde el interior. “No es de ellos”, concluyó y se refugió en el asiento. El coche aceleró mientras la conductora le preguntaba cosas... ella respondió algo... no importaba... cualquier cosa... su mente estaba en el local... sólo veía a Diego... a Diego mirándola... de una manera diferente... como si fuera un desconocido... y, a medida, que se alejaba por la autopista, los recuerdos del

Diego amable y cariñoso se diluían como un sueño que nunca fue.

*Creo que está enamorada de mí. Como yo de ella.*

*Quizá parezco vanidoso, pero no importa... esto sólo lo escribo para mí, no tengo que disculparme ante nadie.*

*Nunca he sentido una unión como la nuestra. Cuando estamos juntos todo desaparece alrededor. No hay nadie más que nosotros y todo tiene sentido. Me gusta abrazarla y hablar con ella. Eso es la realidad, de eso no hay duda.*

*Con Laura siento que puedo ser el que soy de verdad, que puedo contarle todo de mí. Y eso no me había ocurrido nunca. Ni siquiera durante las sesiones. Noto que alguien ha entrado en la ciudadela y que todas las puertas se van abriendo a su paso. Junto a Laura ya no tengo miedo de accidentes ni de malentendidos. Me encantó estar con ella en el hospital. Consolarla. Serle útil. ¡Ser útil a alguien por una vez! Hasta su madre me recibió amable en su cama. Como si fuera alguien de la familia...*

*Me emociono al escribir estas líneas. He tenido que parar un momento pero sigo escribiendo. Sí, me han aceptado. Tengo una familia. Por una vez sé cuál es mi lugar en el mundo. Tengo que decírselo a Gerardo. Verá que es posible. El destino puede cambiarse. Ha sido el azar, un azar maravilloso el que me da esta oportunidad y esta vez no puedo fallar.*

*Y no lo haré.*

*Sé que Gerardo es escéptico. Pero le demostraré que se equivoca.*

*Además, qué importa Gerardo. Sólo importamos Laura y yo. Eso es lo importante. Nuestro mundo. Cada vez estoy más seguro. Lo que voy a hacer es olvidarme de Gerardo... y de este diario... y llamar a Laura.*

Laura entró en casa como una autómatas. No notaba las piernas al caminar. Era como si estuviese andando en un sueño. Se golpeó con un mueble al entrar y se quedó de pie en medio del pasillo. Estuvo unos segundos con la mirada perdida en los baldosines del suelo... Decidió, entonces, prepararse un té y se movió maquinalmente hacia la cocina.

El pitido del agua caliente la sobresaltó. Cogió, temblorosa, la tetera y notó un dolor agudo. Se había quemado. Puso la mano bajo el agua y eso la alivió un poco. “Ya he hecho bastantes tonterías”, se dijo. Se olvidó del té y dejó la cocina.

Cayó agotada en la cama. Sus piernas aún temblaban un poco. Amanecía pero para ella la noche no había terminado. Nunca lo haría. Como en un torbellino, giraba en su mente lo vivido hace unas horas. El coche... Diego silencioso al volante... esa horrible mujer... el local... la huida... Tuvo ganas de abandonarse al sueño para siempre y no despertar. Recordó, entonces, a su madre en el hospital. Por ella tenía que seguir luchando... Con un esfuerzo casi sobrehumano levantó su cuerpo y se dirigió a la ducha...

El agua caliente no le quitó la sensación de agotamiento, pero decidió vestirse para ir al hospital. En el umbral sonó el móvil. No podía creérselo: era Diego.

—¡Cómo te atreves a llamar! —le gritó al teléfono.

—...pero, Laura —balbuceó Diego para callarse a continuación.

Ante el silencio, Laura se asustó un poco. Podía tratarse de alguien peligroso. Después de todo, era casi un desconocido. Y le había abierto las puertas de su casa... Notó entonces cómo el miedo crecía en su interior.

—Si insistes, llamo a la policía —acertó a gritar y le colgó el teléfono.

De camino al hospital, en el taxi, lloró como nunca lo había hecho. Las calles y los edificios se deformaban como un paisaje en la niebla y decidió no mirar al exterior. Necesitaba ocuparse en algo. El viaje se le estaba haciendo interminable. Encendió el móvil: tenía un mensaje de Isabel.

“¡Sorpresa! ¡sorpresa! mañana estoy en los madriles... pero morena y reluciente... tengo mil cosas que contarte... vas a flipar, cariño... besos

Isabel, la intrépida”

Laura se alegró al leer a su amiga, pero no pudo ni sonreír. Algo se había

roto en su interior. Isabel sí que iba a “flipar” con su historia... Y las imágenes volvieron a acecharla como un jeroglífico indescifrable...



—Has llorado, lo veo —la recibió su madre desde la cama.

—Un poco... —respondió Laura, evasiva.

—Ya... ¿te crees que me chupo el dedo? Te has hartado a llorar y por culpa de ese chico...

—Anda, déjalo, mamá...

—No, si yo lo dejo, pero no llores por él... por ninguno... no lo vale. Nada vale como el amor de una madre... pero tú te enamoras del primero que encuentras en la calle y claro acabas como acabas: llorando y hecha polvo. Te lo mereces, mira. Soy dura, pero te lo mereces. Por boba y por tonta. Pero a mí no me la dio con su voz dulce y sus modales... le calé desde el principio...

—Pero ¡qué dices, mamá, si hasta le besabas al despedirte!

—Era mi táctica, para disimular... yo sabía bien sus intenciones, las tenía clarísimas... ¿tú, no?

—Pues no. La verdad es que no. ¿Qué es lo que quería? Anda ¡ilumíname!

—Pues separar a una madre de su hija, eso es lo que quería, es que pareces boba...

—Déjalo, mamá, no estoy de humor...

—Ahora vuelves a estar mustia como siempre, pues vaya cambio, en mis tiempos una chica...

Laura dejó de escuchar a su madre y se levantó de la silla. Junto al ventanal, la angustia volvió como una puñalada sangrienta e inesperada: la plaza seguía en su sitio, con sus coches y peatones. Pero esta vez no era la misma plaza, todo había cambiado. Como si unos operarios se hubieran llevado un decorado y lo hubieran cambiando por otro parecido, parecido pero diferente, terriblemente diferente... Recordó la conversación con Diego y le parecieron frases de otro mundo... para no recordar volvió al presente, al cuarto, a su madre en la cama...

—...pero nunca me haces caso porque eres una locatis, si me hicieras caso otro gallo cantaría...—seguía su madre.

De repente, una voz sonó en la puerta de la habitación:

—Buenos días...

Era Diego:

—¿Cómo está la enferma?

Diego se acercó a la cama y le dio dos besos a la madre de Laura. Ésta no daba crédito a la escena. En un movimiento instintivo dio dos pasos atrás y pronunció con voz grave:

—Diego... deja a mi madre... sal de este cuarto, tenemos que hablar.

Diego pareció sorprendido por la sequedad de Laura pero la siguió fuera.

—¿Qué pretendes? —le lanzó Laura en el pasillo.

—No lo entiendo ¿qué te pasa?

—No, para, para... ¿qué te pasa a ti? pero ¿quién te crees que soy?

—Eres tú... te quiero...

—¿Y eso qué incluye? Porque quiero saberlo de antemano... no me gustan las sorpresas... y menos a las cuatro de la madrugada...

—No te entiendo...

—Yo tampoco, y eso no me gusta.

—Pero ¿qué quieres que diga?

—Nada, no digas nada. No es necesario.

Mientras hablaba, Diego la miraba con una expresión triste y angustiada, como un niño en medio de una muchedumbre extraña. Laura decidió ignorar esa mirada y seguir adelante:

—No digas nada. Lo único que quiero es que nos dejes solas, a mi madre y a mí.

Y no le dejó responder. Entró, de nuevo, en la habitación y Diego se quedó en el pasillo.

—¿Dónde está Diego? —le preguntó su madre al sentarse a su lado.

—No lo sé —respondió Laura— creo que está lejos, muy lejos...



Al volver a casa notó que su agotamiento era mayor que nunca. Estaba vaciada, como hueca por dentro... como si le hubieran absorbido toda la energía. Se sintió incapaz de cualquier cosa. Sólo pensaba en dormir, en descansar... “¡La oficina!”, se acordó, entonces. Lo solucionó con una llamada. Les informó de manera escueta y sin dar muchas explicaciones. Su

madre estaba enferma, era lo que tenían que saber; pero ella sabía que lo que la agotaba, lo que la consumía de verdad, era otra cosa y eso... no podía contarle. La tomarían por loca o por algo peor. Y las imágenes de lo vivido acudieron como una marea a su mente.

No pudo detener esos horribles recuerdos. Revivió la habitación del prostíbulo, la chica extranjera deambulando por el pasillo como una sombra; vio, de nuevo, a Marlene y a Diego junto a ella... La sensación de peligro, de angustia, se volvió lacerante y se estremeció. ¿Quiénes eran? ¿Eran de la mafia? ¿se dedicaban a la trata de blancas? Pero, en el fondo, lo único que le interesaba era Diego: ¿qué quería de ella? ¿qué esperaba? A lo mejor, se trataba de un perturbado, de un vicioso que esperaba una relación sadomasoquista...

Para borrar estas imágenes recordó al Diego amable y sonriente, evocó su paseo a orillas del río, su amabilidad con su madre... Pero no fue suficiente. Las imágenes terribles volvieron a acosarla. A lo mejor Diego era un degenerado, alguien peligroso... ¡pero no quería verlo! ¡no quería saberlo! Se notó, entonces, como abandonada, perdida en un callejón entre la realidad y sus deseos. Sólo quería encontrar una salida, una explicación. Y estaba visto que no iba a encontrarla sola.

Marcó el número de Isabel, ella la sacaría, al menos, de su laberinto interior.

Isabel se quedó estupefacta.

—¿Y había una rusa? —dijo con los ojos muy abiertos

—Mira... no sé si era rusa o lituana... no me paré a discutirlo — respondió Laura nerviosa— sólo quería huir...

—Ya te digo... ¡qué fuerte!... pues parecía un chico normal... más bien aburridillo para mi gusto...

—Pues ya ves, la vida es una caja de sorpresas ¿quieres tomar algo?

—Cuando se me pase el susto.

Laura desapareció en la cocina para preparar dos té. Al poner las bolsitas notó que aún le temblaban las manos.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo Isabel desde el salón.

—Le he dicho que nos deje tranquilas a mamá y a mí.

Laura volvió al salón con dos tazas humeantes.

—Normal —afirmó Isabel— pero noto que hay algo más. No pareces muy convencida. Yo, en cuanto detecto algún delirio raro les doy puerta...

—Es que... parecía desolado cuando me hablaba. Lo sentía de verdad, estaba compungido.

—Los tíos tienen muchas tácticas, cuidado.

—Esta vez, no. Era como si no supiera de qué le estaba hablando. No podía ni seguir la conversación, sólo me miraba con sus ojos tristes.

—Será su táctica... pero vale, pongamos que no sabe nada de nada ¿y quién era el de anoche? ¿su doble o el conde Drácula?

—No te burles, que no estoy para bromas.

—Perdona, hija, pero reconoce que el asunto se las trae. A lo mejor tiene un hermano gemelo. No sería la primera vez. Y él no sabe lo que hace el otro. O podría ser que estuvieran compinchados. Un montaje para llevarse al huerto a ingenuas como tú... ay, no lo sé, hija... esto me supera. Sólo sé que huele muy mal y que yo ya estaría a kilómetros de distancia...

—Pues yo no quiero...

—Pero qué me dices mujer...

—¡Que no quiero!... no me resigno... estoy harta de mi vida... de las enfermedades de mi madre... de mí misma... esta vez no me resigno... hay algo más, lo sé... tiene que haberlo.

—Como quieras, pero has escogido a un mal personaje para empezar a luchar por algo... ¿qué piensas hacer?

—No lo sé... eso es lo peor, no lo sé...

Y Laura se dejó caer en el respaldo del sofá. Su amiga la rodeó con el brazo y se quedaron en silencio. De repente, como un agujón sonoro, sonó el móvil de Laura. “Era Diego”.

—Joder, es cabezón el tío —dijo Isabel.

—No puedo... es que no puedo... cógelo tú, por favor... cógelo tú.

—¿Y qué le digo? —preguntó Isabel cogiendo el teléfono—. Dígame. No... Laura no quiere ponerse... ¿qué querías?... ¿mañana?... para cenar... espera que apunto la dirección... ¿con quién?... vale... hasta mañana...

—No quiero verle ¿es que no lo has entendido? Te digo que no quiero verle y conciertas una cita... ¡menuda amiga!

—Es que no vas a ir sola, pienso acompañarte. Además él tampoco vendrá solo. Ésa es la gran noticia, querida.

—¿Noticia? ¿qué noticia?

—Mañana por la noche, quiere presentarte a alguien muy importante para él. Dice que se llama Gerardo y no me ha querido decir más. Yo, personalmente, lo tengo muy claro: mañana vamos a conocer al misterioso hermano gemelo.

Laura se pasó la noche imaginándose al tal Gerardo. Le recordó al volante, conduciendo en silencio, casi idéntico a Diego; como si su rostro fuera un reflejo malévolo que hubiera cobrado vida, una vida diferente y extraña. Si Diego era creativo y locuaz, Gerardo era más seguro, callado y calculador. Quizás un empresario o un inversor... Y ella se había colocado en medio de ese extraño juego. ¿Qué papel jugaba ella en todo esto? ¿El de víctima? Se asustó ante la idea pero acabó de arreglarse para la cita.

—¿Estás lista? —le gritó a Isabel para notarse acompañada.

—Casi, espera que guarde mi arma en el bolso —y apareció riendo su amiga—. Es broma, no hay arma, no hay arma, boba, es para echarle suspense al asunto...

—Ya, muy graciosa...

Y las dos amigas se dirigieron a la cita.

El asador estaba lleno cuando llegaron. Al entrar, Laura notó que la angustia le apretaba el corazón. Isabel pareció notarlo, la tomó de la mano y se acercaron a una mesa del fondo. Laura reconoció enseguida a Diego que sonrió al verlas llegar. Había un hombre sentado frente a él que les daba la espalda.

—Laura, gracias por venir —dijo Diego con dulzura—. Hola Isabel. Quería presentaros a Gerardo, mi amigo más íntimo, sabe más de mí que yo mismo.

Laura apretó los puños mientras el hombre se giraba. Estuvo a punto de huir. No sabía si iba a soportar la mirada de acero del doble de Diego, su voz arrogante y sus gestos dominantes. Se quedó congelada en el sitio: Gerardo no era el hombre del coche negro, no se parecía en nada a Diego. Era mayor que él. Tenía el pelo canoso y grandes entradas, sus ojos grises eran tranquilos y una perilla blanca enmarcaba su barbilla.

—Encantado de conoceros —pronunció con suavidad levantándose para saludarlas.

La expresión de sorpresa de Laura rivalizó con la expresión de sorpresa de Isabel. Aturdidas las dos, tomaron asiento junto a los hombres.

—¿Tomaréis algo antes de la cena? —les propuso Diego.

—No...sí...lo que queráis —logró decir Laura.  
Y pasaron a escoger los platos de la cena.

Mientras esperaban el primer plato, Diego empezó a hablar de Gerardo con un evidente orgullo:

—Gerardo es psicólogo y trabaja en el servicio de Psicología del Hospital Provincial de Madrid. Es toda una eminencia...

—Vamos, vamos... no le hagáis caso —respondió Gerardo al instante—. Está exagerando. Hago lo que puedo para ayudar a mis pacientes, nada más... —. Era evidente que encontraba embarazosos tantos halagos y utilizó lo primero que pudo para cambiar de conversación.

—Mirad... ya traen el primer plato.

Y la conversación pasó a centrarse en los placeres culinarios y la buena cocina.

La cena fue abundante y deliciosa. Laura tenía ante sí a Diego y a Gerardo y no cesaba de compararlos. Es cierto que había un aire en común, pero bastante difuso. Podían ser hermanos perfectamente, pero desde luego no eran gemelos. Si Gerardo no era el hombre del coche negro ¿quién era? Y miró, entonces, a Diego con un temor renovado. Diego se dio cuenta y sonrió a Laura. “Sigue enamorado de mí, de eso no hay duda”, pensó Laura. Isabel, entretanto, iba escogiendo el postre con entusiasmo.

—¡Éste! —gritó con júbilo— el de tres bolas de helado.

—Tienes apetito —sonrió Gerardo— eso es buena señal. ¿Y tú, Laura, no tomas nada?

—No gracias, estoy llena. Pero he comido muy bien.

—Y nosotros —añadió Gerardo— pero, como os imaginaréis, no hemos quedado sólo para comer...

Las dos se quedaron heladas y se miraron con pánico.

—No os asustéis. Lo que quiero decir es que quería hablar con vosotras. Quería conoceros. Diego no para de hablarme de Laura, Laura por aquí, Laura por allá...que si es guapa... que si es encantadora... y la verdad es que se quedaba corto.

—...gracias...—balbuceó la aludida.

—Pues eso... eres una gran chica y tienes una influencia muy buena sobre Diego. Por eso, si me permites, sólo te pido una cosa... ten paciencia... cuando todo parece confuso, más cerca está la luz...

Con esta frase llegó el camarero con los postres. Laura se sumió en más dudas e Isabel se sumió en una montaña de helado.



Ya en el taxi las dos se quedaron en silencio.

—¿Te has enterado de algo? —le preguntó Isabel— porque yo vine con dudas y me he ido con más dudas.

Laura no contestó. Es cierto que estaba confusa como su amiga pero intuía algo detrás, casi al alcance de su mano. Como una sombra que asomaba bajo una puerta, muy cerca ya. Sólo tenía que tirar de ella y lo sabría todo.

Eso, en lugar de tranquilizarla, la inquietó aún más. A veces, pensó, es mejor no saber lo que acecha tras la niebla.

—¿No está mal el amigo de Diego? ¿eh? —dijo Isabel con tono pícaro.

—Es... agradable.

—Vale, como quieras llamarle. Tiene su morbo con su pelo cano y su barba.

—Ay, hija, tú a todos les encuentras su... “morbo”.

—Mejor que ser una sosa como tú... —concluyó Isabel.

Al bajar del taxi las amigas estaban en silencio:

—Perdona lo del morbo... —se disculpó Laura.

—Y tú perdona lo de sosa; no eres tan sosa, sólo un poco...

Y las dos se pusieron a reír en la acera.

—¿Subes? Te preparo un té... —propuso Laura.

—Gracias, Princesa, pero me voy al sobre... Tony me ha preparado todo un programa para mañana, tengo que estar en forma... un beso.

Su amiga desapareció en una esquina y Laura se quedó aturdida sin saber por qué. No quería entrar en su piso. Le asustaba la soledad. Y entró en la casa vacía como en una prisión.

En el cuarto de su madre contempló la cama vacía. Se sintió abandonada, sola en el mundo. Cuando estaba con su madre se sentía sola, a merced de sus caprichos, pero ahora que no estaba la enferma se sentía más sola todavía... Con estos pensamientos se miró en el espejo del lavabo. A la luz de las bombillas su rostro le pareció blanquecino, demacrado. Con hastío apartó la mirada del cristal y se acostó confusa en la cama. Poco a poco, el cansancio la invadió y se dejó ir a un extraño sueño...

Estaba atada a una roca. Oía un rumor. La marea subía y no podía deshacerse de sus cadenas. Tiró de ellas y sólo consiguió lastimarse las muñecas. No tenía adónde ir y buscó alrededor con la mirada. Sólo la luz de un faro la amparó en su oscuridad. Renovó los tirones, pero descubrió con horror que sus manos ya estaban sumergidas en el agua que ascendía. Sólo oía el rumor del agua subiendo, un ruido atronador y terrible...

El ruido la despertó del sueño. Vio la luz del faro en la oscuridad, pero se desengañó enseguida: era su móvil sonando y brillando en su cuarto. Había recibido un mensaje:

“¿Me tienes miedo?”

“Diego” supo Laura al instante. Tecleó con rabia:

“No”.

La respuesta no tardó en llegar:

“Pues baja, te estoy esperando”.

Le encontró en el portal. Le daba la espalda pero lo reconoció enseguida. Su silueta negra esperaba fuera algo encorvada. Tras la reja de la puerta parecía una fiera enjaulada. Se giró al oírla llegar y la miró con sus ojos helados.

—¿Qué quieres ahora? —le dijo Laura con voz temblorosa.

—Lo mismo... lo único. A ti.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Raptarme? ¿Meterme en tu coche?

—Mira alrededor —y señaló detrás suyo con sus guantes negros— ¿ves algún coche? No voy a ninguna parte. Me encuentro muy bien aquí, contigo.

—Pues aquí estamos ¿qué es lo que quieres?

—...lo que queremos todos... placer, placer e impunidad... sólo somos animales cubiertos con tela.

—Pues conmigo te equivocas...

—Ya. Me olvidaba que estoy con una princesa que espera a su príncipe azul... pero ¿estás segura de lo que quieres, princesa? ¿Quieres a un príncipe o un sapo? A lo mejor sueñas con un príncipe, porque te da miedo reconocer que lo que deseas, en el fondo, es algo mucho más húmedo y viscoso...

—...algo como tú —replicó Laura.

El joven se rio entonces de una manera extraña. Luego añadió:

—Ya sé que no soy un príncipe, precisamente. Pero eso no importa. Lo que importa es que tú tampoco eres una princesa...

Con un movimiento felino se adelantó entonces y la tomó de un brazo. La miró fijamente a los ojos y susurró:

—...no veo ninguna princesa delante de mí. Sé que te mueres por arrojar tu corona ¿de qué tienes miedo?

—Ahora es cuando me dices que tengo miedo de ti... —se defendió Laura.

—¿De mí? ¿de mí! Pero si yo sólo soy un pobre sapo... No, princesa, tú no tienes miedo de mí sino de ti, de lo que tú eres de verdad. Sabes que podrías ser de otra manera pero sigues pegada a las faldas de mamá. Tu madre te desprecia y tú la arropas por las noches ¿qué te pasa?

—A mí no me pasa nada. El que se va de putas por las noches eres tú...

—Muy aguda, muy aguda. Pero no te engañes. ¿No te han dicho que tienes unos labios hermosos, muy tentadores? Me parece que no... ¿qué haces

encerrada con tu madre viviendo como si fueras una anciana? ¿Tanto te quiere tu madre? ¿Cuántas veces te ha dicho que eres bonita? ¿Cuántas?... seguro que ninguna... lo veo en tus ojos, en tu manera de moverte... estás esperando, siempre esperando... porque eres una cobarde...

—¿Y tú vas a solucionar mis problemas? ¿no?

—Alguno, seguro...

Y el joven la miró con ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Estás segura de lo que quieres, princesa? —añadió.

Laura lo miró, entonces, fijamente. No podía ser Diego. No era él. No era su mirada, no era su dulzura... Sintió, entonces, una repulsión instintiva por el joven de negro que se alzaba ante ella.

—Vete —dijo con firmeza.

—¡Que desperdicio! Aquí tienes a tu sapo, he salido de mi charca para ti, no seas boba...

El joven hizo una grotesca reverencia y se acercó a Laura. Ella retrocedió por instinto y le cerró la puerta en la cara.

—¡Vete! ¡No quiero verte!

—No seas sosa, mujer. Abre la puerta.

Al oír la palabra “sosa”, Laura pensó en Isabel. Eso la enfureció y le dijo desde dentro:

—¿Para qué quieres entrar? —le gritó- ¿quieres que me ponga un uniforme como las otras putas?

—Con que estés desnuda me basta —y el joven rio detrás del cristal.

Laura supo, entonces, que no quería seguir hablando. Se alejó de la puerta y dejó al joven agarrado a los barrotes.

—No hables a nadie de esta noche —le oyó decir— será nuestro secreto. ¡Nadie sabrá que la princesa es una cobarde y no le ha dado un beso a su sapito...! Pero no corras tanto... para que no olvides esta noche, yo también quiero revelarte un secreto...

Laura se quedó al pie de las escaleras e interrumpió su huida. Miró hacia el portal y vio al joven de pie. “¿Qué está haciendo?”, se preguntó temerosa.

—Coge esta nota, princesa... ven a cogerla si te atreves.

—No quiero nada tuyo —rugió Laura. Y subió las escaleras corriendo.

—Como quieras, preciosa. Aquí la dejo, escondida debajo de esta piedra como si fuese el mapa de un tesoro —y el joven se agachó y dejó el papelito. Luego insistió:

—Aquí te dejo mi secreto ¡solo para ti!

—¡No quiero nada tuyo! —gritó Laura huyendo por la escalera— ¡vete!



Ya a salvo en casa, Laura se arrojó vestida sobre la cama y notó, entonces, que estaba empapada de sudor. Pensó en ducharse pero se encontraba agotada. Con la mirada fija en el techo se fue adormeciendo y volvió a la roca de su sueño...

Estaba atada a la roca. Oía el rumor. La marea subía y no podía deshacerse de sus cadenas. Tiró de ellas y sólo consiguió lastimarse las muñecas. No tenía adónde ir y buscó alrededor con la mirada. A su lado apareció un buitre negro que la miró con sus ojos brillantes. “¿Tienes miedo?”, le preguntó con un graznido. “Es normal que tengas miedo, siguió el pájaro, el agua sube muy rápido y no eres un pez, ni siquiera una sirena... eres sólo una mujer. Pero yo puedo ayudarte. Mira mi pico brillante, con sólo un golpe puedo liberarte de tus grilletes. Sólo yo puedo evitar que te ahogues. Es sencillo es mi pico o es el agua. Tú eliges... el agua o mi pico...”

El agua empezó a subir de repente. Intentó gritar, pero ya era tarde. El pájaro negro volaba desde la altura y describía círculos sobre su fatal destino. Ya era toda agua. El agua le entró en los pulmones y respiró agua, agua salada como su propio sudor...

Laura se despertó, entonces. Estaba encharcada. No quiso pensar en su pesadilla, no quiso pensar en la visita de Diego, no quiso pensar en sus palabras. Sólo se levantó de la cama, se dirigió al lavabo y se miró al espejo. Su rostro estaba muy blanco, casi cadavérico; notó que sus labios estaban reseco y sus ojos parecían muertos. Casi no se reconoció en su reflejo. Se llevó, entonces, las manos a la cara y se puso a llorar. No le gustó ver su cara en el espejo. A lo mejor era ella el problema. ¿Cómo habría reaccionado Isabel ante Diego? Seguro que no como ella. Se la imaginó abrazándose en el portal, dejándose ir con Diego o con otro chico... Y no le gustó esa imagen. No le gustó y no pudo explicar por qué. ¿Qué tenía de malo entregarse sin más? “Es sólo la naturaleza —pensó— el ins-tinto...” Ella quería a Diego, era lo único claro: no quería perderlo. Pero ¿tenía que aceptar sus perversiones? A lo mejor le acabarían gustando, a lo mejor ella tenía un lado oculto y se lo negaba a ella misma... No le gustó el camino que tomaban sus pensamientos y

se mojó la cara en el lavabo. Con el rostro empapado pareció verlo todo más claro. “No es lo que quiero”, se dijo. Había sacrificado la mitad de su vida a su madre y ahora le exigían un nuevo sacrificio. Había sido una santa junto al lecho de una enferma y ahora le pedían que fuera una puta al gusto de un señorito. Pero, ni santa ni puta. Lo que quería era ser feliz. No era una depravada, no le gustaba que la trataran así y no iba a aceptarlo.

Se sentía perdida, no sabía el camino a tomar, pero estaba segura de una cosa: quería a Diego con todo su ser, al Diego amable y cariñoso e iba a luchar por recuperarlo.

Recordó, entonces, su pesadilla, el buitre negro de ojos brillantes, sus graznidos diciendo: “puedo ayudarte. Mira mi pico brillante”. Y le parecieron como un extraño ofrecimiento. Como la nota que Diego había dejado en el portal. A lo mejor, era una pista, una posible solución; sólo por eso valía la pena leerla. Pero podía ser otra cosa: una trampa, una trampa retorcida para atraparla aún más. Y Diego podía estar escondido en el portal, esperando a atraparla cuando cogiera el papelito. Se quedó en el borde de la cama sin saber qué hacer. Como una iluminación, lo vio todo claro de repente: tenía que arriesgarse.

Se levantó de la cama y bajó a buscar el misterioso mensaje de Diego.

Ya en la portería permaneció oculta en la oscuridad. Junto a la garita del conserje pudo vislumbrar el portal: no había nadie. “A lo mejor se ha escondido y me espera oculto”, pensó al instante. Y decidió permanecer escondida para poder observar.

Nada cambió en los minutos que siguieron.

Con prudencia se fue acercando al portal. A lo mejor había ido a buscar su coche negro para secuestrarla. Desde dentro miró al exterior: nada, las calles estaban desiertas. Ahora tocaba el movimiento más arriesgado: abrir el portal. Tenía que ser hábil: abrir, coger el papelito del suelo y volver a cerrar. Entre las sombras, buscó el papelito por el suelo: lo vio bajo la piedra. Se imaginó una garra saliendo de lo oscuro en el momento de sacar su brazo para coger la nota. “Bobadas”, pensó y en un arrebató de valor abrió la puerta, cogió el papel y cerró a toda velocidad. Ya a salvo huyó por las escaleras para refugiarse en casa.

De vuelta a su habitación se sentó en la cama y notó, entonces, que estaba temblando. Toda la tensión se le vino encima y le pareció que su cuarto daba vueltas a su alrededor como un tiovivo delirante. “¡Cálmate!”, se dijo. “Lo has hecho, ya no hay peligro”, se repitió intentando tranquilizarse.

Era cierto. Había conseguido su objetivo. Había superado sus miedos. Se sintió, entonces, orgullosa de sí misma : a su manera, ya era tan arrojada como Isabel. Y en ese momento notó que su puño derecho aferraba crispado un papel humedecido. “¡El secreto de Diego!” gritó sola en su cuarto. Y se levantó como un resorte para dirigirse a la mesa.

A la luz de un flexo desplegó el papelito. Lo había arrugado y estaba mojado por su sudor. “Espero que no se haya borrado”, gimió Laura. No había que temer, la tinta había resistido. Pero lo que leyó la dejó atónita:

*Marcos, 5:9.*

Nada más. Ella se había esperado una declaración de amor morbosa y extraña, un mensaje enloquecido escrito para volverla loca a ella. Pero no era nada de eso; sólo un nombre y unos números. Como un código.

*¿Marcos, 5:9.? ¿Marcos? ¿y quién es Marcos? A lo mejor, se trataba de*

una dirección. De otro prostíbulo en las afueras. A lo mejor era su manera de citarla. Pero ¿y esos números? No parecían el número de una calle y de un piso. Parecían más bien indicaciones de un mapa, o páginas de un libro...

Con el papel en la mano se acercó a la mesa y encendió el ordenador: tenía muchos mensajes pendientes de Isabel. Estuvo tentada de mirarlos, pero no era el momento. Lo que hizo fue abrir el buscador y poner las palabras misteriosas:

*Marcos, 5:9.*

La búsqueda tardó unos segundos. La verdad es que no esperaba encontrar respuestas en esta primera tentativa. Por eso cuando vio aparecer los resultados en la pantalla se quedó atónita.

Todo encajaba como las piezas de un puzzle extraño.

Marcos no era ni una dirección ni un mapa. Era uno de los cuatro evangelistas. Fundó la Iglesia de Alejandría y tuvo una horrible muerte: le ataron con cuerdas al cuello y fue arrastrado por las calles de Alejandría hasta que expiró. Años después trasladaron sus reliquias a Venecia y las depositaron en la basílica que lleva su nombre. Ahora es el centro de atención de miles de turistas que visitan la popular plaza de San Marcos.

A Laura le pareció una información interesante, pero seguía sin ver la clave de todo. Cuando incluyó los números 5:9 se abrió ante Laura un nuevo camino.

Los números indicaban un pasaje bíblico, un pasaje extraño y sorprendente. Narraba la visita de Jesús a la tierra de los Gadarenos donde se encontró con un hombre que vivía entre los sepulcros y los montes dando gritos e hiriéndose con piedras. Muchos intentaron atarle con grillos y cadenas, pero era inútil. Su terrible fuerza podía con todas las cadenas que le ponían. Al ver a este hombre, Jesús se dirigió a él:

—Sal de este hombre, espíritu inmundo

—¿Qué tengo yo que ver contigo? —se lamentó el endemoniado— No me atormentes.

—¿Cuál es tu nombre? —insistió Jesús.

—Mi nombre es Legión, porque somos muchos.

Y Jesús expulsó a los demonios que huyeron para refugiarse en una manada de cerdos. La gente se acercó, entonces, y vieron al antiguo endemoniado sentado tranquilo y con el espíritu sereno después de haberse liberado de la legión.

Laura se quedó perpleja ante el pasaje bíblico. ¿Qué quería decirle Diego? ¿qué quería que hiciera? El pasaje bíblico le había dejado una sensación amarga en la boca. Esperaba una pista más clara, intuía una explicación cercana, pero se le escapaba como una sombra burlona.



Los días que siguieron le exigieron toda su energía y la ayudaron a olvidar. No habló con nadie del encuentro nocturno con Diego ni del mensaje misterioso. Sólo recordarlo la hacía sentirse sucia, mancillada. Ese recuerdo le hacía daño y quería olvidarlo, que nadie lo supiera. Tampoco mencionó sus pesadillas ni sus angustias. Era su triste intento de detener en su interior esa parte oscura que la estaba invadiendo.

Su madre volvió a casa y ella a la oficina. Al principio pensó que la rutina le haría bien. Frente a su ordenador todo estaría como siempre, seguro y bajo control. Enseguida se dio cuenta de que se equivocaba. Los recuerdos la acechaban por dentro mientras su cuerpo se movía como un autómeta. Nadie parecía darse cuenta. Sólo ella. Era como si un dique se hubiera roto y las aguas lo invadieran todo. Ya no era la misma, no podía volver atrás. Tenía que controlar la situación. Hasta ahora había sido un títere zarandeado de un sitio a otro y no podía seguir así ¡no quería seguir así! Una tarde, cuando no quedaba casi nadie en la oficina, empezó su búsqueda.

“Hospital Provincial de Madrid” tecleó en el ordenador. Y añadió, a continuación, “Servicio de Psicología clínica”. En el listado de psicólogos del hospital encontró enseguida el nombre y los apellidos que buscaba: Gerardo Hernández Bosco. “Bien, por ahora todo parece normal”. Miró, a continuación, el horario de las consultas y se dijo: “Gerardo. Ahora te toca a ti llevarte una sorpresa”.

En el Servicio de Psicología, los pacientes habían ocupado todos los asientos de la sala de espera. Algunos esperaban, incluso, de pie. A media mañana era lo normal. El doctor Hernández era muy concienzudo y no se daba cuenta del paso del tiempo. La secretaria suspiró como cada mañana y se acercó a la salita para tranquilizar a los enfermos. Conocía a muchos de ellos y sabía que unas palabras amables bastaban para calmarlos. Al dirigirse a la sala de espera vio llegar a una joven por el pasillo. Parecía agitada y sudorosa. No la conocía de nada y decidió tomar el control de la situación:

—¿A dónde va, señorita?

—Quiero hablar con el Dr. Hernández.

—¿Tiene cita?

—No... pero, es muy urgente.

—Ya entiendo, señorita. Pero tiene que pedir hora. Si quiere, le ofrezco una fecha para la semana que viene.

—Es que no lo entiende... tengo que ver al doctor ahora. Es muy importante.

—No lo dudo, pero...

En ese momento se abrió la puerta de la consulta.

—Margarita ¿puedes hacer pasar al siguiente paciente?

Gerardo vio, entonces, a Laura.

—Laura ¿qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—Lo comprendo. Pasa... Marga, serán cinco minutos, nada más... cálmame un poco a las fieras.

Laura y Gerardo entraron en el despacho. Marga les vio desaparecer, volvió a suspirar y se encaminó, resignada, a la sala de espera...

La consulta de Gerardo no era muy espaciosa. Una pared lateral estaba llena de listados grapados en un corcho. Detrás del despacho reposaban muchos archivadores de cartón. El psicólogo se sentó detrás de una mesa junto a un ordenador portátil abierto.

—No es necesario que digas nada —le dijo a Laura—. Quieres saber más. Sobre Diego y, tal vez, sobre mí.

—Me parece legítimo.

—Por supuesto. Y es normal que estés confusa. Y yo no he hecho nada por ayudarte. Creo que me pasé de misterioso durante la cena. La verdad es que más que una cena fue una prueba. Quería conocerte y ver cómo reaccionaba Diego contigo.

—Pues espero que saliera bien el experimento —respondió Laura, herida.

—Vaya, perdona. No quiero que te sientas utilizada, pero tu papel es más importante de lo que piensas... Bueno, basta ya. Estoy volviendo a ser misterioso sin quererlo. Lo que sucede es que delante de Diego no podía sincerarme del todo.

—Pero, si sois amigos... ¡íntimos!

—Somos algo más, mucho más. Diego es mi hermano pequeño, pero él aún no lo sabe. No podría soportar toda la verdad.

Laura se quedó de piedra. Ahora sí que perdía pie por completo. Gerardo se dio cuenta de su desamparo.

—Mira, Laura, todo esto es muy complejo y necesito tiempo para explicártelo. Mi mujer también es psicóloga y tiene consulta privada en casa. Allí estaremos tranquilos para hablar. Te escribo su nombre y la dirección... ¿Te parece que nos veamos esta noche?

—Vale... —se oyó responder Laura.

—Y ahora, tengo que dejarte. Tengo muchos pacientes fuera. No quiero que asesinen a Margarita en la sala de espera. No es muy buena secretaria, pero no quiero ser cómplice de asesinato —y se rio acompañándola a la puerta.

Ya en casa repasó mentalmente toda la conversación. Aún desconfiaba de Gerardo y tenía miedo. Es cierto que tenía un trabajo en un gran hospital y parecía un profesional muy competente, pero no iba a acudir sola a la cita. Llamó a Isabel al instante. Saltó el contestador de repente y, cuando le tocó hablar, dejó la dirección de Gerardo. “Si no me contestas iré sola, pero llámame en un par de horas y así me quedo más tranquila”, añadió con una voz un poco temblorosa.

Estaba asustada. Si pensaba acudir a la cita con Gerardo tendría que ir sin nadie y no se sentía capaz, lo cierto es que no se sentía capaz.



Todas sus dudas persistían cuando estuvo frente al edificio. Era un bloque de apartamentos muy agradable. El ladrillo visto le daba un tono suave y las contraventanas de madera lo hacían acogedor. En silencio una hilera de árboles acariciaba el edificio con sus copas. Era un barrio residencial y elegante y eso la calmó un poco. “Vamos allá” y se acercó al portal.

El interfono indicaba sólo tres plantas. Miró su papel con la dirección y vio la placa con el nombre de María Márquez junto a la palabra “Psicóloga”. Llamó al timbre.

—¿Laura? —dijo la voz de Gerardo algo metálica pero amable.

—Sí.

—Sube, sube.

Y la puerta se abrió con un zumbido eléctrico.

En el ascensor Laura volvió a tener un ataque de pánico. ¿Qué estaba haciendo allí? Hasta hace unas semanas su vida era tranquila con su madre y su trabajo y ahora acudía a una cita con un desconocido que la invitaba a su casa. Tuvo entonces el impulso de bajarse del ascensor, pero era como una jaula y seguía subiendo y subiendo. Cuando la caja se detuvo pensó en huir, pero Gerardo la esperaba en el umbral del piso sonriéndola tranquilo vestido con un batín de seda. Le acompañaba una mujer.

—Me alegra que hayas venido, es más importante de lo que piensas —le dijo. Y se adelantó para recibirla—. Te presento a María, mi mujer. Pasa, vamos a mi despacho.

La biblioteca la impresionó mucho. Mientras Gerardo se sentaba frente a ella logró leer un título al azar: “Lateralization of cortical function”. Y se quedó como estaba. Gerardo se dio cuenta de su curiosidad y le dijo sentándose:

—¿Te gustan los libros?

—Claro... —balbuceó Laura. Pero novelas, se dijo, y aquí había de todo menos novelas. “Parece una biblioteca muy especializada”, pensó.

—Pues luego hablaremos de todo esto.

En ese momento entró María en el despacho:

—¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —respondió Laura. Su garganta estaba seca como una lija por los nervios.

—No, gracias —respondió Gerardo— ¿te quedas con nosotros, querida?

—Me encantaría, pero ya sabes que tengo trabajo. Os dejo solos.

Y María salió del despacho. Gerardo continuó con su discurso.

—Mira, Laura, la mente humana es, a veces, compleja y extraña. Es de Diego de quien quiero hablarte. Eres muy importante para él y por eso quiero contarte su historia, nuestra historia. Desde el principio. Cuando lo sepas todo, podrás tomar la decisión que quieras. Nadie te obligará a nada. Pero tengo que avisarte: si te quedas a escuchar nunca volverás a ser la misma. Tú decides.

Laura tembló un momento. Miró la puerta un instante como para huir, pero se aferró a la silla para pronunciar:

—Adelante.

—Ya sabes que soy psicólogo y que Diego es diseñador gráfico y escritor.

—Sí, me ha hablado de ello —respondió Laura.

—Pues mi padre no fue nada de todo esto —y aquí Gerardo hizo una pausa — era prácticamente analfabeto. Eso no le excusa de nada, por supuesto, pero quiero que lo sepas todo. Se ganó la vida siempre con las manos, de chapuzas, fontanero, electricista... lo que fuera necesario. Y eso se notaba en sus manos, masivas, robustas y musculosas como unos guantes de acero. Mamá aprendió muy pronto a temer esas manos. Los tres vivíamos en una destartalada cabaña junto a un pinar y cerca de la ladera de una montaña. Pero te aseguro que no fue nada idílico, más bien todo lo contrario, fue una pesadilla. Desde pequeño recuerdo las palizas. Yo me escondía, pero a veces era imposible huir. Mi padre entraba en casa como un huracán de furia y la golpeaba. Yo era muy pequeño, pero recuerdo los impactos de esos puños en el cuerpo de mamá. Era como una muñeca de trapo zarandeada de un lugar a otro, pero qué podía hacer... una vez me empujó y me estrellé contra una lámpara de cristal... sabía que tenía que apartarme, desaparecer, cuando entraba en casa. Ví cómo la golpeaba, cómo la violaba a menudo... y esas imágenes se me grababan a fuego y me volvían a la mente cuando estaba en el colegio. Los otros niños reían y jugaban, yo sólo recordaba esas imágenes, no podía quitármelas de la cabeza... tenía que hacer algo, pensaba... a lo mejor todo era culpa mía, había sido malo y merecía esos castigos... y me callaba en clase, nunca molestaba sentado en mi banco... creía que así, siendo un buen niño, mi padre cambiaría... sería otro...

—...es horrible. ¿Y los profesores no notaban nada?

—Ya me encargaba yo de que no notaran nada. Llegaba a mentir para defender a mi padre. Lo último que quería eran problemas en el colegio que encolerizaran más a mi padre. Así fueron las cosas durante años. Mamá llevaba años encerrada sin salir y yo iba a la escuela en silencio con mi horrible secreto a cuestas. Lo peor era la culpabilidad, sentirme culpable sin saber por qué y no poder hacer nada.

Todo cambió un poco con el nacimiento de Marcos... o de Diego si prefieres. Marcos fue una auténtica sorpresa. Debido a los constantes abusos de mi padre, mamá ya había tenido dos abortos. Nadie esperaba que diese a

luz, de nuevo. Pero allí estaba mi pequeño hermano. Aunque yo sólo tenía catorce años, ya tenía una misión en la vida: protegerle a él. Yo sabía lo que nos esperaba y lo que había que hacer y le apartaba para que no viese nada. Como era tan pequeño, me inventaba historias para ocultarle la verdad. Hasta nos encontré un refugio. En un armario cabíamos los dos. Lo probamos una tarde, no obstante, Marcos notó un fallo:

—No se puede cerrar —dijo con su voz ahogada desde el interior del armario.

Yo miré la puerta y confirmé sus palabras.

—Es verdad. Espera un momento.

Y me fui a otra habitación. Sabía dónde estaban las herramientas de papá. Las dejaba junto a su cama. Con cuidado abrí la caja metálica y cogí un destornillador. Sabía que un armario de la cocina tenía un cerrojito que nadie usaba. Lo desmonté y se lo llevé a mi hermano.

—Mira... pondremos esto y así nos encerraremos desde dentro.

—Vale...—me respondió entusiasta.

Y así lo hice. Yo sabía perfectamente que ese cerrojito no serviría de nada si nuestro padre quería sacarnos del armario. Pero es que ante su fuerza ningún cerrojo habría resistido. Todo lo hacía por mi hermanito. Él parecía encantado con su nuevo escondite:

—Así no veremos ni oiremos a papá cuando esté enfadado.

Y así pasaron los años. Yo era casi mayor de edad cuando pensé en la fuga por primera vez. A esa edad era prácticamente mudo. Sólo hablaba con mi hermano y, a veces, alguna palabra con mamá. Pero fuera, en el exterior, no hablaba. Asistía a las clases y luego volvía a casa para seguir con el tormento. También le dije a Marcos que no contara nada de nuestra vida:

—No es tan difícil —le dije.

—Pero los niños me preguntan.

—Pues te inventas una historia. ¿Te acuerdas del cuento de Simbad?

—Claro que me acuerdo ¿te crees que soy tonto?

—Claro que no... pues les dices que papá es marino y que nunca está en casa.

—Vale...

Yo sabía que eso no era una solución. Sólo alargábamos una situación horrible. Mamá estaba destrozada y, aunque Marcos parecía normal, tenía pesadillas por las noches. Veía a mi hermano agitarse en la cama moviendo los

brazos... cuando lo veía así de noche en nuestro cuarto, me sentía solo, como si fuera el único habitante de un mundo cruel y terrible. Y pensaba en matar a papá. Ya sé que es horrible. Pero no podía evitarlo. Me imaginaba su muerte cada noche y siempre me encontraba en un callejón sin salida: ¿cómo hacerlo? Le tenía pavor a mi padre, a sus manos de acero, a sus brazos como tendones de hierro. Y lloraba en la cama. Lloraba en silencio para no despertar a mi hermano que dormía aún ignorante de todo.

Ya a finales del bachillerato hubo una chica. Bueno, en realidad no hubo nada. Yo me limitaba a mirarla desde mi pupitre y a verla reír. Era muy alegre. Se llamaba Irene y su pelo brillaba como el sol. Ella nunca supo que tenía un admirador. Supongo que ese chico delgado que la miraba le debía parecer un bicho raro, tan callado con la mirada sombría bajo las cejas... O, a lo mejor, ni siquiera había reparado en mí. Eso fue una nueva tortura. Cuando la veía con otros chicos pensaba en acercarme. Me había preparado mil frases. Pero entonces la realidad me atenazaba por la garganta y me quedaba mudo en mi rincón. Yo no era como los otros chicos. No merecía una chica como ella. Pero, al menos, su recuerdo me animaba durante mi encierro. Le escribía cartas que nunca envié y me imaginaba que las leía, que me comprendía. Le hablaba del refugio en el armario, de la risa de Marcos cuando me inventaba una historia, le hablaba de mamá, de cuando mamá era joven y aún estaba sana...

—Debían ser unas cartas preciosas...—comentó Laura.

—...las quemé todas.

—¡Qué lástima! ¿Por qué lo hiciste?

—Una noche papá llegó borracho y se encontró una revista de moda en el salón. Era una revista que yo le había traído a mamá para entretenerla. Me la habían dado al pasar junto a la gasolinera porque estaban haciendo limpieza. Mi padre, al ver la revista, la agarró con furia y fue a buscar mamá:

—¿Quién ha comprado esta mierda? En esta casa no se lee ¡y menos con mi dinero! No me parto la espalda el día entero para mantener a una panda de señoritos...

Y se encerró con mi madre en el cuarto. Cuando oí los golpes y los gritos, me sentí culpable por haber traído la revista; ahora, con los años, me doy cuenta de que daba igual. La revista o lo que fuera. Todo le valía de excusa para descargar su furia. Pero yo no lo viví así en aquella época. Yo era el culpable porque había traído la revista. Con pánico me imaginé, entonces, que mi padre encontraba mis cartas y me lo imaginaba gritando con sorna:

—¡Un escritor! ¡tenemos un escritor en la familia!

Su rabia habría sido terrible. Hasta ahora había evitado que papá nos atacase a Marcos o a mí. Recibíamos algún golpe y muchos insultos... pero si hubiese encontrado mis cartas el castigo habría sido terrible. Por eso, una tarde en que mi padre había salido, le propuse una aventura a mi hermano:

—Vamos a hacer una hoguera.

—Genial... como los piratas —y se apuntó con entusiasmo.

Salimos en silencio los dos y le llevé a un claro de la pineda.

—Pero aquí no se verá mucho la fogata...—se quejó.

Es lo que pretendía pero no podía decírselo a mi hermano. Como tantas veces, mentí:

—...es que es una fogata secreta... para los sioux.

—¡Vale! ¿me dejas encenderla?

Y le di una cerilla.

—Ten cuidado, vamos a apartar la pinaza para que no se quemé el bosque —le dije. Una vez quedó todo limpio, amontoné las cartas frente a los dos.

El fuego lo consumió todo con rapidez. Entre las llamas entreví frases sueltas “hoy no ha venido” “mamá está mejor” pero todo se lo llevó el viento. Irene nunca leería mis cartas. Ni Irene ni nadie. Eran cartas que había escrito para el vacío.

—Ya se está apagando... ha sido una hoguera pequeñita —se lamentó mi hermano.

—Sí...—y esparcí las cenizas para que papá no notara nada— Anda vamos dentro, hace frío.

Gerardo interrumpió su relato. Se le notaba afectado por revivir esos momentos tan lejanos y, a la vez, tan presentes todavía. Ya con más aplomo retomó su historia:

—... y así dejamos los restos humeantes y volvimos a nuestra prisión. Aquellas cartas habían sido un breve paréntesis, un oasis ilusorio; ahora, todo era ceniza. No me quedaba más que la casa y los bosquecillos de alrededor. Para combatir esa sensación de claustrofobia me dediqué a recorrer todos los rincones. Marcos y yo nos convertimos en dos exploradores y la pineda se transformó en una selva exótica llena de tesoros. Con nuestros juegos llegamos a conocer sus rincones más ocultos. Yo le seguía la corriente a mi hermanito con un poco de condescendencia pero me esforzaba para hacerle feliz. Un día, sin embargo, Marcos me gritó con un tono de voz diferente:

—Corre, ven, he descubierto algo...

Su voz sonaba cerca de la casa, como si viniese del interior de la montaña. ¿Qué habría encontrado? Me imaginé alguna aberración debida a papá y me asusté. Alarmado, aceleré el paso. Me acerqué a mi hermano y me llevé la sorpresa de mi vida.

Esa parte de la montaña presentaba un muro cubierto de hiedra espesa como si fuera una cortina vegetal. Nunca habíamos explorado aquel lugar porque parecía aburrido. Sin embargo, Marcos estaba de pie, como hipnotizado por la pared de hiedra.

—¿Qué te pasa? —le pregunté asustado— ¿Qué has visto?

—Mira... —me dijo. Y adelantó las manos para correr la hiedra como si fuese una cortina. Detrás estaba negro. Era una cueva. Una ola de humedad surgió de lo oscuro.

—He descubierto la cueva de Ali Babá —me dijo mi hermanito mirándome con satisfacción—. ¿Entramos?

Me adentré en lo oscuro para mirar pero no logré ver nada. Sólo noté el olor a humedad.

—No se ve nada —informé a Marcos—. Es mejor que no entremos; puede ser peligroso.

—¡Pero somos exploradores! ¡y es una cueva! Tenemos que explorarla, aunque sea peligroso... —y Marcos se cruzó de brazos enfurruñado.

Cuando vi la decepción de mi hermanito no pude resistirme. Además, a lo mejor no era tan peligrosa, pensé. Así que le propuse un plan a Marcos:

—Sígueme, volvamos a casa.

Como un equipo, entramos en la cabaña. Yo encontré enseguida lo que buscaba entre las herramientas de papá.

—¿Qué buscas? —me preguntó Marcos, impaciente.

—Una linterna... ¡ya la tengo! Vamos a echarle un vistazo a esa cueva.

La sonrisa volvió a la cara de mi hermanito y me siguió, ilusionado:

—A lo mejor encontramos un tesoro... —dijo alegre junto a mí.

De vuelta a la cueva recuperé la prudencia.

—Espérate aquí. Voy a echar un vistazo. A lo mejor es peligroso.

—Vale, pero tengo una idea.

Marcos buscó algo por el suelo y, de repente, cogió un palo largo y sin hojas. Satisfecho, volvió junto a mí.

—Ya está... por si es peligroso.

—¿Y qué vas a hacer con ese palo?

—No es un palo, tonto. Es una espada. Así podremos defendernos.

Marcos lo dijo con tal convencimiento que casi me lo creí. Lo dejé fuera con su rama y me adentré en la gruta. “Ten cuidado”, llegué a oír que me decía desde fuera.

Pero no había nada que temer. La cueva era bastante profunda y estaba invadida por la vegetación. Vi unos raíles ocultos bajo la hierba y el musgo. A ambos lados las paredes ofrecían salientes, como grandes repisas de piedra donde casi cabría un hombre. No distinguí ningún agujero en el suelo. No parecía peligroso. Llamé, entonces, a Marcos y exploramos juntos el lugar. Era una mina abandonada, pero Marcos se movía como si fuera a encontrarse con maravillas a cada paso. Utilizaba su palo como un machete para golpear la hierba y parecía un pequeño explorador en un continente perdido. De repente, volví a la realidad. Con la linterna iluminé mi reloj: era muy tarde.

—...papá estará a punto de volver —le recordé a Marcos.

Y los dos nos alejamos de nuestro escondite encantado.



—Y papá volvió, por supuesto, como cada noche. Con su mirada brillante de furia y sus manos como cepos negros. Pero nosotros habíamos encontrado nuestro refugio. Sólo lo conocíamos nosotros. Ni papá ni mamá habían mencionado nunca la existencia de la gruta. Debía ser una mina muy antigua, quizás del siglo XIX. Por fin teníamos un lugar para nosotros, para nuestros juegos... para nuestra infancia.

—Debió ser un infierno —se compadeció Laura.

—El infierno en la tierra. Y no sabía que lo peor estaba por llegar.

—Con las palizas y el encierro, la salud de mamá había empeorado muchísimo. Mi padre la despreciaba y, a veces, la miraba con asco. “Estás gorda”, le decía y desaparecía en la cocina con una cerveza en la mano. Un día papá me llamó a su cuarto con una voz extrañamente amable. Me lo encontré sentado al borde de la cama con las piernas separadas. Su tripa le tapaba completamente el cinturón.

—Siéntate a mi lado, como un hombre —le oí decir desde la penumbra.

Me senté a su lado con temor.

—Ya eres todo un hombrecito ¡mírate! —y me tocó un brazo mientras me hablaba— ¿has estado con alguna chica? Anda, dímelo, soy tu padre.

Pasó por mi recuerdo la imagen sonriente de Irene, pero respondí:

—No... nunca

—¡O sea que aún no sabes utilizar tu “instrumento”!

Y se puso a reír con una risa ronca y desagradable.

—¡Eres como un trompetista sin trompeta! —siguió— ¡y tienes que ser un macho como yo! Eres un blandengue de mierda, las mujeres sólo sirven para una cosa y si no te obedecen hay que darles fuerte ¡así!

Le vi levantarse, quitarse el cinturón y me azotó en la espalda. No esperé un segundo latigazo: la puerta estaba entreabierta y eché a correr lejos de esas terribles manos. Ya lejos del monstruo comprendí que si seguía en la cabaña, tarde o temprano, acabaría por matarme en un ataque de rabia. Tomé, entonces, la decisión más importante de mi vida, la decisión que iba a dividir en dos mi existencia: escapar, como fuera...iba a escaparme.

Esa fue mi obsesión en los meses que siguieron. No pensaba en nada más. Sólo en escaparme. Urdí un plan de fuga y lo repasaba mentalmente cada noche. Sólo tenía que llegar el momento oportuno y para mí era la mayoría de edad. Con dieciocho años ya podría desenvolverme solo en el mundo exterior. Ese momento llegó dos meses después.

Esa noche papá llegó eufórico. Su equipo había ganado una competición y lo había celebrado a lo grande con sus amigos en el bar. Yo me di cuenta de que había bebido más que de costumbre. Llegó gritando como siempre pero le costaba mantener el equilibrio y chocaba con los muebles. Intentó golpear a mi madre, pero falló y casi se derrumbó en el suelo. “¡A la mierda!”, gritó

entonces. Y se encerró en su cuarto dando un portazo. Mi madre lo siguió. Mi hermano y yo también nos fuimos a la cama. Él se durmió enseguida. Yo permanecí con los ojos abiertos y con los oídos atentos. El silencio era absoluto. Pasaron unos minutos o unas horas, no lo sé. Era como si el tiempo no tuviera valor. Inquieto, busqué el reloj en la oscuridad. En la pantalla iluminada brillaba una cifra: eran las cuatro de la madrugada. Esta vez no tenía ninguna excusa. Saqué las piernas de la cama y me puse de pie. A mi lado mi hermanito dormía en silencio. Tuve el impulso de abrazarlo, pero me contuve. No podía llevármelo, era imposible. “Imposible, es imposible” me repetía a mí mismo para convencerme. Si no sabía adónde iba a ir ¿cómo iba a llevarme conmigo a un niño de cuatro años? Me alejé de él en silencio y salí del cuarto. Pasé junto a la habitación de mis padres. El silencio persistía. Aún dormían en la misma habitación, pero ya no compartían la cama. Mi padre había rechazado a mamá. “Me das asco”, le dijo. Y le había puesto un camastro en el suelo. Al pasar junto a su cuarto, de nuevo, dudé. Por un momento, pensé en entrar, en arrojarme sobre mi padre y matarle... pero ¿con qué? ¿y si no lo conseguía? El miedo volvió entonces y seguí con mi huida. En el salón fue más sencillo. Aunque estaba oscuro conocía perfectamente la sala y crucé entre los muebles como una sombra. Salí por detrás y fui a dar a la pineda.

La luna brillaba y no se veían las estrellas, sólo unas nubes finas y veloces que pasaban como fantasmas. Pisé la pinaza y vi entonces las cenizas. De mis cartas ya no quedaba nada. Sólo un círculo negro humedecido por el rocío. Volví a pensar en Marcos, en su entusiasmo con la fogata y tuve el impulso de volver a su lado, de olvidarme de la fuga. Pero no podía hacerlo, ya había avanzado demasiado. Si no me escapaba entonces nunca lo haría. Miré la casa por última vez y salí al mundo exterior.

—Debió ser muy duro —se compadeció Laura.

—Mucho —siguió Gerardo—. Abandonar a mi hermano pequeño y a mamá ha sido la decisión más dura que he tomado en mi vida. No ha habido nada después que pueda comparárselo. Y nunca lo habrá. Estoy marcado por eso como una maldición. “Les abandoné” se ha quedado grabado a fuego en mi alma y no se borrará nunca.

—Pero, no tenías alternativa...

—Supongo que no... podía haber ido a la policía...no sé... desvelarlo todo... pero intuía que no iba a servir de nada... la verdad es que no creía en nadie, sólo en mí... sabía que si denunciaba a mi padre, su venganza sería terrible y no existen órdenes de alejamiento para alguien como él... era matarle o huir... y yo no soy un asesino.

—¿Y qué hiciste después?

—Lo que pude. Sobrevivir. Los primeros años tras la fuga fueron los más difíciles. No sabía nada, nada de la vida. Mi rutina se había limitado a ir a la escuela y huir de los demás. Pero conseguí algunos trabajos y fui sobreviviendo. Pensaba mucho en Marcos y en mamá. Cuanto más conocía el mundo exterior más inexplicable me parecía lo que había vivido hasta entonces. La vida era dura pero yo venía de una pesadilla, de una pesadilla cruel y sin sentido. “¿Qué impulsaba a mi padre a esa furia de destrucción? ¿Por qué lo aceptaba mamá? ¿Cómo lo viviría mi hermano? ¿En qué le afectaría? Y yo mismo ¿en qué me condicionaba esa maldición? ¿Era yo mismo como mi padre?”. A veces me miraba en el espejo temiendo encontrarme con mi padre en el cristal. ¿Podría tener una familia propia alguna vez? ¿Lo merecía? ¿O iba a convertirme en un monstruo, en un reflejo deforme de lo que ya era deforme al inicio?

Todas estas preguntas me perseguían, pero no encontraba respuestas. Sólo dudas y más dudas. Para encontrar una salida empecé a buscar en los libros. Aprendí algunas cosas básicas sobre el comportamiento humano, pero seguía desorientado; como si me hubiese adentrado en unas marismas desconocidas sin una brújula. No podía seguir así. Mi idea era volver, volver junto a mi hermano, junto a mamá y, de alguna manera, servirles de ayuda. Lo peor eran los remordimientos. Les había abandonado. Pero por aquel entonces no podía

ni ayudarme a mí mismo. Sólo podía sobrevivir e intentar ordenar mi vida. Tenía que salir de mi propio laberinto. Fue entonces cuando empecé los estudios de psicología. Tenía que estar preparado para cualquier cosa. Porque había decidido rescatarles... solucionarlo todo. Pero tenía miedo, no sabía qué me iba a encontrar. Intuía un desastre en la casa, un cuadro terrible y cruel que se habría producido por mi huida. Y eso no habría podido soportarlo... Necesité mucho valor para volver a la cabaña. Y todo fue gracias a María. La había conocido en la facultad. Poco a poco me fui desprendiendo de mi armadura interna y le hablé de todo: de la casa, de mi hermano, de mamá, de mi huida... Era la única persona del exterior que sabía lo que había pasado. Fue ella la que me dio fuerzas, fue ella mi única acompañante en mi regreso al infierno.



Nunca lo olvidaré. Lo decidimos una noche y, al día siguiente, María se puso al volante para llevarme a la casa de mi pasado. El viaje fue tranquilo y silencioso. Yo estaba inquieto en el asiento. Me imaginaba el horrible escenario que me iba a encontrar. María me hablaba para calmarme pero, poco a poco, el paisaje que atravesábamos empezó a serme familiar y me estremecí en el asiento. Al acercarnos al pueblo temí que la gente me reconociera como uno de los “raros de la colina”. Para mi sorpresa, al llegar nadie me reconoció. Habían pasado muchos años. Nadie relacionó al hombre con gafas y perilla con el joven delgado y de mirada huidiza que caminaba nervioso junto a los muros de la escuela. María y yo nos dirigimos sin más a la cabaña de la colina. Hasta ese momento me creí fuerte, pero al reconocer los alrededores, la valla de madera, los alambres, la gasolinera... el miedo volvió como una enfermedad. María estaba al volante, pero lo notó.

—¿Estás bien? —me pregunto inquieta.

—No te preocupes, lleguemos hasta el final.

La casa me pareció más pequeña. Eso, en lugar de calmarme, me angustió. En mi recuerdo la casa era un inmenso barracón de maderas crujientes y de sombras inmensas, pero ante mí sólo había una pequeña cabaña ¿Cómo había vivido entre esos tablones durante tantos años? En los alrededores los hierbajos lo habían tomado todo. No se oía nada. Pude abrir la puerta empujándola. Una fina capa de polvo cayó entonces sobre nosotros. El salón

estaba desierto. Unos rayos de luz, oblicuos, iluminaban con rayas blancas los muebles abandonados. Corrí al que había sido nuestro cuarto, fue lo primero que hice con la vana esperanza de encontrar a mi hermano en su cama. Nada: vacío igualmente. Las sábanas tenían manchas de moho como si una especie de lepra hubiera infectado la tela. Un pájaro se oyó desde el exterior y noté entonces el silencio. Nadie en el cuarto de mis padres. No había nadie. Antes de irme recordé nuestro escondite en el armario. Me acerqué y vi el cerrojo que había puesto para Diego:

—Está roto...

Y lo dejé colgando de la puerta. En ese momento me puse a llorar. María me cogió de la mano y me susurró: “No soporto verte sufrir tanto... dejemos este cementerio de recuerdos... busquemos a alguien que nos pueda ayudar”. Y salimos a la luz del día.

—Vamos al pueblo —propuso— a lo mejor saben algo.

Se trataba de un pueblo minero casi abandonado. Las leyendas hablaban de un pasado de valiosos yacimientos y de mineros que habían encontrado la riqueza en el interior de la montaña. Pero lo cierto era que se trataba tan sólo de un pueblo miserable con una gasolinera, un comercio y un bar para escasos parroquianos.

En el bar nos recibieron como a dos desconocidos. Yo no me identifiqué. Lo prefería así. No quería que me relacionasen de ninguna manera con mi padre y sus desmanes. Nos hicimos pasar por compradores.

—¿Sabe si está en venta la casa de la colina? —le pregunté al dueño del restaurante.

—¿La cabaña? ¿Para qué la quiere? Está abandonada desde hace años.

—Está bien situada. Y allí hay mucho aire puro.

—Pues quédese con el aire y deje la casa. Nadie la quiere. El ayuntamiento ni se ha molestado en derribarla. Es para las liebres y los hierbajos.

—Pues parece una buena compra... —insistí— ¿sabe quién es el dueño?

—Mire, no tiene dueño. Desapareció hace tiempo. Él desapareció y a su mujer la ingresaron en un psiquiátrico. Tenían un crío... y fue a protección de menores. Vivían como animales. La madre apareció un día por el pueblo deambulando como un fantasma con el pequeño cogido de la mano. Parecía una auténtica loca. La policía intervino y lo descubrieron todo: habían estado viviendo entre la mierda... no podían ni avanzar entre los restos... Pues ésa es la historia. Y como es lógico nadie quiere comprar “la casa de los locos”.

Al oír estas palabras noté un dolor en la garganta, pero me contuve las ganas de llorar. María se dio cuenta de mi estado y me sacó del local.

—¿No van a comer nada? —nos gritó el mesonero.

—No, gracias, hemos tenido más que suficiente...—respondió María cogiéndome por el brazo para sacarme del restaurante.

Laura escuchaba boquiabierta la historia de Gerardo. ¡Y ella que se quejaba de la vida monótona con su madre enferma...! Ahora veía las cosas desde otra perspectiva. Tenía ante ella a un superviviente del infierno que, además, se había convertido en un adulto amable y educado. Sus propios complejos, sus demonios interiores no eran nada, pensó, ante la agonía que debía sentir Gerardo al recordar su pasado.

—¿Estás bien? —se preocupó Gerardo al verla pensativa.

—Sí... pensaba que soy una tonta... y que tú tienes mucho valor.

—Tú también tienes valor por haber apostado por Marcos, lo más fácil para ti habría sido alejarte y seguir tu camino... debes querer mucho a mi hermano...

—Sí, quiero a Diego... o a Marcos... pero al Diego que conocí al principio, no al de después...

Laura le contó, entonces, la noche en el prostíbulo, le habló de Marlène.... Y, en ese momento, se dio cuenta de la extensión del misterio al que se enfrentaba:

—Gerardo, hablando contigo he unido algunos detalles... esa noche en el prostíbulo no fue más que la punta del iceberg. Mucho antes pequeños indicios, señales intermitentes, ya me avisaban de que algo extraño sucedía... pero no las veía, no quise verlas. Una noche un encargado de hotel le reconoció y Diego no supo cómo reaccionar, luego me crucé con él en el Metro y fue Diego quien me ignoró; no parecía ni saber quién era yo, como si yo fuera una pasajera más, una persona extraña. Entonces, no le di importancia, pero ahora...

—Es que en esos momentos no te encontraste ni con Diego, ni con Marcos... sino con Damián... otra de las caras de Marcos, la más oscura —concluyó Gerardo.

—Me hablas de Damián, de Marcos, de Diego... Estoy hecha un lío.

—No me extraña. Pero no quiero adelantarme. Lo mejor es que te cuente nuestra historia desde el principio. Así podrás aceptarla... Bueno, aceptarla no sé, eso a lo mejor es pedirte demasiado. Pero al menos podrás saber a lo que te enfrentas. En fin, mejor que siga y tú tomarás tu decisión. Tras la visita a la cabaña y las pistas que me dieron en el restaurante, rondamos un poco por

el pueblo y pregunté por mi padre en los alrededores. Me dijeron más bien poco:

—Ese hombre ponía gasolina en su camioneta y se largaba en silencio. A veces me compraba cajas de cerveza, pero se las cargaba él mismo y luego desaparecía....

En el bar del pueblo nadie sabía nada. Eran clientes jóvenes y es posible que no fueran sus compañeros de juerga. Sin embargo, encontré una pista:

—Hable con Nico...con Nicolás... es el viejo de las mudanzas... él lo conoció.

Con las señas de Nico abandoné el local. Entonces fui consciente de lo que hacía. Iba a encontrarme con alguien que le había tratado; alguien que, a lo mejor, sabía dónde estaba su escondite. Tuve miedo y dudé. No sabía si, a pesar de los años, podría enfrentarme con mi padre. Probablemente, sería un viejo, un viejo enfermo y acabado... Eso es lo que me repetía sin cesar camino del negocio de Nico: “Ahora será un viejo, sólo un viejo, un viejo sucio y asqueroso... un viejo débil”. En el fondo estaba aterrorizado y, además, estaba solo. Había mandado a María de vuelta a casa. Ella se resistió, quería estar conmigo, pero yo no la quería cerca de mi padre. Eso nunca. María pertenecía a otro mundo, a un mundo mejor. Y no quería contaminarla con toda esta basura...

El negocio de Nico estaba muy cerca de la gasolinera. De niño, camino de la escuela, pasaba cada día junto a los camiones y los muebles que ocupaban la acera. Recordé entonces a hombres corpulentos gritándose unos a otros, me acordé de las cuerdas, de cómo alzaban muebles inmensos... El local, como mi cabaña, me pareció más pequeño. Eran cuatro paredes cubiertas con un tejado gris de uralita. Un camión envejecido estaba aparcado en la acera.

—Nicolás... Nico... ¿está ahí? ¿Puedo hablar con usted? —pregunté junto a la puerta metálica.

—¡Hasta dentro! —me respondió una voz rasposa desde la oscuridad.

Me hice pasar por comercial de una inmobiliaria y le hablé de la casa abandonada:

—...creo que es un buen negocio... ¿quién vivía en la casa antes de que la abandonaran?

—...un amigo mío... el mejor... un tío cojonudo... ¡bebía más pintas que nadie! ¡era un fenómeno! Pero le tenían amargado...

—¿Quién?

—¡Pues quién va a ser! Su mujer y sus críos, unos putos gorriones que no

servían para nada... él nos lo decía bien claro: un hombre hace lo que quiere y cuándo quiere, sino no es un hombre... él me enseñó todo lo que sé de póker... era un fenómeno... ¡y generoso! además, generoso... nos invitaba a menudo... al Cristian, al Trini... a mí me invitaba siempre... pero le amargaron la vida... por eso se largó... y los loqueros se llevaron a su mujer y al crío... yo no habría esperado tanto, les habría encerrado, a la madre y a los críos, desde el principio... es una putada lo que le hacían a un tío como él... pero seguro que ahora se está riendo de todos... unos maricones, decía... los jóvenes son unos maricones... pero él era libre... nadie le dominaba... como a mí... a mí nadie me dice lo que tengo que hacer, todo esto es mío y no me lo quitarán...

Miré el pequeño local metálico. Un grifo salía de la pared y goteaba al suelo dejando un reguero grasiento. Unas cadenas oxidadas colgaban del techo. Nico estaba sentado en una silla de plástico junto a un bidón oscuro y empezaba a gritar:

—...todo es mío ¡mío!... y no me lo quitarán... ¿no serás abogado, tú?

—No, ya le he dicho que soy comercial... vendo casas...—y empecé a retroceder.

—Porque tienes pinta de finolis... y a mí no me engañas, no me engaña nadie...

—No se preocupe, no soy abogado.

—Pues ¡lárgate con tus casas! Que esto es mío y no está en venta... lárgate, coño...

Eso fue lo más cerca que tuve el rastro de mi padre: Nico, un viejo alcoholizado en un local cochambroso... Al dejar el pueblo me pareció oír el fantasma de mi padre riéndose de mí, agazapado en la sombra como una alimaña acechante: “No me encontrarás si yo no quiero. Cuando lo hagas, tendrás mi mano en la garganta”.



Tras el viaje al pueblo, me centré en encontrar a mamá y a Marcos. La búsqueda de mi padre había sido una prueba terrible. Aún recordaba sus manos, esos terribles cepos de acero... y sus gritos e insultos. Aunque estuviera viejo, aún me podía atacar con su fuerza terrible... y, aun así, me adentré en el laberinto y no logré encontrarle. Pero la búsqueda de mi madre y

de mi hermano era una prueba aún mayor. ¿Cómo iban a reaccionar ante mí? Les había abandonado, ésa era la verdad, la única verdad. Aunque me doliera. María siempre me disculpaba... que si yo era sólo un adolescente... que no podía hacer nada. Pero lo cierto es que les había abandonado. Si me miraban con odio a la cara me lo tenía merecido. Era culpable y lo sabía. A pesar de todos mis miedos, inicié la búsqueda.

Localicé a mamá en el psiquiátrico. Al llegar la vi enseguida. La habían colocado junto a una ventana y me sorprendió su silueta flaca bajo el camisón. No me reconoció. Sólo me miró desde un vacío azul que traspasaba mi cuerpo porque parecía mirar mucho más lejos. Más tarde supe que había caído en las garras del Alzheimer.

—...mamá...—conseguí decirle con un susurro.

Entreabrió los labios y, al principio, no dijo nada. Luego empezó a balbucear frases inconexas, pero siempre sin mirarme. Parecía que miraba más allá, a un lugar donde sus frases tenían un sentido... Yo escuchaba, escuchaba para intentar entender algo, para recobrar algo de mi madre, para conseguir conectar con ella. Quería que supiera que había venido, que estaba a su lado. Pero no era posible. Dejé de intentar comprenderla y me di cuenta entonces de lo envejecida que estaba. Su pelo estaba blanco como una corona de nieve. Mientras la oía hablar, le cogí la mano y me hice una promesa definitiva: protegerla hasta su muerte. Lo primero que hice fue sacarla del psiquiátrico y la llevé a una residencia cerca de casa para poder visitarla a menudo.

Con Marcos fue aún más difícil. Nadie me había preparado para lo que iba a encontrarme.

Laura escuchaba el relato de Gerardo pegada a la silla. Se había olvidado de la biblioteca, de los libros, de sus miedos... sólo escuchaba al psicólogo que le confesaba su pasado. Estaba tan absorta que saltó como un resorte cuando sonó su móvil. Era Isabel. Pensó en no contestar. Era una grosería interrumpir a alguien cuando te está abriendo su alma. Pero Isabel se pondría histérica. Pensaría que la habían secuestrado o algo peor...

—Perdona...—se disculpó Laura—. Es Isabel, si no contesto se pondrá de los nervios.

—No te preocupes, habla con tu amiga y salúdala de mi parte —respondió Gerardo sonriendo.

Laura se levantó entonces y se alejó del despacho.

—¿Isabel? ¿qué quieres?

—¿Estás bien?

—Sí... no te preocupes.

—¿Quieres... que venga? —añadió Isabel con voz temblorosa— a lo mejor este hermano también es peligroso...

—No te preocupes, estoy bien. Te llamé, no estabas y decidí venir sola.

—No te reconozco, corazón. Hace unos meses te asustaba tu sombra y ahora te citas con desconocidos de dos en dos. Lo tuyo sí que es un cambio.

—Ya...—y Laura no supo si alegrarse por ello.

—Bueno, Tarzana, no te la juegues. Si ves algo raro con el tal Gerardo te largas volando. Tendré el móvil abierto solo para ti.

—Gracias, un beso.

Laura colgó y pensó entonces en su propia madre. Después del relato de Gerardo se dio cuenta de lo afortunada que era. Su madre era quejica, chismosa, cansina, posesiva y muchas cosas más, pero aún podía reconocerla, aún podía reconocer a su hija. Sintió, entonces, una pena infinita por Gerardo y un impulso súbito de hablar con su madre. “Es curioso”, pensó marcando su número, siempre había pensado que lo de su madre era una maldición sobre ella. Ahora lo veía todo de otra manera.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—Me interrumpes un culebrón ¿qué te pasa?

—Nada ¿quería saber cómo estabas?

—Pues fastidiada, en casa, en la cama. Y tú seguro que estás de juerga por ahí. ¿Qué quieres?

—Nada... decirte que te quiero.

—Ya... pues vale. Mira, te cuelgo que me pierdo el culebrón y luego no me entero de nada...

Pero fue suficiente. Había oído su voz. Seguía allí, con ella. Sabía que su madre estaba cerca, como un ancla que la sujetaba a su propia vida, a lo que era... Al volver al despacho y ver a Gerardo sonriente, sintió ternura por él y le puso la mano en el hombro con calidez. Luego volvió a su silla.

—¿Está bien tu amiga? —preguntó Gerardo un poco turbado por la efusividad de Laura.

—Sí...muy bien, más que bien... como siempre.

—Me alegro, también es una gran chica. Es bueno tener amigos, es algo que nos ata a la vida. Un hermano también. Marcos y yo nos llevábamos muchos años, pero siempre fue mi compañero de juegos. En nuestro encierro a veces él no me entendía y yo me impacientaba. Pero siempre estábamos juntos. Sin él a mi lado, sin la responsabilidad de protegerlo, no habría sobrevivido en esa horrible cabaña, de eso estoy seguro. Era como un soplo de vida en aquel lugar. Como un pequeño rayo de luz en esa fosa inmundada. Él me daba fuerzas. Ahora me doy cuenta. Él era más pequeño, más ingenuo... pero si yo tenía fuerzas era por él... Por eso estaba tan asustado cuando empecé a buscarlo. Temía que le hubiera pasado algo, algo terrible, pero lo que más temía era su reacción al verme. No habría podido soportar el odio en su mirada. En su mirada, nunca. Porque tenía derecho a odiarme. Había abandonado a un niño en las fauces de un monstruo. Me merecía todo el odio del mundo.

A pesar de mis temores, empecé a seguir la pista de Marcos y contacté con su familia de acogida. Hacía tiempo que Marcos no estaba con ellos. Fueron amables al teléfono pero les sorprendió mi llamada: no sabían que Marcos tuviera un hermano. A pesar de la sorpresa, me invitaron a su casa. Estaban ansiosos por compartir recuerdos conmigo.

—...era un chico callado —confirmó Andrés. Un hombre maduro y corpulento, de pocas palabras.

—Sí, era callado...pero encantador —añadió su mujer— era muy dulce conmigo.

—Es verdad, pero era un poco raro...—replicó su marido.

—Todos lo somos un poco —se defendió ella— ¿a qué viene eso?

—Hombre, acuérdate de lo del nombre.

—Es verdad...

Yo empecé a sentirme intrigado e insistí:

—¿A qué se refieren con lo del nombre?

—Perdone —dijo él— hablamos entre nosotros y nos olvidamos que usted no está al corriente... Bueno, lo que pasa es que cuando acogimos al pequeño Marcos lo primero que nos dijo fue “¿Por qué me llaman Marcos? Yo no soy Marcos, me llamo Diego”. Me acuerdo perfectamente. Lo dijo nada más llegar. A mí me pareció muy raro y estuve a punto de devolver al chico.

—...pero era tan mono...y tan educado... —añadió su esposa.

—Sí, me pareció un chico majo. Pero lo estuve vigilando los primeros meses. No quería cosas raras en casa.

—Y no hizo nada raro.

—Es cierto. Mi mujer tiene razón. Le hicimos caso con lo del nombre y nos olvidamos de Marcos, para nosotros era simplemente Diego. Y todo fue bien. Era educado y cariñoso. Pero nunca nos dijo que tenía un hermano... Por eso nos sorprendió su llamada...

—La verdad es que yo también estoy sorprendido...—respondí—. ¿Nos les habló nunca de mí, ni de mamá ni de nuestro padre?

—Nunca. No hablaba de su pasado. Nosotros le hablamos alguna vez de dónde le encontraron —añadió el hombre— pero decía que no recordaba nada. Al principio nos preocupó. Pensamos que tenía algún tipo de retraso, ya sabe usted... Pero no fue a mayores. Era inteligente, muy curioso y le encantaba escribir. Se inventaba historias y luego nos las leía. Tenía mucha imaginación. También le interesaban las máquinas ésas, los ordenadores, y era muy bueno. Encontró un trabajo muy interesante, pero muy lejos.

—...y se fue...—sollozó su esposa.

—No empieces, mujer... nos escribe a menudo. Tienes que dejar que el chico haga su vida.

—Ya lo sé, pero...es que le echo de menos...

—¿Tiene esas cartas aquí? —le pregunté esperanzado.

—Claro que las tengo, arriba... ¿quiere verlas?

—Me encantaría, señora.

La mujer subió, entonces, y volvió enseguida. Traía un paquete envuelto con un lazo rosado.

—Aquí las tiene.

—¿Me permite leerlas?

—Claro, usted es su hermano tiene tanto derecho como nosotros.

“Eso no lo creo”, pensé yo. Después de mi huida no tenía ningún derecho. Pero abrí la primera carta y empecé a leer.

Gerardo interrumpió, entonces, su relato y se dirigió a Laura.

—Pude hacer una copia de las cartas de Marcos ¿te gustaría leerlas?

—Claro...—respondió.

Gerardo se levantó, entonces, y abrió una de las bibliotecas. Cogió un archivador y volvió a la mesa.

—Aquí están.

Sacó un tomo de la caja, parecía grueso y pesado. Ante la montaña de cartas añadió con expresión satisfecha:

—Esto es un lujo para cualquier psicoanalista. Las he leído mil veces. Yo buscaba a Marcos, a mi pequeño hermanito, aunque sabía que eso era imposible. Nos separaba el abismo del tiempo; Marcos ya era un adulto, no un niño. Y nos separaba, además, algo más terrible: el abismo de su mente. Con Marcos desaparecido, el Diego que escribía esas cartas no me mencionaba, tampoco recordaba a mamá ni su infancia en la cabaña... Fue difícil aceptarlo. Me sentía excluido. No podía asumir que me había extirpado de su vida como un cáncer indeseable. Necesitaba explicaciones y, al principio, me pudo la impaciencia. Leí estas cartas para saber qué hacía, dónde estaba. Quería unas señas para ir a buscarlo, para hablar con él... Como ves, una actitud muy poco profesional.

—Pero muy humana —respondió Laura con convicción.

—Y seguí mis impulsos. Por las cartas supe dónde trabajaba. Había cambiado de residencia varias veces hasta conseguir un trabajo estable y poder instalarse. Con el dato me despedí de sus padres adoptivos y me lancé a la carretera en su búsqueda. ¿Ves? No me menciona nunca, ni a mamá, ni a la casa...—dijo Gerardo al ver que Laura hojeaba las cartas.

—Cuenta lo que va haciendo, sus proyectos... —confirmó Laura— pero es como si su vida empezara con sus padres adoptivos. Es como un hombre sin infancia, como si no la hubiera tenido...

—O como si se la hubieran quitado —añadió Gerardo—. Pensé mucho en ello durante el viaje en coche cuando fui a su encuentro. Tenía muchos cabos sueltos, muchas piezas por unir para formar el rostro de Marcos. Mirando la carretera también dudaba. ¿Qué derecho tenía a meterme en su vida? Si mi hermano quería olvidar su pasado tenía, desde luego, muchas razones para

hacerlo. Yo formaba parte del dolor, del sufrimiento. Él sólo quería olvidarse de todo eso ¿era un enfermo por ello, por querer olvidar? ¿o era el más sano de todos nosotros? Envuelto en este torbellino de pensamientos llegué a mi destino. La dirección que había conseguido era una tienda de informática que tenía un escaparate con ofertas de precios y descuentos. Entré titubeante.

—Diego está detrás, con los ordenadores —me dijo un empleado. Y me apresuré a la trastienda.

—¿Diego? ¿Eres tú? —conseguí pronunciar al verle. Yo tenía la imagen de Marcos, de un niño pequeño, sonriente y asustadizo. No podía quitarme esa imagen de la cabeza. Sabía que era una ilusión, pero no podía evitarlo. Me encontré, sin embargo, con un hombre joven que me miró con curiosidad y sin acritud.

—¿Qué desea?

Me di cuenta enseguida que no me había reconocido. Estábamos al lado, el uno junto al otro, pero nos separaba un abismo de distancia.

—Tengo que hacer unos retoques en un documento —mentí.

—Déjeme ver...

Le enseñé unas láminas plastificadas.

—Hay que quitar los bordes e igualar los colores —añadí.

—Las tendrá mañana por la mañana.

—Aquí estaré, gracias.

Salí de la tienda y noté que me temblaban las piernas. Había estado con mi hermano ¡después de tantos años!, pensé nervioso. Pero ahora necesitaba una estrategia. No podía perderle de nuevo.

Alquilé una habitación frente a la tienda. Había pedido unos días libres en el hospital y podía dedicarme a vigilarle, conocerle mejor. Tenía que ganarme su confianza. Recogí el encargo al día siguiente y luego le seguí hasta su casa. Su rutina era sencilla porque el trabajo lo era todo para él. Los sábados, en cambio, los aprovechaba para ir a la biblioteca. Allí me acerqué, de nuevo. Lo vi en una sala apartada, de pie junto a una fotocopidora.

—¿No descansas los sábados? —me acerqué.

—Hombre, ¿cómo está? —respondió interrumpiendo su trabajo.

—Por favor, tutéame, me llamo Gerardo. ¿Qué estás haciendo?

—Es mi hobby. Me encanta el arte. Vengo aquí a escanear.

Me enseñó unas hermosas láminas. Parecían muy antiguas.

—¿También te gusta el arte? La informática... el arte... estás hecho un hombre del Renacimiento.

Diego sonrió:

—...y la literatura, los libros. Me encantan. Sobre todo las biografías.

—Yo he escrito algunos —le dije con intención de ganármelo.

Y conseguí ganarme su confianza.



—La verdad es que fue más sencillo de lo que me esperaba —admitió Gerardo mirando a Laura—. Como ya sabes, Diego es una persona solar, brillante y confiada.

—Es lo que me gusta de él. Y, además, es muy cariñoso —confirmó Laura.

—Sí... fue hablar un poco con él y me invitó a su casa sin dudarle. Enseguida compartió sus ilusiones conmigo:

—Me gustaría dedicarme a la informática, pero no como ahora. No quiero ser una especie de mecánico. Lo que me gustaría es combinarlo con algo creativo.

—¿Has pensado en el diseño? —propuse para ayudarlo.

—Pues no. Pero me parece una idea genial.

—Tengo algún amigo que podría orientarte...

—Pues qué suerte he tenido al conocerte ¿quieres tomar algo?

Le pedí un refresco y desapareció en la cocina. ¡Se creía afortunado por haberme conocido! Pobre Diego, pensé. Yo representaba el pasado, el sufrimiento. Con sólo unas palabras podía derrumbar su castillo de arena y convertirlo, de nuevo, en un niño asustadizo y desamparado llamado Marcos... Ante esa posibilidad, me callé. Diego volvía sonriendo con los refrescos en las manos.

—Pareces saber mucho de estudios —me dijo sentándose— ¿eres profesor?

—No... soy psicólogo —no pude mentir. Estaba harto y necesitaba compartir algo verdadero con mi hermano, algo que me uniera a él más allá de esta mascarada.

—Debe ser difícil...

—Es fascinante —añadí—. Estudiar la mente humana es fascinante. Además, puedo ayudar a las personas.

—Pues eso me gusta —y me sonrió antes de empezar con su bebida.

Mientras bebíamos miré su apartamento. Estaba ordenado y limpio. Todo era bastante funcional. Un ordenador abierto reposaba sobre una mesa. En una repisa dos rostros me sonreían desde una foto. Al principio no los reconocí: eran sus padres adoptivos. De manera irracional, me sentí traicionado. No había nada de mí en ese lugar, había dejado de existir para él. No era ni siquiera un fantasma de su infancia.

—Estos son los relatos de los que te hablé...—me dijo despertándome de mis reflexiones. Y puso un cuaderno sobre la mesa.

— Sé que no soy Cervantes —añadió— pero me gusta escribirlos. Me siento bien después de hacerlo. Es como dejarse ir un poco. Te aviso que son un poco raros. Como si alguien me los dictase desde algún sitio... Como si estuviera poseído o hipnotizado y alguien me guiara la mano...

—Los escritores surrealistas creían en esa técnica —añadí cogiendo los relatos—. Dejaban fluir el subconsciente y así conseguían textos surgidos desde lo más profundo de la mente. Lo llamaban escritura automática. Pero es cierto lo que dices, se podría decir que se auto hipnotizaban para crear.

—Sabes mucho de hipnotismo...

—No te olvides que soy psicólogo. Es una técnica, simplemente. ¿Me dejas leer tus relatos?

—Claro. Me gustaría tener la opinión de un experto.

Esa misma noche, esperanzado y nervioso, me encerré en mi cuarto de hotel y me dediqué a la lectura.

—Fue fascinante. Los relatos eran de Diego sin duda; pero, aquí y allá, en una palabra o en una frase, me parecía descubrir a Marcos. Era como si ese niño olvidado estuviera detrás del adulto que trazaba las líneas. Yo seguía las pistas diminutas que Marcos me dejaba, las seguía anhelante y llegaba... a un callejón sin salida. Esas pistas parecían fragmentos de un cristal que se había roto en pedazos. Era imposible recomponer ese rostro. Pero su existencia, la existencia de esas migajas de pan, demostraba que había un camino, que había esperanza. Me prometí a mí mismo que encontraría ese camino.

—¿Te han gustado? —me preguntó ilusionado.

—Mucho.

—A mí me sirven para conocerme un poco. A veces, ni entiendo lo que escribo.

—¿Has pensado en escribir un diario? —le propuse—. Te servirá de entrenamiento. Escoges un momento al día y escribes una página con tus sentimientos y experiencias... es un buen ejercicio literario y te servirá para conocerte mejor. Escribir un diario es como verse desde fuera. Te sorprenderán los resultados.

—Pues no lo había pensado.

Lo que yo quería era acercarme más a Diego y quería que él también recorriera el camino. Dentro de su mente había mil caminos y teníamos que llegar los dos a la misma encrucijada. Pero había que ser prudente. Esa encrucijada podía convertirse en un laberinto.

Diego siguió mi consejo y empezó su diario.

También me sorprendieron sus aficiones culinarias, era todo un chef y le acompañé, a menudo, al supermercado en su búsqueda de condimentos y hierbas extrañas. Ir de compras con él era toda una fiesta. Conocía a las empleadas y bromeaba con ellas. Era todo entusiasmo y energía.

Una tarde, sin embargo, se produjo el desastre.



Era sábado y el supermercado rebosaba de clientes. Diego y yo sorteábamos a la gente. Mi hermano tenía la idea de preparar una nueva ensalada y buscaba unos condimentos muy concretos. Fue en el pasillo de los vinos y cervezas donde vi al hombre.

Parecía un fantasma surgido de las entrañas del pasado. Era grande, masivo. Llevaba una camiseta sucia muy ceñida que no llegaba a tapanle la barriga. Se movía de manera brusca al coger los packs de cerveza que iba colocando en su carrito. Vi, entonces, sus brazos. Tenían gruesos tendones que se contraían al hacer presión. Sus manos eran enormes y podía coger un paquete en cada mano sin problema. Más que manos parecían cepos musculosos que aplastaban las cajas al cogerlas. Fue repitiendo la operación hasta llenar el carrito. “¡No puede ser!”, pensé. Papá nos había seguido para continuar con la tortura... Estaba aterrorizado y busqué a Diego a mi lado. Quería evitarle esa visión. No estaba. Había seguido adelante con el carrito. Me alegré por ello. Prefería enfrentarme yo sólo a ese monstruo. Me noté pequeño, entonces, como un niño ante su dios, ante un dios maléfico y cruel... pero, a pesar de mi miedo, me acerqué a él. El hombre dejó de cargar y me dedicó una mirada fugaz. No era él. No era papá. Era un desconocido que desapareció al instante con sus cervezas. Me quedé solo en el pasillo y tuve que apoyarme en una estantería para no caerme.

—Anda, ven... ¡ya lo he encontrado!—la alegre voz de Diego me devolvió al presente. Y dejamos el lugar donde creí ver a un monstruo.

El resto de la tarde fue tranquilo. A la salida del centro comercial Diego ya había llenado el carrito con especias y condimentos. Estaba entusiasmado y me comentaba sus recetas mientras buscábamos el coche en el aparcamiento. Era como un laberinto naranja iluminado por altas farolas de metal. Estaba lleno y yo había conseguido una plaza, pero muy alejada de las puertas del local. Diego sorteaba con habilidad a peatones y coches al mando del carrito. Yo ya buscaba mis llaves en el pantalón, cuando vimos al hombre. Era la misma montaña de carne. Estaba cargando cervezas con el maletero abierto. Esta vez Diego lo vio. No pude evitarlo. Se le quedó mirando fijamente y dejó de empujar el carrito. Ya no hablaba ni reía. Se había callado. Lo oía respirar a mi lado. El hombre, mientras, cerró el maletero con un brusco movimiento. Aún le quedaban paquetes de cerveza en el carrito. Vimos, entonces, el interior del coche. Desde dentro, como dos sombras difusas, esperaban dos niños pequeños. El hombre les hizo salir del coche.

—¡A ver si ayudáis un poco, coño! —le oímos gritar —salid fuera.

Los niños salieron del coche y el padre empezó a meter cervezas en los asientos del interior. Los niños eran muy pequeños, pero ayudaron a su padre con los paquetes. Eran como duendecillos tristes ayudando a un ogro gigantesco. El hombre les apartó bruscamente. Habían terminado.

—¡Adentro, joder!... ¡Putos críos!

Y el coche arrancó y nos dejó ante una plaza de aparcamiento vacía. Yo oía la respiración de Diego a mi lado, pero no quería mirar. Me temía lo peor y tenía razón... Cuando vi a mi hermano no parecía el mismo. La luz había huido de su cara. Su boca ya no reía, estaba tensa; como un alambre metálico bajo su nariz. Su mirada ya no brillaba, era como si se hubiera muerto, como si en lugar de ojos tuviera dos lagunas muertas. Sus brazos le colgaban y agachaba la cabeza de manera extraña. Parecía un poco jorobado, más simiesco...

—¿Diego? —le llamé.

Pero siguió en silencio.

Le tomé, entonces, de la mano y me siguió dócilmente hasta el coche. Nuestro carrito se quedó en el aparcamiento. Estaba lleno de especias y condimentos, pero eso ya no importaba, nadie los iba a reclamar, nadie se acordaba de ellos.

Esa noche decidí quedarme en casa de Diego. No se había recuperado. Era un muerto viviente y la alegría había huido de él. Le preparé la cena y yo mismo lo acosté. Se dejó hacer en silencio. Ya no hablaba. Éramos como dos mimos interpretando un número sin público. Con Diego en la cama me sentí el hombre más solo del mundo. Había recuperado a mi hermano y lo estaba perdiendo, de nuevo. No sabía qué hacer. Apagué todas las luces del piso y me quedé velando en la oscuridad. Dormir era imposible. Los recuerdos volvieron a acosarme, los miedos también... Y todo para nada. No encontraba la salida. Estaba atrapado, estábamos atrapados. El pasado nos había alcanzado y nos arrastraba hasta el fondo... Poco a poco, conseguí adormecerme.



Un ruido me despertó de golpe. Aún era de noche. Miré frente a mí y me encontré a Diego de pie.

—Las llaves —reclamó con una voz fría.

—¿Las llaves? ¿qué llaves? —dije al incorporarme.

—Las de tu coche.

Y Diego me tendió la mano.

—Pero, si no te gusta conducir... —le respondí.

—Las llaves —volvió a repetir como un autómatas.

Yo no entendía nada, pero sabía que estábamos en un callejón sin salida. Esta reacción podía ser una respuesta. Una respuesta extraña y retorcida, pero era mejor que no hacer nada.

Le di las llaves.

Con las llaves desapareció al instante. Noté que sus andares eran más simiosos que nunca. Esperé un momento y salí a la calle. Paré un taxi y le di unas instrucciones al conductor. Cuando pasó mi propio coche, arrancamos nosotros. La persecución había empezado por las calles desiertas.

Mi hermano cogió velocidad y casi lo perdimos. Cruzábamos la ciudad y poco a poco llegamos a un barrio lleno de locales nocturnos y de pubs. Había pocas farolas. La única luz venía de los neones parpadeantes. Un local adquiría tonos rosados; otro, verdosos... La basura se acumulaba junto a los muros. Había regueros de agua que serpenteaban por las aceras agrietadas. Mi hermano aparcó junto a un local y se bajó del coche. Le vi caminar, sombrío, hacia un bar y entró. Dudé entonces. Si entraba yo en ese local habría llamado la atención y tenía miedo de que me descubriese. Permanecí oculto en el taxi.

—¿Qué hacemos? —preguntó el taxista.

—Esperar —respondí. Mi hermano podía salir en cualquier momento y yo tenía que estar listo para seguirlo.

Tuvimos que esperar más de veinte minutos. A pesar de la oscuridad reconocí su silueta. Caminaba titubeante, como si estuviera mareado. No iba solo. Un individuo lo acompañó hasta el coche. Allí, mi hermano le dio algo al extraño. Eran billetes. Le estaba pagando. El desconocido le entregó algo y él se lo metió en los bolsillos. Luego el extraño se fue y mi hermano entró en el coche. La persecución se reanudaba.

Cruzó por barrios desiertos y se adentró en la autopista. De repente, se desvió. Entró en un barrio industrial lleno de fábricas solitarias y calles mal asfaltadas. En las aceras las prostitutas esperaban como estatuas de carne. Algunas se reunían en círculos y se calentaban con fogatas. Sus siluetas se acercaban a las llamas y tendían las manos al fuego con las piernas y las nalgas desnudas. Se oían sus voces y sus risas estridentes. Diego se detuvo junto a ellas y una mujer se metió en su coche. Nosotros observábamos en la sombra.

—Parece que a su amigo le va la juerga —me dijo el taxista.

Me irritó el comentario, pero seguí en silencio... tenía que estar atento. Diego había arrancado. Nosotros también. Diego detuvo el coche en un callejón y nada sucedió en varios minutos... De repente algo se movió en la oscuridad. Del coche salió la mujer. Empezó a caminar por la acera y pasó junto a nosotros. Llevaba unas pieles teñidas de color rojizo, zapatos de tacón e iba desnuda bajo el abrigo. Ella no le prestó atención al taxi. Mientras,

Diego había arrancado y el taxista me preguntó:

—Se está largando ¿qué hacemos?

—Sígale otra vez —respondí.

—Usted manda.

Nos pusimos en marcha y vimos pronto las luces traseras del coche. Con velocidad se dirigía a la salida de la zona industrial. Ya en la autopista me di cuenta de que el cielo se estaba aclarando y el sol aparecía entre el humo de las chimeneas. La noche se acababa. Mi hermano tomó, entonces, un desvío y adiviné lo que pretendía. Volvía a casa. Supe en ese momento que teníamos que llegar antes que él. No quería que viese mi cama sin nadie. No sabía por qué pero quería disimular. No quería provocar ninguna reacción por su parte. No sabía si podía ser agresivo y no quería enfrentarme a él. Necesitaba tiempo para pensar en una estrategia.

—Tome ese desvío —le indiqué al taxista.

Era un recorrido alternativo. Teníamos que llegar antes que él. Si Diego llegaba antes no sabría cómo actuar. Tenía miedo de encontrármelo, de que viera que conocía su salida nocturna. Había decidido no entrar en el apartamento si el coche estaba a nuestra llegada ...

Pero llegamos antes que él.

Pagué al taxista, tomé el ascensor y entré en el piso para meterme en la cama. Sólo quedaba esperarle...

En la oscuridad del cuarto todo era silencio. Al poco rato, oí cómo abría la puerta. Sus pasos crujieron en el entarimado y dejaron de oírse al instante. Había entrado en su habitación. En lugar de relajarme pensé en las consecuencias de lo que había visto. ¿Cómo tenía que reaccionar al verle mañana? Para mí ya era alguien diferente. Yo conocía al Diego amable y alegre, con sus láminas de arte y sus recetas de cocina... el Diego que acababa de entrar era otra cosa, era un desconocido. ¿Cómo hay que tratar con un desconocido? Y tuve miedo, entonces. Lo reconozco: tuve miedo. Me pareció oír ruidos en su cuarto. ¿Qué estaría haciendo? Asustado, me levanté y cerré con cuidado el pestillo de mi habitación. Luego volví a la cama. Más allá de mi tabique los ruidos habían cesado. Mi hermano dormía. Nos separaba mucho más que una pared. Era un foso enorme, negro, que nos alejaba sin remisión y no sabía cómo vadearlo.

La noche se me hizo interminable. Hacia el mediodía oí ruidos en la habitación de Diego. Todas mis horas reflexionando no me habían servido de nada. ¿Qué debía hacer? ¿Levantarme y hablarle de anoche? Dudé entonces.

Tenía miedo de su reacción. Se había mostrado tan frío al pedirme las llaves. Como si fuera otra persona. Como si me hablara un extraño que me reconocía apenas... pero no podía seguir así. Decidí levantarme y encararme con mi hermano.

No lo encontré en el salón pero oí ruido en la cocina.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Se giró suavemente al oírme. Su expresión volvía a ser tranquila y dulce. Ya no se movía como un jorobado, sino con la habilidad y el dinamismo de un chef en su cocina.

—Estoy buscando —me respondió con tono de sorpresa—. No encuentro la bolsa con nuestras compras de anoche. Quería cocinar esta mañana...

Las bolsas se habían quedado en el aparcamiento del supermercado. Pero él parecía haberlo olvidado. Yo me atreví a tantearle un poco:

—Nos las dejamos en el súper...

—Pues menuda tontería. Hacemos las compras... nos acostamos pronto... y, al día siguiente, me dispongo a cocinar y no tengo nada para hacerlo...

Vi enseguida que no parecía acordarse de nada posterior al encuentro con el hombre y sus dos hijos.

—Nos despistamos con tanta gente.

—Despistarse, vale, pero ¡olvidarse todo un carrito de la compra!

No supe qué contestar. Desde luego, mi historia no tenía ni pies ni cabeza.

—Además —añadió Diego— ¿has visto mi habitación? Pasa, pasa...

Me tomó suavemente del brazo y cruzamos la puerta.

—Huele —me pidió.

Un olor inconfundible me llegó, de repente. Era hachís.

—¿Has estado fumando droga en mi cuarto? —me preguntó.

Como no me esperaba ser el acusado, no supe qué contestar. Decidí aceptar la acusación...

—Es un método de relajación... perdona si te ha molestado...

—No, pero me sorprendes. En fin, allá cada cual con sus aficiones. Yo me vuelvo a la cocina a ver si preparo algo con lo que tenemos en la nevera.

Y Diego desapareció con paso alegre y dinámico. Yo me quedé solo en su cuarto. Abrí la ventana para airear un poco. “No recuerda nada de anoche”. Tras el incidente del supermercado, todo lo demás no existía para él. Había sido como un paréntesis extraño en su vida. Y ahora volvía a ser él mismo, confiado y alegre. Pero yo sí que lo recordaba todo con claridad, con dolorosa claridad. Su manera brusca de moverse, como un simio nervioso. Su mirada

muerta y su voz metálica. Su manera de exigirme las llaves. Y sus aficiones, el alcohol, las drogas, las mujeres... Pero en aquel momento, todo era un puzzle sin sentido. Intentaba identificar a Diego con el extraño de anoche, buscaba acaso algunos vestigios de Marcos, de mi hermano pequeño.

Pero no era ni Marcos ni Diego a quien había perseguido con el taxi. Esa noche había conocido a Damián. Pero entonces aún no lo sabía.

—...y creo que tú también has conocido a Damián —concluyó Gerardo — fue él quien te llevó al prostíbulo y a quien reconocieron en el restaurante del hotel y con quien te cruzaste en el Metro...

Laura no supo qué contestar. Ante la confesión de Gerardo se sentía un poco culpable. Ella no había sido sincera con el psicólogo, no se le había contado todo. Decidió, entonces, dar un nuevo paso. Le habló de su encuentro en el portal, de la nota y del pasaje bíblico... Gerardo escuchó en silencio hasta el final de su relato. Al final exclamó:

—Lo que me cuentas es un dato muy alentador.

—No me digas... a mí me provocó unas horribles pesadillas.

—Perdona, he sido un insensible. Lo que quiero decir es que esa nota bíblica es una llamada de auxilio, pero es una nota que sólo yo podía entender. Diego sabe que tiene un problema e intenta salir de su situación. A su manera, se sabe endemoniado por dentro como Legión en la Biblia, sólo que sus demonios son demonios interiores, mentales. Nos ha mandado un mensaje desde el fondo de su enfermedad. *Marcos, 5:9*. ¿Lo entiendes ahora? Pero no Marcos el Evangelista sino el niño Marcos que también es Diego y Damián. Un niño, Marcos, que se ha convertido en Legión debido a un terrible trauma. Es como un mensaje en una botella que nos lanza a nosotros.

—Y no es el primero —continuó Laura—. Yo conocí a Diego en una exposición sobre el dios Jano, el dios de las dos caras...

—Exacto, es una gran noticia. El pobre Diego está intentando de manera torpe encontrar una salida a su situación, pero tenemos que ayudarlo, es un empeño que supera en mucho la fuerza de una sola persona...

Laura asintió convencida.

—¿Sabes lo que es el Trastorno de Identidad Disociativa? —siguió Gerardo.

—Ni idea.

—Es una persona que tiene períodos de ausencia durante los cuales actúa de manera extraña y se hace llamar con un nombre diferente al suyo. Él ignora por completo lo que hace en esos períodos de ausencia. Son los familiares o amigos los que se dan cuenta de su problema de personalidad.

—¿Y eso es lo que le pasa a Diego?

—Sí. Diego o Damián son sólo *alter egos*, otras personalidades de Marcos. Son rostros que ha creado el propio Marcos para escapar de unos recuerdos intolerables. Diego fue el primer *alter ego* del pequeño Marcos. Gracias a Diego pudo salir adelante más allá de su terrible infancia. Es la personalidad que tú conociste, de la que te enamoraste. Sin embargo, con esta personalidad no fue suficiente. En momentos de agresión o cuando los recuerdos del pasado van a surgir incontenibles aparece Damián. Damián es otro *alter ego*, más agresivo y fuerte, para luchar con lo que considera que son agresiones del exterior. Fue Damián quien surgió al ver aquel hombre en el supermercado, fue Damián quien te llevó al prostíbulo...

Todo esto lo sé ahora, pero llegar a ello me costó meses, años de esfuerzos. En mis primeros meses con Diego, no sabía nada. Caminaba en terreno desconocido. Después de su transformación en el supermercado y su aventura nocturna, Damián desapareció y Diego se quedó. Los días que siguieron fueron de normalidad. Damián no volvió a manifestarse y la convivencia con Diego fue excelente. Yo no sabía cuál iba a ser el siguiente paso. Tenía miedo de adelantarme y de que su personalidad se quebrara como una máscara de vidrio. Por desgracia, los acontecimientos se precipitaron, de nuevo, más allá de mi control.



—Una noche recibí una llamada: era la policía. Habían detenido a Diego y le acusaban de tráfico de drogas. Cuando llegué a Comisaría los agentes me informaron: le habían detenido durante una redada en una zona de prostitución. Llevaba droga encima y se resistió a los agentes. Le habían encerrado en una celda.

—¿Sabe que es un enfermo? —le dije al comisario para defender a Diego.

—Nos lo imaginamos al meterlo en el calabozo. Se calmó al instante, dejó de forcejear y parecía haberlo olvidado todo. Nos dio su teléfono y nos dijo que usted es psicólogo...

—Es cierto... es mi paciente —mentí— ¿puedo verlo?

—Claro, pero no se asuste. No tuvimos más remedio que golpearle. Es sólo un hematoma.

Al llegar a la celda vi que era mucho más que un hematoma. Le habían partido la nariz. Con las manos sujetaba un pañuelo ensangrentado. Al verme,

su mirada expresaba el mayor desamparo del mundo:

—Gerardo ¿qué me pasa? ¿Qué hago aquí?

—No te preocupes, estoy para ayudarte. Lo importante es que salgas de aquí.

Le ofrecí, entonces, mi mano y le ayudé a levantarse. Al incorporarse se acercó y me abrazó. Yo me sentí emocionado por su gesto y respondí a su abrazo. Había esperado más de treinta años ese abrazo, pero valió la pena. Ese momento fue agradable, inolvidable, pero sabía que era sólo el principio de mi redención. Aún quedaba mucho camino para sacar a Diego de su propio laberinto.

Lo más urgente era ocuparse de los trámites administrativos con la policía. Fueron engorrosos, pero finalmente pude sacar a mi hermano de comisaría. Le habían encontrado una pequeña cantidad de droga y le acusaban de consumo pero no de tráfico de drogas. Eso fue un alivio. Pero el incidente le hizo perder toda la confianza. No se explicaba cómo había llegado a esta situación. En el coche, de camino a casa, comprobé con tristeza toda su angustia:

—Lo único que recuerdo es estar en casa preparando la cena, nada más. Luego fue despertarme al día siguiente en comisaría y con la nariz rota... me dolía horrores, pero me angustió mucho más encontrarme en ese lugar. ¿Qué me había pasado?

—A lo mejor hiciste cosas que no recuerdas...—comenté intentando calmarle.

—¿Como un sonámbulo?

—Más o menos...

—¿Y qué puedo hacer? ¿No dormir nunca?

—Eso no es posible. No se puede vivir sin dormir. Lo más importante es que ya has dado un primer paso, el más importante.

—¿Ah, sí? Pues aclárame eso porque yo me noto cada vez más perdido.

—Es que lo importante es eso, que te notes perdido, que te des cuenta de ello y que busques una salida. Ése es el primer paso para la solución.

Diego me miró, entonces, agradecido. Mis palabras lo habían calmado un poco. Nos callamos y nos concentramos en el paisaje. Yo conducía con suavidad por las calles de un barrio residencial. Diego rompió el silencio:

—¿Sabes? Soy muy feliz de que estés conmigo. Si no llegas a aparecer en la cárcel, creo que me habría vuelto loco.

Estas palabras de Diego me llegaron a lo más hondo. En cierta manera, empezaba a redimirme por haberlo abandonado. Yo era su mayor apoyo y

estaba dispuesto a ayudarlo hasta el final. Es cierto que quedaba mucho camino por recorrer. Diego no sabía nada de Damián, ni de Marcos; ni siquiera sabía que yo era su hermano. Pero, al menos, ya habíamos iniciado el camino. Y lo más importante: Diego confiaba en mí.

Conduciendo a casa miré por la ventanilla. El sol brillaba fuera, su imagen temblaba en la mañana, parecía tiritar por la niebla, pero nada podía apagar su brillo. Iba amaneciendo.

—Laura ¿quieres quedarte a cenar con nosotros?

La pregunta de Gerardo bajó a Laura a la realidad.

—Claro...—respondió. Pero tenía la mente muy lejos, en Diego, en sus problemas de personalidad, en su infancia...

—Voy a avisar a María...

Y Gerardo se levantó para hablar con su mujer. Laura se quedó sola en el despacho. En la mesa reposaban las cartas de Diego, sus relatos... Leyó algunos títulos “La última pregunta”, “No lo llames infancia”, “Jano frente al espejo”... la intrigó éste último:

*... Estaba en un túnel, había huido sin mirar atrás. Bajo el sol ardiente, el volante le quemaba las manos, pero no le dio importancia. Sabía que la frontera estaba cerca, tenía que estarlo, más allá de los muros de hormigón que le tapaban el paisaje. En el arcén vio una figura sentada, parecía un mendigo con su manto roído y la capucha que le tapaba el rostro. Sin saber por qué le dio miedo. Decidió ignorarlo y aceleró. Al final del túnel le pareció ver un brillo. Bajo el calor no podía saber si se trataba de un espejismo o de una luz de salida. Pero no podía dudar. En el arcén apareció otra vez el mendigo. Era imposible, lo había dejado atrás hace varios kilómetros. Sin embargo, allí estaba, de nuevo. No quiso verlo, pero ya no podía rodar más rápido. La luz estaba más cerca y con la luz, la esperanza. Tuvo miedo, entonces. ¿Era una luz o un espejismo causado por el calor? No podría soportar que no fuera una salida a cielo abierto. Pasados unos kilómetros, vio, de nuevo, al mendigo. Permanecía en el arcén, sentado, inmóvil como una estatua. Como un buda inevitable y eterno. Lo ignoró, de nuevo. Su prioridad era la salida, la luz, no esa estatua detenida al borde de la calzada. Pensó en atropellarla, en aplastarla con el coche. Pero el impulso se le pasó enseguida. Lo importante era seguir adelante hacia el brillo del final de la ruta. Pudo ver, entonces, la luz con más claridad. Había aumentado de tamaño. Supo en ese momento que sus esperanzas eran vanas: no era una luz lo que brillaba sino un espejo. “No hay salida”, pensó aterrorizado y fue reduciendo la velocidad. Cuando paró el coche, el mendigo le esperaba en el arcén. Salió del vehículo y avanzó hacia la figura*

*sentada. Parecía un ídolo de piedra oculto bajo su capucha. Se fue acercando al mendigo sin decir nada. Sabía quién era la figura que estaba sentada ante él. Sabía que el rostro debajo de la capucha era su propio rostro...*

—Ya está todo arreglado —anunció satisfecho, Gerardo.

—¿Qué dices? —respondió Laura, sobresaltada.

—La cena... María ya lo había preparado todo. Daba por sentado que te quedabas a cenar.

—Oh... gracias.

—Veo que has hojeado los relatos de Diego.

—Sí... antes de conocer su pasado me habrían parecido delirios, pero ahora entiendo muchas cosas.

—Tenemos mucha suerte con la vocación literaria de Diego. Es como si pudiéramos acceder a sus sueños. Con sus relatos nos va revelando su inconsciente de manera simbólica... Es su manera de soltar presión ante lo que le atenaza desde dentro. Sus relatos y su diario nos dan pistas para recuperar a Marcos, para recuperar a ese niño que se ha perdido en su interior. Pero no es suficiente. Por eso decidí empezar con la psicoterapia... Pero vamos a cenar y te sigo contando el resto.

Gerardo acompañó a Laura al comedor. María había preparado la mesa: los cubiertos de metal brillaban a la luz de las velas. La sala en penumbra resultaba acogedora. María le indicó su silla a Laura:

—¿Qué le has estado contando a nuestra invitada? —preguntó la anfitriona.

—Estaba hablándole de la psicoterapia y de Diego —respondió su marido mientras mordisqueaba un trozo de pan.

—Pues es muy eficaz para tratar los trastornos de la psique... —concluyó María con tono de especialista.

Laura se quedó sorprendida ante la respuesta de María. Gerardo se dio cuenta y añadió:

—Veo que te sorprenden los conocimientos de mi mujer, pero no te olvides que ella es colega mía, es psicóloga como yo.

—Efectivamente —respondió María con una sonrisa— ¿quieres gazpacho?

—Gracias.

Laura aceptó la taza de gazpacho mientras miraba alucinada a sus anfitriones. “Estoy con dos psicólogos... desde luego la situación es curiosa”,

pensó. Y, sin poder evitarlo, se imaginó un manicomio con celdas acolchadas, duchas frías y electroshocks.

—Veo que dudas un poco —añadió María al ver la mirada de Laura— pero no te preocupes. Lo único que queremos es ayudar a Diego. Con el psicoanálisis queremos descubrir las causas de su estado para poder curarle... y eso es lo que quieres tú también ¿no?

—Claro... —respondió Laura más calmada.

—Pues en eso estamos —concluyó María con una sonrisa— los estudiosos de la mente somos un poco como los sacerdotes: tratamos de sacar a la luz del día lo más oscuro de nuestros pacientes. Los sacerdotes hablan de exorcizar los pecados y nosotros hablamos de sacar afuera el sentimiento de culpa. Pero la finalidad es más o menos la misma.

—Es la primera vez que oigo alguien decir que un psicoanalista es como un cura —dijo Laura, algo escéptica.

—Después de todo —siguió con calma María— aunque los medios difieran, lo que todos queremos es alcanzar el mundo interno de las personas. Los curas buscan al demonio que pervierte las almas y nosotros perseguimos a los demonios internos que torturan la mente.

—O sea que sois exorcistas psíquicos... —concluyó Laura un poco burlona.

—Pues sí... —siguió Gerardo—. De hecho, muchos de los endemoniados de la antigüedad no eran más que desgraciados que tenían algún un problema psíquico, una esquizofrenia... una disociación... La Iglesia les exorcizaba y, a veces, les quemaba en la hoguera...

—Nosotros nos limitamos a analizar los trastornos de la psique para poder tratarlos: nada de hogueras —sonrió María.

—Con Diego —añadió el psicólogo— tenemos una parte del camino recorrido porque confía mucho en mí y la confianza entre el paciente y su psicoanalista es esencial. Poco a poco me ha ido confesando sus inseguridades, sus fantasías y yo he ido interpretándolas, descifrándolas para él; pero siempre con mucho cuidado, con tacto para que vaya aceptándolas...

—Se trata de ayudarle a reorganizar su personalidad —añadió María.

—...y de enseñarle actitudes positivas para afrontar sus conflictos internos —siguió Gerardo.

—Ya... —respondió Laura poco convencida— todo eso está muy bien y me alegro por Diego, tiene mucha suerte de teneros a vosotros. Pero ¿quién piensa en mí? Sé que os voy a parecer una insensible egoísta, pero ¿qué pasa

conmigo? ¿nadie ha pensado en cómo me va afectar todo esto? me enamoro de un chico que no es ese chico y que no sabe ni quién es...

—No eres egoísta —la calmó María— somos nosotros los insensibles. Estamos tan preocupados por Diego que no hemos pensado en tu reacción. Y eso que le pedí a Gerardo que tuviera tacto...

—Lo he intentado... —se defendió el psicólogo— he intentado explicárselo todo.

—Pero ¡si lo entiendo todo!...—se lamentó Laura—. Ése es el problema, lo entiendo perfectamente. Y no sé si me gusta lo que entiendo. Diego ya no es Diego o, al menos, deja de serlo algunas veces. Y cuando no es Diego se dedica a las drogas, a la prostitución o, incluso, a la trata de blancas, quién sabe...

—Eso no lo sabemos —replicó con firmeza Gerardo.

—Pues a mí me arrastró a un prostíbulo, de eso sí que estoy segura —replicó Laura, enfadada.

—Seguro que también hay una explicación para eso... —añadió María.

—Pues no sé si quiero saberla —concluyó Laura—.

Los tres se quedaron en silencio en la mesa. Tras unos segundos propuso Gerardo:

—Se llama Marlene ¿no?

—¿La del prostíbulo? Sí...Marlene...—respondió Laura con desaliento.

—Pues ha llegado el momento de aclarar las cosas con ella. Vamos a hacerle una visita. Lo que descubramos puede ser desagradable. ¿Vienes con nosotros?

Laura dudó. Había llegado muy lejos. Y se notaba cansada, terriblemente cansada. A pesar de todo respondió con voz firme:

—Claro que voy. Habiendo llegado hasta aquí, no pienso dar marcha atrás.

—Entonces, de acuerdo —concluyó Gerardo—. Pero antes hay que ir a ver a Juan. Aunque sea por prudencia. ¿No te parece, cariño?

—Sí, mejor saber a qué atenernos —confirmó María.

—¿Quién es Juan? ¿Otro psicólogo? —preguntó Laura.

—No —aclaró Gerardo— Juan es Inspector, Inspector de policía.

A Laura el local de la Comisaría le pareció pequeño con su puerta de cristal y sus paredes llenas de anuncios... “Los mafiosos viven en mansiones de ensueño y éstos trabajando en un barracón”, pensó. De repente, sonó su móvil y vio la pantallita iluminada con la palabra “mamá”.

—¿Sí?... mamá... ¿estás bien?

—Así, así... te llamo porque te necesito a mi lado...

—¿Pasa algo? —se alarmó Laura— ¿necesitas algo?

—El mando... he perdido el mando de la tele.

—Pues mira debajo de los cojines —respondió Laura, aliviada.

—He mirado mil veces y no está... ¡ah, sí! Ya lo tengo... estaba escondido el muy canalla... ¿y tú qué haces?

—Estoy en comisaría, mamá.

—No me sorprende. Sabía que acabarías allí tarde o temprano. ¿Y qué has hecho que sólo das disgustos a tu madre?

—No he hecho nada, mamá. He venido a pedir información.

—Pues haber ido al ayuntamiento, es que parece tonta...

Laura pensó, entonces, en contarle lo de Diego, lo de su secuestro, los rusos y la trata de blancas, pero respondió al fin:

—Mira, déjalo mamá... es un poco complicado...

—Ya... y como tu madre es tonta....

—Eso no, mamá...

Laura se dio cuenta enseguida que su madre quería batalla y no estaba dispuesta a dársela. Vio que María y Gerardo se dirigían a una ventanilla del local y decidió seguirles.

—Mamá... te cuelgo, que me toca a mí.

—Vale. Si quieres algo ya sabes dónde estoy. Y recuerdos a los otros presos.

Laura no supo si interpretar en serio o en broma esta última frase de su madre. “¡Es el colmo”, pensó. Se había pasado la vida cuidándola y la consideraba algo así como una asesina en potencia... Decidió olvidarse de ella para centrarse un poco. El local le pareció más triste y lamentable todavía y no se sintió, entonces, muy amparada por la ley. Pero María y Gerardo sí que parecían confiar y decidió seguirles la corriente.

—¿El Inspector Velasco? —dijo Gerardo a un agente— de parte de Gerardo Hernández.

—Espere un momento.

Y el agente dejó la ventanilla y desapareció tras una mampara. Volvió unos segundos después:

—Pasen, por favor.

Y entraron los tres. María y Gerardo, decididos; Laura cerrando la marcha con más dudas todavía al ver el triste aspecto de los despachos. Sentado tras una mesa llena de documentos estaba un hombre de mediana edad que se levantó al verlos.

—¡Hombre! Gerardo... y María también... pasad, pasad...

—Gracias... te presentamos a Laura, una nueva amiga que tenemos.

—Encantado, esperad que busco sillas para todos.

El inspector desapareció, entonces, para volver de inmediato con dos sillas.

—Aquí, tenéis. Pero, dime Gerardo ¿qué te trae por aquí?

—Queríamos algo de información... es por un paciente que estoy tratando.

“Su propio hermano”, pensó Laura. Pero le pareció bien el secretismo de Gerardo. Bastantes problemas tenía Diego como para meter a la policía de por medio.

—Pues tú dirás —respondió el inspector sin hacer más preguntas. “Deben ser amigos de verdad”, pensó Laura al ver que el policía no pedía más explicaciones. Gerardo siguió con la conversación:

—Mira, queríamos información de un local de prostitución.

—¿Tenéis algún nombre? —preguntó el policía con aspecto serio.

—Lo regenta una tal Marlene —siguió Gerardo— y Laura estuvo allí. ¿Te acuerdas del lugar exacto?

Laura se sobresaltó al oír su nombre. No daba crédito a lo que le estaba pasando. No podía creer que estuviera en una comisaría para declarar sobre trata de blancas... Hizo acopio de valor para responder:

—No me fijé en el trayecto. Era un local junto a una autopista... a unos veinte minutos de Madrid. Tenía un aparcamiento de tierra para los coches...

Su respuesta le pareció escasa y patética, pero la verdad es que se había pasado el viaje de ida mirando a Diego y se había pasado el viaje de vuelta en estado de shock refugiada en el coche de una desconocida... Por eso la sorprendió cuando el inspector dijo con aplomo:

—Creo que con eso es suficiente —y empezó a teclear en su ordenador—.

Efectivamente, se trata de un local de prostitución. Lo han enmascarado bajo la fachada de un hostel, pero no engañan a nadie. La tal Marlene es la responsable del local. O mejor dicho, la madame o matrona. Es española, de los alrededores de Barcelona. Pero lleva muchos años ejerciendo cerca de Madrid. Siempre en lo mismo, la prostitución. Pero ella no es dueña de nada, está bajo las órdenes de un grupo organizado que tiene más locales. Les hemos hecho varias inspecciones estos últimos años y les han caído multas y más multas, por faltas a la normativa urbanística, por higiene...

—¿Por higiene? ¡No me diga! Pues eso sí que es grave... —replicó Laura con ironía.

—Mire, señorita, intentamos entorpecerles el negocio —replicó, mosqueado, el policía—. También les hemos incautado drogas... Pero parece que no les afecta en nada, pagan las multas y siguen con su negocio. Las chicas suelen ser rusas, polacas o rumanas sin papeles, nuestros agentes las interrogan pero nunca quieren declarar y cuando volvemos a hacer una inspección nos encontramos con nuevas chicas y vuelta a lo mismo... es indudable que detrás están las redes de trata de blancas, pero andamos con tiento para no ahuyentar a los peces gordos. Les tenemos en el punto de mira y sólo esperamos el momento preciso... Estos son los datos que tenemos. Lo siento, pero no hay más.

—Con eso es más que suficiente —sonrió Gerardo—. Muchas gracias por todo.

Al salir de comisaría Laura no pudo evitar un comentario pesimista:

—Pues es más bien poquito lo que tenemos...

—Pero es suficiente —respondió María con una sonrisa—. Lo importante no es la cantidad de datos, sino saber usarlos. Subamos al coche: tenemos una cita con Marlene, aunque ella aún no lo sepa.

Con María al volante, el coche cogió velocidad. Gerardo daba indicaciones a su lado. Laura estaba recostada en el asiento trasero. No tenía ganas de escuchar al matrimonio. Tenía la mirada absorta en la autopista y sólo podía pensar en la última vez que hizo ese recorrido. Al volante estaba Diego... o Damián... o quién fuera... y ella a su lado, asustada e ignorante. La sorprendió recordar su audacia. Cómo se había atrevido a subirse en ese coche... Es cierto que Diego inspiraba confianza a cualquiera, pero tenía que haberse imaginado algo raro, pensó. Esa llamada a las cuatro de la madrugada... ese aspecto lúgubre de Diego... y luego recordó la pesadilla en el prostíbulo y su huida por el parking solitario. “Y ahora vuelvo al mismo sitio ¡y con dos psicólogos!”, pensó. Y se sorprendió, de nuevo, por su audacia. ¿Dónde estaba la Laura tímida y prudente, siempre pegada a la falda de mamá? Recordó, entonces, los insultos, las provocaciones de Diego en su portal. ¿Tenía razón? A lo mejor ella no era más que una niña inmadura y cobarde pegada a una anciana enferma... Intentó encontrar una respuesta y no pudo. Pero en el fondo supo que Diego no tenía razón, ya era una mujer adulta, una mujer que se subía en coches con desconocidos para ir a antros en las afueras... Recordó, entonces, a Marlene, a la chica extranjera drogada del pasillo, los uniformes de cuero... y tuvo miedo. Parecía que no le bastaba con lo que había vivido, iba a por más. Y todo ¿por qué? Recordó, entonces, la sonrisa de Diego, su dulzura... y supo que por recuperarle iría hasta el mismísimo infierno. Pero ese local, esa Marlene... podía ser peligrosa. Como leyendo sus pensamientos, la voz de Gerardo la calmó desde la parte delantera del coche:

—Laura, estás muy callada. No te preocupes. Lo tenemos todo controlado.

—Ya... —respondió escéptica Laura— las mafias rusas deben estar temblando.

—No pierdas la fe... —reaccionó María al volante.

Laura se recostó en el asiento para digerir la información que les había dado el inspector: “trata de blancas”. Si quería un tema de artículo se lo habían brindado al instante. Y ella estaba en primera fila. Ya era una Lois Lane, novia de Superman y periodista homologada. El problema es que buscaba a Superman por los alrededores y no encontraba a nadie. “Estará

planchándose la capa” se dijo y se burló de ella misma en silencio. Se rio de sus fantasías, pero eso no le sirvió de nada. De hecho, la hizo sentirse un poco más sola. Fuera, las farolas de la autopista se sucedían con rapidez. Eso sí, a la luz del día no le parecieron tan amenazantes. Además, delante estaban sus nuevos amigos. María y Gerardo estaban callados, pero su actitud era firme y serena. Como dos guerreros que están dispuestos a la batalla. Y todo lo hacían por Diego, por su Diego. Este pensamiento la calmó un poco. Era una batalla, sin duda. Y ella también estaba dispuesta a luchar.

Las fuerzas la abandonaron un momento cuando reconoció el parking arenoso. A la luz del día la tierra tenía un color amarillo. Seguro que las huellas de su huida las había borrado el viento, pero nadie podría borrar esos horribles recuerdos de su mente. María pareció darse cuenta de su ansiedad y la tomó de la mano.

—¿Prefieres quedarte en el coche?...

—No... gracias... yo también voy.

Y entraron al local.



Lo que vieron decepcionó un poco a Laura. Se había imaginado un local con clientes trajeados y mujeres semidesnudas sentadas a la barra y se encontró con un bar mal iluminado y casi desierto. Tras la barra del local un barman gigantesco les hizo gestos de que se acercaran.

—¿Qué desean?

—Ver a Marlene —dijo María sin rodeos.

—Aquí no hay ninguna Marlene —respondió, sombrío, el individuo.

—Como usted quiera —reaccionó Gerardo— venimos de parte del Inspector Velasco.

El gigante les miró, entonces, malhumorado. Acabó de secar un vaso y desapareció tras de una cortina. Volvió unos segundos después.

—Sígueme —les ordenó.

Los tres se adentraron tras el barman. Laura no reconoció el pasillo. “Será otro camino”, pensó. Pero sí se acordó de la puerta del despacho. Habían llegado. Marlene les esperaba fumando.

—Pasen, por favor. ¿Qué desean? —dijo Marlene con un tono amable que a Laura le recordó el sisear de una serpiente.

—¿Reconoce a esta chica? —dijo María señalando a Laura.

—Pues, no, la verdad... —afirmó Marlene.

—Pues haga memoria o tendrá problemas —añadió, firme, Gerardo.

—Hombre... tú eres la chiquilla... la amiguita de don Damián... os vi cenar juntos y no me pareciste para nada de su estilo... Pero luego te trajó aquí y te escapaste como una corderilla ¿por qué te asustaste? ¿Creías que te íbamos a comer?

Con esta última frase Marlene hizo un gesto de burla que afeó su hermoso rostro. Laura retrocedió instintivamente. María atajó por lo sano:

—Mire, déjese de cuentos y vayamos al grano. Sabemos sus enjuagues. Estamos al corriente de todo. El Inspector Velasco también y usted sabe que está en la cuerda floja. ¿Cuántas inspecciones van a aguantar sus jefes hasta hartarse? No le interesan más escándalos y nosotros queremos información...

—Información sobre qué, si puede saberse... —vomitó con odio Marlene.

—Sobre Damián...

—Don Damián es un cliente y de los clientes no se habla... —sentenció la madame.

Cuando vio que la mujer se cerraba en banda, Laura reaccionó con rabia...

—¡Pues de Damián nos va a hablar! ¡y va a hablar por los codos! Soy periodista y, como no hable, voy a escribir un artículo que acabará con su anonimato y su secretismo.

Marlene miró con desprecio a Laura, pero cedió:

—Está bien, chica. ¡Menudo genio! ¿Qué quieres saber, ricura?

—Damián... ¿dirige el local? —musitó Laura.

—¿Don Damián? ¡para nada! Es sólo un cliente. Se toma unas copas y, de vez en cuando, sube con alguna chica. Es un tío callado, pero mientras pague... Nunca ha pedido cosas raras... menos cuando apareció contigo. Me dijo que venía con una amiga y que quería estar con ella como si fuera una de mis chicas... A mí no me hizo gracia. No me gusta que entren otras chicas. Pero como es un buen cliente, hice una excepción. Además, me pagó la habitación más cara... y con todos los complementos.

—Sí... los complementos llegué a verlos... —dijo Laura, recordando el uniforme brillante y los accesorios sobre la cama.

—Por cierto —siguió Marlene mirando fijamente a Laura— ¿sabes que tienes un cuerpo precioso? No me extraña que tengas encoñado a don

Damián... sabes que a mí también me estás poniendo...

Marlene se levantó, entonces, de su sillón e hizo ademán de acariciar a Laura. Ésta retrocedió.

—Vamos fuera, vamos —oyó a María a su lado— vámonos de aquí.



Con María al volante, el prostíbulo fue haciéndose cada vez más pequeño hasta desaparecer de la vista. En el asiento trasero, Laura permanecía en silencio. En su cabeza giraban un millón de imágenes como un torbellino sin sentido. Delante, María y Gerardo también estaban callados.

—Bueno... hemos dado otro paso —empezó Gerardo.

—Si tú lo dices... —replicó Laura malhumorada.

—Es normal que estés enfadada —siguió María— pero tienes que entender que Diego es un enfermo. Ahora sabemos que, al menos, no está mezclado en las redes de trata de blancas...

—Ya... es sólo un enfermo —siguió Laura— pero un enfermo que bebe, se droga y se acuesta con fulanas.

—Tú sabes que no se trata de Diego, de tu Diego, pero estás dolida... es normal.

—Reconoce que es difícil de tragar —replicó Laura con amargura.

—Claro... pero no pienses en lo que has descubierto hoy —dijo María sin dejar de mirar la carretera—. Intenta recordar a Marcos, a ese niño encerrado en la cabaña... O piensa en Diego, en tu Diego, en ese chico que te quiere...

Laura recordó entonces. Recordó los paseos con Diego, la cena en el restaurante, su compañía en el hospital... Le entraron ganas de llorar... no quería perderlo... tenía que hacer un esfuerzo e intentó serenarse.

—Además —añadió Gerardo— ahora tenemos un dato muy valioso y ese dato eres tú, Laura.

—¿Yo? —se sobresaltó ante la noticia.

—Sí, tú eres la clave de este enigma. Eres la única persona que ha relacionado a Diego con Damián. Hasta ahora su transformación en Damián conllevaba una amnesia de todo. Damián sólo se dedicaba a satisfacer sus instintos sin pensar en nada más. Contigo ha sido diferente. Diego se enamoró de ti tan profundamente que, una vez transformado en Damián, quiso llevarte a

su mundo extraño.

—Ya... al prostíbulo —se lamentó Laura.

—A su retorcida manera no quiso perderte y fue a buscarte, te fue a buscar a través de las brumas de su personalidad escindida... Diego se enamoró de ti, pero Damián también, a su extraña y morbosa manera...

—No sé si sentirme halagada o aterrorizada... —contestó Laura.

—Es extraño, sin duda —concedió Gerardo— pero, aunque no lo parezca, es un camino a la esperanza. Por el amor que te tiene, eres la persona que ha estado más cerca del centro de su personalidad.

“Quizá demasiado cerca”, pensó Laura. Y recordó, de nuevo, su encuentro nocturno en el portal. Pero no dijo nada. Se quedó callada en el asiento. Tenía miedo, mucho miedo de haberse metido en una trampa. La personalidad de Diego era un auténtico laberinto y ahora, le decían, que en ella estaba la clave para encontrar la salida. Pero si ni siquiera sabía cómo era ella misma ¡cómo iba a ayudar a otro a encontrarse! Decidió, entonces, dejar de pensar. No la llevaba a nada. Necesitaba un poco de alegría, de optimismo. Y, como siempre que pensaba en alegría, pensó en Isabel. Para ella todo era mucho más fácil. Si le gustaba un chico, se iba con él. Luego se cansaba, le dejaba y pasaba a otro... la envidió por esa capacidad y quiso ser como ella. ¿Por qué ella era diferente? Quiso ser como Isabel, por un instante. Estaba harta de ser ella misma, la seria de la clase, la responsable... ¿Qué habría hecho Isabel en esta situación? Seguro que se habría largado a las primeras de cambio. Ahora estaría con otro chico y se habría olvidado de Diego... “Imposible...”, pensó. Se imaginó una vida sin Diego y supo que no podría soportarlo. Isabel vivía las cosas de una manera y ella de otra. Eran diferentes y por eso eran amigas. Más tranquila, se incorporó en el asiento y cogió el móvil. “Necesito echarme unas risas”, pensó. Y marcó el número de su amiga.

El bar tenía un agradable color de madera. No era más que una franquicia de una gran cadena de restauración, pero Laura lo conocía perfectamente y se sentía bien allí, la relajaba. Para quedar con Isabel era el local perfecto. Allí se hacían sus confidencias. Por eso habían quedado allí esa tarde. Laura le hizo un resumen en unos minutos.

—...y eso es todo —concluyó Laura.

Isabel se quedó con los ojos abiertos y una aceituna en la boca. A aquellas horas el bar estaba desierto y era ideal para confidencias.

—Vamos a ver, cariño. Me dices que Diego no es Diego. —llegó a responder.

—Sí, también es Damián. Pero todos son Marcos. Ese niño que vivió un shock y que quiere olvidar...

—¿Y ahora se acuerda?

—No del todo. Está en terapia y, poco a poco, va estructurando su psique.

—¿Su psique? ¡¿Pero te has oído hablar?! Pareces la sobrina de Freud...

—Es lo que me ha explicado Gerardo.

—El hermano...

—El psicólogo.

—Ah, sí, el psicólogo.... casado con otra psicóloga...

—Eso es...

—Y tú, en medio. Tan feliz. Con tus cursillos de periodismo de la UNED.

—Así es.

—¡Y lo dices tan pancha! ¿Pero sabes dónde te estás metiendo? Te raptan, te llevan a un prostíbulo ¡y encima vuelves!

—Volvimos para investigar...

—Ya, pues mira Holmes, creo que te estás pasando de la raya. Y eso te lo digo yo que me he pasado por el forro todas las rayas del mundo. Pero, pero... ¡tú estás loca! ¿lo sabe tu madre?

—Ni mu. Soy una mujer adulta. No tengo que dar explicaciones a nadie. Ya me ocupo de ella, soy una buena hija. Pero mi vida es mi vida.

—Ay, hija, que te me han cambiado. Creo que me gustabas más antes, al menos no me dabas tantos sustos...

—Pues es lo que hay... aunque, a veces, tengo miedo.

—Normal. Yo en tu lugar ya habría tenido tres infartos. Al menos espero que no te siga la mafia rusa. Si es así, no te conozco...

—No digas tonterías... estoy preocupada por Diego. Te juro que parece otra persona cuando está transformado. Es como si en su personalidad de Damián fuera otro, como si se liberara de sus tabúes y se dejara ir a sus instintos más salvajes...

—Como el bueno del Doctor Jeckyl y el depravado de Mr. Hyde.

—Pues sí, más o menos. Y eso me cuesta aceptarlo. Yo quiero a Diego, no a ese Damián...

—Pues me parece que si quieres la col te tendrás que comer las hojitas de alrededor...

—...reconoce que no es fácil...

—Yo, la verdad no puedo darte clases. Cuando descubro que un tío fuma tabaco negro le dejo tirado... no es que tenga mucha paciencia yo...

—Pero es que no quiero perder a Diego... no quiero... Es lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Pues tú verás. No hay Doctor Jeckyl sin Mr. Hyde, vamos que no hay médico sin hombre lobo...

—¿Y Marcos?

—¿Qué le pasa a Marcos?

—Pues que es el único verdadero. Ese niño traumatizado ha creado a Diego y a Damián ¿me sigues?

—Lo intento.

—Eso quiere decir que tenemos que recuperar a Marcos, que es el verdadero.

—Pues sí. Parece lógico.

—Y ¿quién es Marcos? Yo me enamoré de Diego, no de Marcos... y creo que Diego no es más que una fantasía de Marcos, una invención...

—Hombre yo lo veo más bien como una parte de Marcos. A lo mejor es como la porción de un quesito. Unes la porción de Diego, la de Damián, la de Marcos y tienes el queso entero...

—Ya... pues eso tampoco me convence. Eso querría decir que una parte de Diego alberga la oscuridad de Damián,

—Y la inocencia de Marcos...

—Quizás... no sé... pero voy a luchar por ello. De eso estoy segura.

—Lo que me imaginaba. Te me han cambiado. ¿Dónde está mi dulce amiga, la tierna Laura de mis amores? Ahora eres más bien la Teniente Ripley

en Alien... por lo visto tú también tienes muchas más caras de las que pensabas... ¿qué opina de eso Diego?

—¿Qué quieres decir?

—Que Diego te conoció dulce y tierna como una princesa de anuncio y ahora pareces Conan el bárbaro...

—Yo lucho por él, nada más. ¿Qué quieres decirme?

—Nada, hija, nada. Sólo digo que no te conoce ni la madre que te parió. Anda, vamos a comernos estos pastelitos... que es mejor comerse unos pastelitos que comerse tanto el coco.

Isabel se lanzó, entonces, sobre un indefenso pastelito de crema ante la mirada de su amiga. Laura no podía comer, no habría podido tragar nada. Su mente la ocupaba sólo una persona: Diego. No estaba para pasteles ni para meriendas... Pensó en llamar a su enamorado, pero dudó. No se sentía con fuerzas... “¡Vamos allá!”, pensó para sobreponerse y se dispuso a marcar el número. En ese mismo momento sonó su teléfono sin dejarla marcar. Era Gerardo. Descolgó:

—¿Gerardo?

Isabel la miraba con los ojos abiertos. Se había quedado a medio tragar ante la llamada y sostenía en el aire un trozo de pastel.

—Sí... dime...—siguió Laura.

La voz del psicólogo al teléfono le pareció apremiante.

Isabel se puso a gesticular delante de ella como una histérica, con una mano sostenía el tenedor con el pastel y con la otra imitaba la forma de una tijera y la abría y cerraba sin parar. “Pues no pienso cortar”, pensó Laura ignorándola. Escuchó lo que Gerardo tenía que decir y concluyó:

—De acuerdo, te esperamos —y colgó.

Isabel, saltó enseguida:

—¿Cómo que “esperamos”? ¿no estarás hablando también de mí?

—Pues sí. He quedado aquí con él, en cinco minutos. Y quiero que tú también estés. Te necesito a mi lado.

—¿Con el psicólogo? ¿Y si a éste le da por raptarnos a las dos? —y miró con extrañeza el trozo de pastelito que le quedaba por terminar— se me ha cortado el apetito...

—No seas tonta, sólo quería hablar. Dice que tiene una noticia muy importante que darme.

—¿Y no puede enviarte un mail?

—No... dice que quiere dármela personalmente...

—Pues ahora sí que estoy tranquila, tranquilísima... voy a por un Valium.

—Deja de hacer la payasa. Estamos en un sitio público, no pasará nada. Gerardo es una persona normal. De hecho, me parece una persona excepcional y María, su mujer, también.

—Lo que tú digas. Yo me quedo para que no pienses que soy una cobardica.

Pero Isabel la miró, entonces, fijamente y con cara de miedo. Su mano se había quedado suspendida con el trozo de pastel y decidió comérselo. Más que comérselo se lo tragó con esfuerzo, parecía un avestruz asustada ante la llegada de un cazador.

El psicólogo llegó a los cinco minutos.

—Hola Laura... Isabel... —dijo sentándose—. Perdonad la urgencia...

—No te preocupes. Lo importante es ayudar a Diego —respondió Laura con decisión.

—Pues de eso se trata... la madre de Diego... nuestra madre... se está muriendo... La pobre está muy enferma...ya no reconoce a nadie, no dice nada... Me han avisado de la residencia.

—Lo siento...

—Gracias. Mi preocupación es sobre todo por Diego. A día de hoy no sabe que su madre biológica está viva. Es uno de los recuerdos que aún no ha desenterrado. Mi intención era ir poco a poco con la terapia, que fuera recuperando su pasado de la manera menos traumática posible. Pero ahora los acontecimientos se precipitan y me encuentro en un dilema: ¿me callo y dejo que mamá se muera sin que Diego la vea por última vez? ¿o me arriesgo a hacer fracasar la terapia y me llevo a Diego conmigo para que puede despedirse de mamá aunque no la reconozca?

—Yo no soy psicóloga —intervino Laura— pero mi corazón me dice que tenemos que arriesgarnos. No podemos negarle a Diego que se despida de su madre, aunque no sepa quién es... tenemos que darle esa oportunidad.

—De acuerdo —respondió Gerardo—. Le diremos que vamos a visitar a una amiga muy querida....

—Como quieras, yo sólo sé que quiero estar a su lado en ese momento. Quiero ayudarlo como pueda.

Su voz sonó segura, pero las dudas volvieron a agujijonearla. ¿Podía confiar en Diego? Temía una reacción extraña por su parte y, más todavía, en un momento tan delicado como ése. ¿Reconocería a su madre? Y, si lo hacía,

¿cómo afectaría eso a sus problemas de identidad? A lo mejor podía volverse agresivo... Sintió un escalofrío de miedo, pero hizo acopio de valor. Ella le quería. Quería estar con él. Y eso se imponía a cualquier riesgo y a todos sus temores.

*No quiero ver esa lengua de metal. No quiero verla.*

*Ese veneno de su boca, esos insultos que me hieren como cuchillos. No quiero oírlos más. Si es necesario me taparé los oídos, me iré lejos, pero no quiero seguir oyendo esos insultos. Esa lengua metálica que sale de su boca me hierde y no quiero volver a verla.*

*No logro entender sus palabras pero esa lengua de acero no podrá herirme si me escapo, si me olvido de ella.*

*Es mejor que piense en otras cosas, en Laura, en su cariño, en su paciencia... No puedo perderla, ahora no, a estas alturas no podría soportarlo. Pero ¿qué derecho tengo con ella? Si le oculto la verdad, si no le hablo de los insultos, de la violencia, de esa lengua de acero que me amenaza con su veneno... si no le digo la verdad ¿cómo puedo esperar que ella me quiera?*

*Ella no sabe que está junto a un desconocido, y yo sé que no puede amarse a un desconocido, a alguien que se cruza contigo en la calle como un extraño y desaparece en la noche...*

*Yo soy ese desconocido. Me asusta decirle lo que pasa por mi cabeza. Esas frases que vomita una lengua de acero dentro de mi mente me alejarían para siempre de ella. Y no podría soportarlo. Pero esto ha de terminarse. He de seguir adelante, todo es preferible a dejar de luchar, a dejar que se vaya de mi vida.*

Cuando Laura vio aparecer a Diego con su paso titubeante y su sonrisa tímida notó que todas sus dudas se disipaban. Le abrazó sonriente y sólo pudo decir:

—Te he echado de menos...

—Y yo...mucho —respondió Diego, besándola.

Detrás, esperaban María y Gerardo. La psicóloga se adelantó para decir:

—Chicos, el coche está listo...

Y todos subieron. El matrimonio ocupó, como siempre, los asientos delanteros y Laura y Diego se sentaron detrás. Siguiendo un impulso súbito Laura se apoyó en el joven y éste la rodeó con el brazo.

—Quiero que sepas que siempre estaré contigo... —dijo ella besándole con tristeza.

Él la miró dulcemente, pero un poco extrañado.

—Te noto triste...—dijo él— ¿qué te pasa? Vamos a visitar a una vieja amiga de nuestra familia... yo ni siquiera la recuerdo... pero tú parece muy afectada.

—No te preocupes, sólo abrázame, no es nada, abrázame.

Diego lo hizo y así permanecieron durante todo el trayecto.

Había pasado una media hora cuando, de repente, tras una curva vieron la verja de entrada. Era la residencia. A medida que se iban acercando Laura apretaba más la mano de Diego como para protegerle frente a lo que iban a encontrarse...

La residencia tenía unas treinta plazas. Un administrativo les informó y un auxiliar les acompañó a una de las habitaciones.

La anciana reposaba en silencio en la cama. Parecía una pequeña figura de porcelana, inmóvil, recogida en sí misma. Gerardo se adelantó al grupo:

—Dejadme verla primero.

El psicólogo se acercó, entonces, a la cama.

—¿Mamá?

La enferma no reaccionó. Estaba inmóvil en el lecho. Su mirada azul estaba fija en un punto inexistente y ni siquiera balbuceaba sus frases sin sentido... sólo respiraba débilmente. Gerardo se dio cuenta de que el final

estaba muy cerca. La cogió de la mano y se la besó.

El pequeño grupo miraba desde la entrada de la habitación. Gerardo le hizo un gesto a Diego para que se acercase.

—Fue una amiga muy querida...—le dijo a su hermano— aunque no lo comprendas, ella te quiso mucho... fuiste muy importante para ella, lo más importante... dile adiós con cariño.

Diego lo miró sin comprender, pero respondió dulcemente:

—Claro... —y se acercó al lecho.

Diego pudo ver, entonces, a la anciana. Ese rostro consumido por la edad era casi una calavera. De repente, su boca le llamó la atención, esos labios finos... se acercó para ver mejor y notó cómo su corazón se aceleraba. Tenía que verle los ojos y se acercó más todavía. Los tenía casi cerrados, pero entre los párpados logró verlos... azules, casi grises... y entonces comprendió.

—¿Mamá? —dijo muy bajo — mamá, ¿eres tú?

La anciana reaccionó de repente. Sus ojos azules se abrieron como un relámpago.

—¿Marcos? ¿Marquitos? —dijo con una voz ronca.

Y, entonces, como animada a por una fuerza increíble, como si fuera un extraño muñeco, se incorporó en el lecho, levantó los brazos delgados y atrapó a Diego. Su fuerza era increíble y Diego no pudo desprenderse ni retroceder. El grupo acudió junto a la cama y entre todos consiguieron que la anciana soltara su presa. Parecía un terrible ataque de epilepsia. Sus ojos estaban abiertos y brillaban como llamas azules. Miraba a Diego con una intensidad inaudita y empezó a gritarle palabras, frases incoherentes:

—¡Yo lo maté! —le gritó desesperada— fui yo... yo maté a tu padre... fui yo ¡fui yo!... mi pequeño... ¡yo maté a tu padre!... soy una asesina... no tengas miedo... yo lo maté... yo...

Silencio.

La anciana dejó de moverse. Había caído agotada por el esfuerzo. Gerardo y María se acercaron al lecho. Laura no lo hizo, sólo miraba a Diego con angustia. Diego había retrocedido unos pasos y permanecía, confuso, de pie.

—¿Diego? —susurró Laura, con temor— ¿estás bien?

—Sí... creo que sí... es mamá... es mi madre... la he reconocido.

—Lo sé, cariño, lo sé... y me alegro.

—Yo también, me alegro mucho pero ¿qué le ha pasado?

—No sé... —respondió Laura.

Diego la abrazó y se sintieron unidos como nunca lo habían estado.

Gerardo reclamó, entonces, a Diego al pie del lecho. María se acercó a Laura:  
—Vamos fuera —le propuso— dejémosles solos con ella.

Las dos mujeres salieron de la habitación y dejaron a los hermanos junto a su madre moribunda.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Diego.

—Esperar —respondió Gerardo— por desgracia sólo nos queda esperar. A pesar de esta última reacción, está muy débil, casi no le quedan fuerzas...

—Pero ¿qué la ha impulsado a reaccionar así? —insistió Diego.

—No lo sé...—respondió el psicólogo—. La he visitado mucho estos últimos meses y apenas balbuceaba frases incoherentes y eso sin mover ni un músculo... no me lo explico...

—Ha sido como una reacción ante mí, a mi presencia...

—Eso parece —confirmó Gerardo— al verte su resistencia se ha derrumbado y ha confesado ese horrible asesinato...

—Como para reconciliarse ante Dios.

—O ante ti, ante su hijo... —concluyó Gerardo.

Se hizo, entonces, el silencio hasta que Diego lo rompió susurrando una frase:

—La lengua de acero ha hablado...

—¿Lengua? ¿de qué lengua hablas? —le preguntó el psicólogo.

—De la lengua de la Verdad....

—¿Estás bien? —le preguntó ansioso Gerardo.

—Sí... no te preocupes. Estoy curado. La lengua de metal ha hablado. Lo sé todo, sé que eres mi hermano. Lo sé todo. Y quiero que tú también sepas lo que pasó cuando mamá y yo nos quedamos solos con papá.

Diego mantenía la cabeza agachada y tapada con las manos y Gerardo se alarmó. No sabía lo que podía estar sucediendo en la mente de Diego. ¿Habría vuelto Damián? A lo mejor su mundo interior se había derrumbado y se había hundido para siempre en el pozo de su enfermedad. No sabía qué hacer. Se acercó un poco a Diego y éste, de repente, levantó la cabeza y le miró: sus ojos estaban arrasados por las lágrimas.

—¿Sabes lo que ha hecho por mí esa mujer? ¿Sabes todo lo que ha soportado?

Y Diego empezó a sollozar. Estuvieron unos minutos en silencio hasta que Diego se repuso un poco y siguió hablando:

—Ahora lo sé todo, sus sacrificios, su dulzura... y la crueldad de papá... Hiciste bien en huir de ese infierno ¿qué podías hacer? Papá fue un monstruo, no un ser humano... Me alegro de que escaparas, has podido tener una vida normal, te has preparado, has estudiado y ahora me estás ayudando mucho. Pero mamá, pobre mamá... toda una vida arrojada a un vertedero, a un horrible agujero negro que la devoró entera...

—Pero te tenía a ti...—se compadeció el psicólogo.

—Ya... un chiquillo asustado que no entendía nada...

—No, sólo un chiquillo, no... eras su hijo... su hijo querido... y eso le dio fuerzas para soportarlo todo...

Las palabras de consuelo de Gerardo parecieron hacer efecto sobre Diego.

—...es que lo que le hizo a mamá fue horrible. Aunque ella se esforzaba para que yo no lo viera, yo oía los golpes, los gritos... y nunca era bastante... mamá no le era suficiente... su horrible sed le pedía más... y empezó a acosarme a mí... notaba sus miradas de fuego, esas manos como cepos... pero no recuerdo nada más...

—No te preocupes, ya lo recordarás todo...

—Ya no es necesario. Sabemos la verdad. Siempre oigo en mis sueños una lengua de metal que quiere herirme con sus palabras. Pero ya no la oigo. Se ha callado para siempre. Mi madre la ha callado. Ahora lo sabemos todo, mamá acabó con el monstruo y lo mandó al infierno. Y nadie puede reprocharle nada por ello.

—Pero tú ¿te encuentras bien? —insistió Gerardo, inquieto.

—Muy bien, ahora muy bien. Estoy triste por mamá, pero estoy contento por estar aquí y por haber podido hablar con ella y que me reconociera. Fue una mujer excepcional. Desde su lecho de enferma ha vuelto para salvarme, para redimirme con la verdad. Me protegió cuando era un niño y ha vuelto a hacerlo ahora, después de tantos años. Gracias a ella me siento liberado, como si me hubiera encontrado a mí mismo, como si fuera, de nuevo, yo.

—Me alegro tanto... —sonrió su hermano.

—...y todo esto, se lo debemos a una mujer desgraciada y solitaria que, sin ayuda de nadie, me cuidó hasta el límite de sus fuerzas... —dijo Diego emocionado.

Diego tomó, entonces, la mano de la moribunda y la besó. Apoyó la cabeza junto a su almohada y se quedó dormido a su lado. Por una vez no soñó nada. No notó el tiempo pasar. Fue como si se sintiese arropado por su madre, acompañado, querido... Como si compartieran, de nuevo, una vida juntos. Como si soñaran el mismo sueño y se encontraran allí, en un mundo de silencio y ternura tras los párpados cerrados... Sin saber cómo compartían un mismo sueño, un mismo lugar; un albergue dulce y recóndito sólo para ellos dos. De súbito, tuvo miedo. Buscó a su madre y no la vio. Se asustó porque fue consciente de la negrura que le rodeaba. Lo rodeaba todo con su manto de soledad...

De repente oyó la voz de su hermano. Le llamaba. Abrió los ojos.

Gerardo estaba ante él, le miraba con una expresión triste; se le acercó y le dijo con suavidad:

—Ha muerto.

En el funeral estaban los dos hermanos junto a María y Laura. La pequeña capilla estaba casi vacía y los salmos del cura resonaban en las paredes blancas. Laura no atendía al sermón, seguía preocupada por Diego y le miraba con disimulo durante la ceremonia. “Parece tranquilo y sereno”, pensó. “Debe ser triste recuperar a tu madre para volverla a perder, esta vez para siempre...” Y admiró aún más por la expresión relajada de su novio. Como si, por fin, hubiese encontrado la paz. Laura se hizo, entonces, la promesa de intentar proteger esa paz como fuese...

Al final de la ceremonia el pequeño grupo se reunió:

—Volvemos a casa —dijo María— ¿queréis quedaros a cenar?

—Claro...—dijeron Laura y Diego a la vez.

La cena fue un poco sombría. El recuerdo de la muerta parecía sobrevolar la estancia y todos comían en silencio. Gerardo fue el primero en hablar:

—Parece que aquí se termina todo...

—Eso es —confirmó María— ¿queréis más sopa de pescado?

La psicóloga sirvió, de nuevo, a los invitados. Nadie retomó la conversación. Diego no había dicho nada desde que volvieron del cementerio y Laura lo miraba a menudo, más concentrada en él que en la sopa que humeaba ante ella. Llegó un momento en que el silencio se le hizo insoportable y tomó a Diego de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí... no sé... Estoy triste por mamá, pero contento de haberla visto. Ahora sé que no volveré a soñar con esa lengua de metal, ni con nada parecido... Pero tengo una sensación extraña... algo no acaba de encajar. Como si una amenaza aún estuviera latente...

—Es normal que estés angustiado —comentó Gerardo— has vivido una experiencia traumática. Yo mismo estoy impactado... la reacción de mamá al verte fue inesperada para todos; incluso los enfermeros estaban sorprendidos, mamá había sido una de las pacientes más tranquilas de la residencia. Nadie podía esperarse una reacción así...

—A eso me refiero, precisamente —añadió Diego—. No me acabo de creer esa reacción, parecía exagerada, impostada... Eso de “¡yo lo maté! ¡yo lo

maté! ¡yo lo maté!”.

—¿Qué quieres decirnos? ¿Crees que tu madre mentía? ¿Te atreves a pensarlo? —dijo Laura un poco enfadada. Le parecía que Diego estaba siendo injusto con su madre. Después de lo que había pasado, lo mínimo que podía hacer era creer sus palabras.

—No, no mentía... o sí... ¡no lo sé! Yo creo que no eran mentiras, se trataba más bien de un aviso... quería protegerme como siempre.

—¿De quién? —replicó Laura aún enfadada.

—De nuestro padre, por supuesto.

—Pero, si lo dejó bien claro, lo mató ella. Ya os ha protegido.

—Eso es lo que me preocupa... parecía querer inculparse, para tranquilizarnos... para que siguiéramos con nuestras vidas y fuéramos felices...

—¿Me estás diciendo que no lo mató?

—A mí no me lo parece —sentenció Diego— ¿tú qué opinas, Gerardo?

—La verdad, visto más fríamente, no me parece que una mujer que ha soportado tanto castigo pueda rebelarse de repente. Puede darse, pero no es lo usual. Suele ser más frecuente una conducta evasiva para huir de la realidad.

—Una conducta como la mentira... —remachó Diego.

—Es posible —aceptó Gerardo.

Laura no daba crédito. “Todo había terminado”, se repetía. Pero ellos no parecían querer aceptarlo. Al final estalló:

—Entonces ¿vuestro padre puede estar vivo?

—Quizás...—respondió Gerardo—. Es una posibilidad. Nadie ha encontrado su cadáver...

Laura sintió, entonces, un escalofrío. Hasta entonces la amenaza del padre de Diego había sido como un espectro de bruma, algo casi irreal; ahora cobraba corporeidad, era un monstruo de carne palpitante y cercana...

—...¿y qué hacemos? ¿qué podemos hacer? —se desesperó Laura.

Diego y Gerardo se miraron. Sin hablar habían llegado a una conclusión. Fue Diego quien habló con voz ronca:

—Quiero ir a la cabaña donde empezó todo.

*He tenido una pesadilla. La peor pesadilla de mi vida.*

*La lengua de metal volvió anoche. Yo la creía silenciada, acallada, muerta, pero volvió anoche para susurrarme una horrible pesadilla al oído.*

*El pozo era infinito como mi caída. En el abismo abría los brazos buscando un asidero y sólo conseguía rozar las paredes húmedas, unas paredes palpitantes como una carne flácida y mojada.*

*“¿A dónde piensas escapar?” me gritaba la lengua de metal en mi caída.*

*Me crecieron alas pero no volé. Nadaba en un pantano al fondo del pozo. Usé las alas como remos para llegar a la orilla. La orilla era la esperanza, lo sabía; algo dentro de mí lo sabía. Y allí vi a la anciana junto al fuego.*

*Ya fuera del agua, dejé mis alas en el fango y me dirigí a la fogata. Era el único punto de luz en la oscuridad del pozo. La anciana mantenía las llamas arrancando pedazos de su propia carne y arrojándolos al fuego. El olor acre de carne quemada lo invadía todo. “Así no tendrás frío”, me dijo la anciana. Y yo reconocí su rostro cadavérico. “¿Mamá?”, la interrogué con mi pico de pájaro.*

*“Súbete a mi brazo”, me indicó con un gesto cansado. Y yo volé y puse mis patas sobre su carne muerta. “Para que puedas volar, doy mi carne a esta hoguera. Con su luz podrás salir de este pozo”.*

*Yo quise darle las gracias, intenté hablar pero de mi pico sólo salió un graznido que fue a morir en la oscuridad.*

*Me di cuenta entonces que estaba sólo en el pozo. El brazo de mi madre era una rama escuálida y la hoguera se había apagado. No había luz en el pozo, sólo negrura. Busqué mi cuerpo en lo negro pero no pude hallarlo, no pude tocarlo. Me creí aire, niebla, vapor del pantano pero una voz se oyó entonces, la voz de la horrible lengua de metal:*

*“¿A dónde piensas escapar? No hay salida porque no hay entrada”.*

*Intenté moverme entonces, pero no había horizontes en el fondo del pozo.*

*La voz volvió:*

*“¿A dónde piensas escapar? No eres aire, no eres niebla, ni vapor del*

*pantano. No eres nada y lo eres todo.*

*¿Es que no lo entiendes? ¡El pozo eres tú! ¡Eres tú!”*

El día del viaje, Diego no dijo nada de su pesadilla. No dijo nada del regreso de la lengua de metal. No quería perder a Laura. Eso nunca. Se acurrucó en el coche junto a su amada y se guardó sus angustias nocturnas. Podría luchar contra ellas, estaba convencido. Delante, María y su hermano repasaban los pormenores del viaje.

—Como sabéis —dijo Gerardo encendiendo el coche— la cabaña está inhabitable, pero ya he reservado habitaciones en un motel cercano. Pasaremos allí la noche y mañana podremos inspeccionar la casa.

—Pero con prudencia —matizó María— no queremos que los del pueblo se nos pongan en contra. Vamos a revolver cosas del pasado que traen malos recuerdos a muchas personas. Es mejor no llamar la atención de los vecinos...

—...ni de vuestro padre —añadió Laura sin poderlo evitar.

—No sabemos si aún vive —dijo María— y, además, es probable que, si está vivo, haya dejado el pueblo hace muchos años. Vete a saber dónde se habrá escondido...

Estas palabras no tranquilizaron a Laura. Se estremeció al imaginarse a aquel hombre gigantesco con manos de acero... Sintió más frío, entonces, y se cogió al brazo de Diego: estaba rígido como el de un cadáver, tenso como una barra de metal. Asustada se apartó. Su novio miraba al frente como un muñeco sin vida.

—¿Diego?

Su voz le hizo reaccionar al instante y la vida volvió a su cuerpo. La miró, entonces, con su dulce mirada.

—Dime, cariño...

—Nada... me habías asustado, estabas quieto, como un muerto.

—...estoy un poco cansado, nada más. Y un poco nervioso, lo reconozco.

La abrazó, entonces, con ternura. Laura se dejó envolver. Allí se habría quedado siempre. El cuerpo de Diego volvía a ser cálido y suave, casi una prolongación del suyo. Y oír su voz era sedante y tranquilizador.

—Prométeme que me querrás siempre —le pidió Diego suplicante.

—Claro, bobo... —respondió ella sonriente.

—Pues es eso lo único que importa —y la besó con ternura en los labios.

El viaje transcurrió con tranquilidad hasta la llegada al pueblo. Llegaron al atardecer. Les esperaban en el motel y las habitaciones estaban preparadas. Gerardo propuso entonces:

—Demos un paseo antes de cenar...

En silencio salieron del motel. Gerardo encabezó la expedición tomando a María de la mano. Detrás, titubeantes, iban Diego y Laura.

—...me parece recordar algo —susurró Diego.

—Si quieres volvemos al motel —propuso Laura preocupada.

—No... no te preocupes. Es mejor seguir adelante, estoy preparado...

—Como quieras.

Y Laura le tomó la mano con firmeza.

Diego recordó la gasolinera. Una pequeña alambrada le llamó la atención y se paró para tocarla. Luego se paró ante un camión de mudanzas; estaba viejo y desvencijado como los restos de un animal prehistórico.

—Son los dominios del viejo Nico —aclaró Gerardo— el viejo de las mudanzas. Un borracho amargado que conoció a nuestro padre. Yo hablé con él pero no me sirvió de nada. Sólo hay odio en su vida, odio y amargura. Vámonos de aquí.

Gerardo no quería un encontronazo con Nico. No quería agresiones ni violencia. Les empujó lejos del local pero su apremio no fue suficiente.

—Vaya... ¡Tenemos visita! —oyó desde el fondo del local.

—Vamos, vámonos... —insistió el psicólogo.

Pero ya era tarde. Como una aparición del pasado, arrastrándose sobre el suelo de cemento, apareció el viejo apoyándose en una tubería a modo de bastón.

—No corráis, coño... ¡no corráis! ¡Eh! A ti te conozco... eres el finolis de la inmobiliaria ¿ya has comprado la barraca?... ¿ésa es tu familia?... qué guapos todos... y tan finos como tú ¿eh?

—Mire... tenemos prisa...—intentó atajar Gerardo.

—Ya, conmigo todo el mundo tiene prisa... ¡pues yo no la tengo, joder! ¿Y tú quién eres?

El viejo se acercó torpemente a Diego y lo empezó a mirar fijamente.

—Tú cara me suena... mucho... pero no sé de dónde...

Diego retrocedió, pero el viejo lo había atrapado con sus manos correosas.

—Ese pelo... esas mejillas... ¡eres igual que él! ¡Eres su hijo! Menudos cabrones estáis hechos... o sea que tú... ni inmobiliaria ni nada... eres el hijo

mayor... ¿qué coño hacéis aquí? ¡Putos gorriones! Le habéis jodido la vida y tenéis los huevos de volver... y ¿dónde está la puta de vuestra madre? ¿Dónde está esa guarra?

Casi no tuvo tiempo de terminar la frase. Diego le lanzó un puñetazo que le tumbó al suelo entre la grasa y el agua. Desde el suelo el viejo empezó a gritar:

—¡Puto cobarde! Cuando te vea tu padre te vas a enterar ¡os vais a enterar todos! Vosotras también —dijo señalando a Laura y a María— él sí que sabía tratar a las mujeres... Ya podéis prepararos, putos finolis, os escapasteis una vez, pero ahora os está esperando, se está riendo de vosotros, se ríe de todo el mundo ¡largo de aquí! ¡mi local es mío! ¡no está en venta! ¡no me lo quitareis!

Dejaron al viejo y se apresuraron al hotel. Estaban nerviosos y muy cansados. En recepción se miraron entre ellos.

—Mala idea...—confesó Gerardo.

—No podías saberlo —le consoló su mujer.

—Ya... bueno, lo mejor es tomarse una ducha, cenar algo y... a la cama. Descansad bien, esto ha sido sólo un preámbulo. Mañana entraremos en la cabaña.

Laura soñó esa noche. Al principio no se dio cuenta de que estaba en un sueño. Todo parecía normal, un día más en su vida cotidiana. Oyó a su madre llamarla desde su habitación y acudió presurosa, como siempre.

—¿Qué quieres, mamá?

—Mira que has tardado... eres una mala hija... he perdido el mando de la tele, no sé dónde está....

Laura buscó el mando entonces. No estaba por ninguna parte, ni en el suelo, ni debajo de la almohada. Lo buscó junto al televisor y se dio cuenta entonces que la televisión tampoco estaba... Su madre le gritó:

—Pero ¿qué miras, hija?... pareces tonta...

—La tele, no está...

—Eso no importa, ayúdame a desatarme...

Laura vio, entonces, las ligaduras que ataban a su madre a la cama.

—¿Quién te ha puesto esto?

Y empezó a desatarlas.

Al principio fue sencillo. Liberó una muñeca y se puso a la otra. Pero cuando pasó a la otra muñeca la ligadura era una cadena.

—¿Dónde está la llave?

—La tiene él —dijo su madre con naturalidad— tiene las llaves de todo. De ti también, hija mía.

Laura intentó caminar y sólo pudo dar dos pasos. Algo la impedía avanzar, alejarse de la cama. Levantó las sábanas del lecho y descubrió una gruesa cadena llena de moho, como un tentáculo que la ataba a la cama de su madre.

—Ah, sí la cadena —aceptó Laura con sumisión.

—No hables tan alto, mala hija. Es un consejo. Él está aquí.

Antes de girarse ya lo sabía. Había notado su presencia en la nuca como un aliento de fuego. “Diego”, pensó y se giró esperanzada.

Pero no era Diego. Era el padre de Diego.

La figura masiva ocupaba el umbral del cuarto. Su rostro no era humano, era como una mezcla de dos animales, un extraño pájaro y un jabalí de colmillos amarillentos. Estaba callado. En lugar de manos tenía dos enormes pinzas de metal, como las patas de un cangrejo. Pero no decía nada, sólo hablaba su madre, para aconsejarla al oído:

—Dale lo que quiere, pequeña. Si quieres ser buena hija, dale lo que quiere...

Laura se despertó, entonces, en la cama. Diego estaba a su lado mirándola asustado.

—¿Estás bien?... no sabía si despertarte, te agitabas en la cama...

—No... ya estoy bien... he tenido una pesadilla... era sólo una pesadilla.

Laura se acurrucó en el pecho de Diego.

—La verdad es que estoy aterrorizada, en el sueño estaba prisionera junto a mi madre. No podíamos escapar y nuestro torturador era tu padre... bueno, era un extraño monstruo, pero yo sabía que era tu padre... teníamos que darle todo, nuestra alma, nuestro cuerpo, para aplacar su ira... yo sabía que nada iba a detenerle, nada de lo que pudiera darle, pero mi madre parecía tan resignada, como un cordero que camina tranquilamente al sacrificio...

Diego escuchaba en silencio el relato de Laura. Entendía perfectamente sus miedos. Él mismo estaba aterrorizado, pero admiraba la sinceridad de Laura. Ella le contaba sus dudas y temores, mientras que él se callaba sus secretos... “No es justo”, pensó. Quería estar cerca de su amada pero, a la vez, había levantado un muro invisible que les separaba. Si ella se le entregaba por completo él debía hacer lo mismo. Decidió arrojarse al vacío:

—¿Laura? Yo también tengo que contarte algo... ¿recuerdas esa horrible lengua de metal que me atormenta?

—Claro... pero ya no lo hace... desde la confesión de tu madre, ya no lo hace.

—No es cierto, ha vuelto, pero no quería asustarte. Ha vuelto con sus frases misteriosas y amenazantes. Ha vuelto y ha sido peor que nunca.

Diego le contó, entonces, su pesadilla del pozo, su caída, la hoguera y su madre...

Laura se quedó triste al escuchar la historia, pero agradeció la sinceridad de su novio; era como si un muro que les separaba hubiera desaparecido.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —le reprochó Laura sin poderlo evitar.

—Porque no quiero perderte. Esa lengua de metal me ha acompañado durante toda mi vida, desde la infancia. Desde que puedo recordar, siempre la he oído dentro de mí diciéndome frases, palabras sin sentido, hiriéndome con su punta de hierro, amenazándome con algo que ni siquiera conozco... Por esa voz terrible sé que no soy como los demás, sé que conservo algo en mi interior que me hace raro, diferente, y eso me da miedo.

—Pero eso no tiene porqué ser malo. Todos somos diferentes, con nuestras rarezas y manías...

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¡Tengo miedo de ser como mi padre! ¿Cómo sabes que me conoces? ¿Cómo sabes quién soy si ni yo mismo lo sé?

—Cariño... —le dijo Laura con ternura— claro que te conozco... no me importa cómo te llames... eso es externo. Te conozco y te amo y si no te conociera te miraría a los ojos y te diría “te amo, querido extraño, porque eres una buena persona...”

Diego se emocionó ante estas últimas palabras. Laura le acarició el cabello y permanecieron en silencio en la cama. Eran dos náufragos en su pequeña isla. Pasaron minutos, horas... no habrían podido decirlo, pero un brillo les llamó la atención de repente. A través de las persianas se filtraba la luz del amanecer. La tregua había terminado. Les esperaba una cabaña mugrienta en una colina.

Tenían una cita en el infierno.

Salieron al amanecer. A esas horas todo era silencio. Pasaron junto al garaje de Nico y la persiana metálica estaba bajada. Nadie caminaba por las aceras. Gerardo condujo el coche hasta la colina y Diego pudo ver la cabaña después de tantos años. Ahora estaba acompañado por amigos, por personas que le querían y se sentía fuerte...

—... parece que no hay nadie por los alrededores...—dijo María.

Y todos sabían que pensaba en el monstruo, en el maltratador de manos de acero...

Entraron en el bosquecillo. El abandono lo habitaba todo. Atravesaron la pineda y pasaron por el claro donde Gerardo había encendido una hoguera para quemar sus cartas. No quedaban restos de nada. Diego pisó por encima y no hizo ningún comentario. Al llegar a la cabaña sólo dijo:

—... lo recordaba mucho más grande... para mí este bosquecillo era una auténtica selva y la cabaña un caserón de madera grande y amenazante...

—Lo mismo pensé yo al volver... —le confirmó Gerardo.

Entonces entraron. La casa estaba aún más vacía que la última vez que la vio el psicólogo. Casi no quedaban muebles. Unas pintadas en las paredes explicaban el misterio: ocupas.

—Me parece que la casa ha tenido inquilinos —comentó Gerardo—. Cuando yo vine aún quedaban muebles y no estaban esas pintadas....

Todo tipo de papeles húmedos tapaban el suelo, revistas, libros... se notaban unas manchas oscuras en la pared...

—Parece que han encendido una hoguera... —dedujo María.

Laura no estaba muy atenta a las explicaciones de sus amigos, sólo estaba pendiente de Diego, de sus reacciones; deseaba que lo recordara todo, pero, a la vez, sin saber por qué, tenía miedo. Sin embargo, su novio miraba los restos desperdigados con tranquilidad y un poco de aburrimiento... “No parece reconocer nada”, pensó. Ya más tranquila se dedicó a leer las pintadas en las paredes:

“Amo a Rosa” dentro de un corazón perfilado torpemente.

“La Loli está buena” firmado con el dibujo de un pene erecto.

Un número de teléfono y la frase “Si quieres saber más, llama.”

Laura sonrió con las inscripciones. “Si las encuentra un extraterrestre se

imaginará que somos una panda de salidos”, pensó. Y siguió leyendo:

“La jodienda no tiene enmienda” firmado: Cervantes.

“El Juli ama a Pili” y su complemento “Pili ama a El Juli”

“La casa del infierno está abierta”

Se paró y volvió a leer:

“La casa del infierno está abierta”

La sonrisa se le heló en la cara.

La inscripción estaba borrosa pero se leía sin problemas. Por reflejo miró atrás: Diego no la había visto. La intentó borrar con disimulo y consiguió desconchar la pared.

—¿Qué haces? —le preguntó María.

—Nada, comprobar... las paredes se caen a cachos.

—Ya... ven, Gerardo ha descubierto algo.

Y Laura siguió a la psicóloga. La frase había desaparecido del muro, pero ahora estaba grabada a fuego en su mente: “La casa del infierno está abierta”, “La casa del infierno está abierta”, “La casa del infierno está abierta”... Intentó olvidarse de ella cuando vio que el grupo estaba reunido en el salón. Gerardo señalaba el suelo con aspecto serio:

—Espiritismo —pronunció con seriedad.

En el suelo se veían con claridad las cinco puntas de un pentágulo.

—Supersticiones —añadió María con desprecio.

Laura asintió para no alterar a Diego, pero la frase seguía resonando en su cabeza, como un aviso o una amenaza: “La casa del infierno está abierta”.

—Son fanáticos o morbosos que se reúnen para convocar a los espíritus —comentó Gerardo— buscan sitios que tienen “ondas” especiales para contactar con el más allá...

—Casas malditas, cementerios, etc... —añadió María con despreocupación.

—Pues aquí tienen malas vibraciones de sobra —concluyó Diego, sombrío.

El grupo se quedó en silencio entonces. Todos sabían lo que había pasado allí, no era necesario añadir nada. En el salón no había nada más que ver. Gerardo pasó, entonces, a las habitaciones. Su intención era ir mostrándole a su hermano los dormitorios para despertar sus recuerdos. La habitación del matrimonio no le hizo reaccionar, tampoco la de ellos. De las camas sólo quedaban los armazones metálicos como dos esqueletos oscuros. Gerardo confirmó, decepcionado, la indiferencia de Diego.

—Estas eran nuestras camas —no pudo evitar de aclarar.

—Ah... —susurró Diego. Y salieron de los dormitorios.

Laura y María les esperaban en el salón. Ante la sorpresa de todos, Diego dijo:

—Bueno... ya está todo visto. Vamos fuera.

Diego salió el primero seguido por los demás que le miraban extrañados.

Ya en el coche nadie dijo nada. El viaje de vuelta era largo y el ambiente estaba cargado de desilusión.

—Va a llover... —dijo Laura por romper el hielo.

—Eso parece... —la apoyó María.

Y esas fueron las únicas palabras del viaje de vuelta. En efecto, unas nubes amenazantes se deslizaban por el cielo como un ejército de sombras. Pero las nubes eran el último de sus problemas. Todos pensaban lo mismo: “habían fallado”, la visita había sido inútil. Diego seguía sin recordar.

Ya en el hotel las parejas entraron con paso cansino en sus habitaciones. María y Gerardo les dirigieron un “buenas noches” que reflejó todo su cansancio y su decepción. Laura les respondió, pero Diego no dijo nada: sólo entró silencioso en el cuarto. “También debe estar cansado”, se dijo Laura. Y ya junto a la cama, se acercó para darle ánimos:

—No te preocupes... todo se arreglará...

Diego se giró, entonces, y la miró con una media sonrisa:

—¿Te parece preocupado? ¡Pero si nunca he sido más feliz! —susurró cogiéndola con sus manos de hierro— Anda, ven ¡aprovechemos esta cama!  
—Intentó tumbarla y, cuando ella se resistió, la zarandó.

—Pero ¿qué haces? —gritó Laura.

—¿Qué te pasa, princesa? ¿necesitas un mapa?

Laura consiguió zafarse de sus garras y pudo retroceder. Entonces lo comprendió todo: aquella figura un poco contrahecha, de ojos brillantes y risa burlona no era su Diego.

—¿Damián? —logró balbucear ante la sombra amenazante.

—Pues sí, tu sapito está de vuelta. Si te acercas a mi charca, te enseño a revolcarte en el barro.

Laura se dio cuenta enseguida de lo desesperado de su situación: estaba encerrada con Damián. Como en un loco tiovivo, su mente empezó a buscar una solución. Nunca podría apartar a Damián de la puerta de salida, era imposible. Tenía que engañarle de alguna manera.

—Mira que eres previsible —se burló Laura con un temblor involuntario en la voz— ¿Qué es lo que quieres? ¿Sexo?

—A mí me parece un plan genial.

—Pues a mí me parece aburrido —siguió Laura con voz más firme— tú y yo en esa cama retozando como un matrimonio en su luna de miel...

—Pues tú dirás que me ofreces, princesa...

—Tenemos a María y a Gerardo en la habitación de al lado... a lo mejor les gustaría apuntarse a la juerga...

Damián se quedó un poco sorprendido por la inaudita propuesta. Laura decidió aprovechar ese momento de dudas y se dirigió a la puerta para salir.

—Pero ¿qué haces? —gritó Damián.

—Invitarles para que se unan ¿qué te pasa? ¿tienes miedo de las nuevas experiencias?

—Para nada, la verdad es que sólo pensar en tirarme a la mujer de mi hermano me pone a cien...

A Damián se le dibujó una mueca viciosa en la cara, se ocultó entre las sombras y no avanzó. Laura abrió y salió al pasillo.

Al dirigirse a la habitación de los psicólogos notó cómo le temblaban las piernas. Llamó a la puerta y esperó. María la abrió con cara extrañada.

—Damián nos espera en mi cuarto... —logró decir Laura.

María lo comprendió todo al instante y llamó a Gerardo.

—Encerraros aquí. Voy a hablar con mi hermano. Intentaré controlarle de alguna manera.

Gerardo salió y las mujeres le vieron dirigirse a la habitación de enfrente. Luego cerraron con llave.



En la oscuridad de la habitación, Gerardo no vio a Damián enseguida, sólo oyó su voz:

—¿Dónde has dejado a las chicas, hermanito?

Entonces pudo verle: se movía nervioso entre las sombras como una fiera en su jaula. Parecía que iba a saltar en cualquier momento.

—Olvídate de las chicas... nos merecemos algo mejor...

—Sí, esas dos son unas finolis... yo quiero mujeres de verdad.

—Pues vamos a buscarlas.

Y Gerardo condujo a su hermano fuera de la habitación.

—Conozco un local en el pueblo que tiene las mejores cervezas... — añadió.

—Pero ¿hay mujeres? ¿de las que sirven para algo?

—Claro... también hay mujeres... de ésas que dices —replicó Gerardo inseguro. La verdad es que no sabía nada de nada. Irían al bar del pueblo, a beber... Lo único que quería era alejar a su hermano de María y de Laura. Con estos pensamientos condujo a su hermano al ascensor y el pasillo se quedó desierto.

Las dos mujeres habían seguido la conversación tras la puerta de su cuarto. Al oír el ascensor suspiraron con alivio.

—Se han ido —confirmó María para calmar a Laura. Y las dos se dejaron caer en sendas butacas.

—No sé si voy a soportar esto mucho más tiempo —se lamentó Laura.

—No hay que perder la esperanza... —dijo María con voz dulce.

—Es que le tengo miedo ¿no te das cuenta? Cuando me mira con esos ojos de lobo y sonrío con desprecio... le creo capaz de cualquier cosa. Es como si se transformara en un monstruo y, la verdad, no sé si se puede amar a un monstruo...

—Pero no es un monstruo, es Diego.

—Ya... pero se acuesta con prostitutas, se aprovecha de mujeres que son víctimas de proxenetas y mafiosos...

—Es que no puedes juzgar a Diego como a alguien normal... es un enfermo...

—Ya... ¡y los psicópatas también son enfermos! Habría que preguntar quizás a sus víctimas... ¡a ver qué opinan ellas! —Y Laura se puso a llorar

tapándose la cara.

María se acercó para abrazarla y eso la calmó un poco.

—Perdona... es que tengo los nervios destrozados —le dijo a la psicóloga — y tengo mucho miedo. No sé cómo va acabar todo esto.

Las dos mujeres se quedaron en silencio.

Sin mirarse, se zambulleron en sus miedos más profundos. Era como si la figura de Damián las hubiera devuelto a una infancia indefensa; eran dos niñas en una habitación desconocida, sumergidas en una noche eterna como una pesadilla. Lentamente, desfilaron las horas hasta que Laura, de repente, rompió el fúnebre silencio:

—...ahora Gerardo y Diego estarán por ahí, quién sabe en qué antros, si Diego se pone agresivo...

—No te preocupes... Gerardo tiene muchos recursos —añadió María para tranquilizar a Laura.

—Pero... ¿y yo? ¿Y qué pasa conmigo cuando esté a solas con él? Yo no tengo esos recursos. Si Damián vuelve de nuevo y no puedo escaparme ¿qué haré entonces?

—No pienses en eso. Acabaremos por encontrar una solución.

—Es que tengo miedo hasta de pasar la noche con él.

—Es comprensible. Pase lo que pase esta noche te quedas a dormir aquí con nosotros en el sofá.

María se quedó en silencio. Ella también estaba aterrorizada. Ver a Damián en el pasillo también la había afectado. Era otra persona, un individuo más brutal y desagradable. En ese momento tomó consciencia de que ella misma también estaba en peligro. Cualquiera mujer estaría en peligro a su lado. ¿Y Gerardo? Ya era muy tarde y los hermanos no volvían... a lo mejor habían discutido... se imaginó, entonces, una pelea brutal entre los hermanos... un golpe terrible en la cabeza de Gerardo... su esposo desangrándose en un callejón... y Diego volviendo a casa enfurecido con la máscara de Damián deformándole los rasgos de manera diabólica.

En ese momento se oyeron las puertas del ascensor. Alguien llegaba.

Las dos mujeres se acercaron a la puerta de la habitación para oír algo. Sólo les llegó el sonido de unos pasos rozando la moqueta del pasillo. Ninguna voz. Las pisadas se detuvieron y unas llaves tintinearón en una puerta cercana. La puerta se cerró con un leve crujido y nada más.

Laura y María se miraron un poco sorprendidas: se esperaban una escena violenta, un forcejeo, gritos... y ahora sólo había el silencio.

Unos minutos después la puerta de enfrente volvió a crujir. Unos pasos se fueron acercando a la habitación de las dos mujeres. El ruido de unas llaves hurgando en la cerradura las asustó. La puerta se abrió a continuación y Gerardo apareció en el umbral.

—Soy yo... —dijo suavemente— Diego se ha quedado dormido en el otro cuarto.

—¿Diego o Damián? —preguntó María con frialdad.

—Damián... todavía es Damián... pero está tan borracho que no es un peligro para nadie.

—¡Os habéis emborrachado! —se quejó Laura.

—No, le he emborrachado. Le llevé al bar del pueblo. Fue una decisión arriesgada, pero tenía que hacer algo... y rápido. Los demás clientes nos miraron extrañados, pero no hice caso. Al principio, Diego... bueno, Damián... siguió insistiendo en lo de las mujeres... le prometí que ése sería nuestro fin de fiesta y pasé a pedir unas copas. Diego nunca ha aguantado el alcohol... por lo visto Damián tampoco. En eso hemos tenido suerte. Cuando le vi inofensivo me lo traje de vuelta al motel. Ahora duerme como un bendito.

—Veremos cómo despierta mañana —añadió María.

—Con resaca seguro —concluyó Gerardo— pero tengo la esperanza que mañana por la mañana amanezca como Diego. Han sido unos días de muchas pruebas para mi hermano. La muerte de mamá, la disputa con Nico, la visita a la cabaña... Tenía que haberme esperado esta vuelta de Damián... he sido un inconsciente. Y, lo peor, es que os he puesto en peligro a las dos.

Gerardo se quedó en silencio. Su rostro reflejaba ahora toda la tensión: tenía la tez muy pálida, casi transparente y unas grandes ojeras enmarcaban sus ojos cansados. Laura no pudo evitar consolarle:

—No seas tan duro contigo mismo, eres nuestro ángel guardián.

María besó a su marido y le hizo sentarse en un sofá. Luego se sentó a su lado y le tomó la mano:

—Es verdad, eres nuestro protector y también el de Diego. A él le proteges de sí mismo.

—Pues por ahora no estoy teniendo mucho éxito. No vamos a andarnos con rodeos. No está funcionando —se lamentó Gerardo— el tratamiento no está funcionando.

—Pero hemos estado en la cabaña, lo ha mirado todo —replicó Laura— y no ha habido ningún problema.

—Precisamente. No ha habido nada de nada. No ha recordado nada. Lo único que hemos provocado es que Damián regrese de las sombras. Creo que se trata de algún tipo de bloqueo. No quiere recordar. Lo que tenemos que hacer es facilitar que aparezcan los recuerdos...

—Pero ¿qué podemos hacer? Ya no quedan sitios a los que llevarle —se lamentó Laura.

Gerardo miró entonces a su mujer que asintió en silencio.

—Como María sabe, nos queda otra posibilidad, otro tratamiento.

—Pero ¿qué le vais a hacer a Diego?

—Tenemos que llegar al fondo de todo —respondió Gerardo— mañana vamos a hipnotizarle.

La tormenta se acercó sigilosa sobre el pueblo. Los nubarrones oscuros taparon la luz y se hizo el silencio. Sin previo aviso empezó a llover. La cortina de goterones dejó oír su susurro sobre las calles desiertas. María se dio cuenta y cerró las ventanas. En penumbras se prepararon para la sesión de hipnosis. Diego se había levantado con dolor de cabeza, pero aparentemente estaba tranquilo, Damián se había disipado como una pesadilla nocturna.

—María, por favor, corre las cortinas —dijo Gerardo. Acompañó a su hermano a un sillón y le hizo sentarse. Laura contemplaba todas las maniobras en silencio, pero el psicólogo notó su mirada escéptica y la llevó a otra habitación para hablar con ella.

—Me parece que no crees en la hipnosis...

—Ni creo ni dejo de creer —respondió Laura intentando ser amable.

—Mira, Marcos ha presenciado cosas terribles para un niño tan pequeño —siguió Gerardo en voz baja—. La brutalidad de nuestro padre, la pasividad de mamá, mi huida...

—Pero tú no podías hacer nada...

—Quizás... pero el caso es que Marcos, siendo muy pequeño, ha vivido situaciones horribles y se ha guardado todo eso en su interior. Es como si, en cierta manera, hubiera heredado todos nuestros pecados y todavía estuviera cargando con ellos. Conserva, oculto, todo ese veneno en su interior y hemos de conseguir que lo expulse fuera. Ese pasado es un peso terrible para cualquiera y yo no pararé hasta liberarle de esa carga. Si no, heredará nuestros pecados para siempre. La hipnosis es una técnica más que aún no habíamos empleado en su terapia. Es como una forma de comunicación. Voy a intentar provocarle vivencias mediante la palabra. La clave es conseguir que baje sus mecanismos de defensa y poder comunicarnos con su mundo interior.

—O sea ayudarle a recordar.

—Eso es. Tenemos que recuperar a Marcos en el interior de Diego y, para eso, hay que ayudarle a recordar. Diego experimenta lo que llamamos amnesia disociativa y nosotros tenemos que conseguir que recuerde lo que le sucedió pero ayudándole, fortaleciendo sus mecanismos personales de defensa para que sea capaz de aceptar su pasado... ¿Estás con nosotros?

—Claro, lo que sea para ayudar a Diego. Pero ¿crees que funcionará?

—No estoy seguro, nadie puede saberlo antes de intentarlo. Pero Diego es una persona sensible e imaginativa; la creación de sus múltiples identidades es una prueba de ello. Ante un shock su solución ha sido escindirse, crearse nuevas identidades, es probable que sea sugestionable y fácil de hipnotizar...

—Pues adelante, vamos allá.

Gerardo y Laura volvieron con María y Diego. La psicóloga había colocado confortablemente al paciente en una butaca. Casi no se oían las trombas de lluvia del exterior. En la habitación sólo brillaba una bombilla en el techo y las sombras deformaban los muebles. María tomó a Laura de la mano y se sentaron en un sofá. Gerardo se acercó a su hermano y se sentó en una silla junto a él.

—¿Estás listo? —le preguntó.

—Cuando quieras...

Gerardo le indicó, entonces, el dedo índice de su mano:

—¿Ves mi dedo? Fíjate en él. Sólo en él. Sigue mirándolo... relaja los párpados... Poco a poco cierra los ojos, relaja los ojos... relaja todo el cuerpo... relaja las manos... las piernas...

Diego empezó a obedecer a las sugerencias de su hermano. Permanecía en su sofá con los ojos cerrados. En aquel ambiente en penumbra, ante la actitud firme y segura de Gerardo, Laura empezó a perder su escepticismo...

—...las piernas te pesan —siguió Gerardo— te pesan como si fueran de piedra... ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo... Diego...

—Diego ¿sabes quién soy?

—Gerardo... mi hermano...

—¿Te acuerdas de mamá?

—Ha muerto.

—Sí... pero quiero que la recuerdes cuando vivía... ¿te acuerdas?

—Sí... yo era pequeño.

—Sí, ahora eres pequeño...tienes cinco años... mamá no está muerta... estáis en la cabaña... ¿ves la cabaña?

—Sí... hay un armario, pero no sirve... no cierra bien...

—¿Y por qué te encierras en el armario?

—Tengo miedo...

—¿De qué?

—Del monstruo...

—¿Cómo es ese monstruo?

—Es... grande... con tenazas de acero...

—¿Os grita?

—Sí... nos insulta... a mamá y a mí... y no puedo hacer nada... Yo era sólo un niño... pero mamá mató al dragón...

—¿Cómo lo hizo?

—No lo recuerdo... pero ella me salvó...

—Diego... te pido que recuerdes ese momento... ¿cómo os salvó mamá?

—No lo recuerdo... ¡no puedo recordarlo! ...pero el monstruo no está... me lo dice la lengua de acero...

—...la lengua de acero... ¿qué es la lengua de acero?

—Es la Verdad, nunca miente... me susurra al oído la verdad... aunque no quiera oírla...

—¿Recuerdas la última vez que viste al monstruo?

Diego calló, entonces. Pareció buscar en su interior como en el fondo de un pozo muy oscuro. Habló para decir con una voz helada:

—... yo no podía evitar la entrada del monstruo... era sólo un niño... pero esa tarde fue peor... Corrí a esconderme como mamá me había enseñado. Pero no fue suficiente...

—Quiero que recuerdes esa tarde, Diego... la tarde en que murió el monstruo...

—Sólo recuerdo que hui al armario cuando el monstruo llegó. Pero la puerta estaba rota y lo vi todo.

—¿Era el monstruo de las tenazas de acero?

—Sí...

—¿Estás seguro? ¿Eran tenazas? ¿No eran manos?

—Sí... eran manos...

—¿Se parecía a alguien el monstruo?

—Era como papá... era papá... ahora le veo... era papá... había arrojado su caja de herramientas junto a la entrada. Recuerdo que brillaban como extraños artefactos...

—¿Y mamá? ¿Qué hacía?

—Intentó huir, pero papá la atrapó. Gritaba “¡ábrete! ¡ábrete, coño!”. Y, entonces, vi a mamá bajo el cuerpo de papá... parecía una muñeca desarticulada. No se movía, y papá se balanceaba sobre ella de manera seca y brusca... como un péndulo... Mamá intentó resistir, pero fue en vano. La violó durante minutos, durante eternos minutos y yo lo vi todo escondido en mi refugio. Vi los ojos de mamá, sus ojos azules. Estaban abiertos en la sombra. No me miraban, no miraban nada. Eran ojos vacíos, de vidrio, de muñeca desarticulada y yacente. Con la puerta ya abierta, me quedé en el umbral del armario. Sabía que el monstruo había devorado a mamá. Siempre devoraba algo de ella. Lo hacía cada tarde, como un ritual sombrío. Y sabía que luego vendría a pegarme. Noté un calor húmedo en mis pantalones. ...

—¿Y qué hiciste? ¿conseguiste escapar?

—No fue necesario... mamá lo mató.

—¿Estás seguro de ello? ¿Estabas delante cuando lo hizo?

—Sí... no... no me acuerdo... pero sé que lo hizo para salvarme... esa es la verdad. Me lo dice la lengua de acero.

—Intenta recordar... ¿viste cómo mamá mató a papá?

—No puedo recordarlo... sólo sé que lo hizo... la verdad es la lengua de acero...

—Quiero que me hables más de esa lengua de acero...

—Es la verdad... me dice la verdad, aunque no quiera oírla...

—¿Y te habla ahora? ¿Te dice algo?

—No... no funciona así... sólo sé que la verdad es la lengua de acero...

—¿Estaba la lengua de acero esa noche? ¿La noche del asesinato?

—Sí... apareció allí... allí la vi por primera vez... luego se quedó conmigo para siempre...

—¿Cómo es? ¿puedes describirla?

—No sé...sí, es metálica... puntiaguda... y roja también... está manchada de rojo...

—¿Y dice algo?

—No... está callada... pero dice la verdad, la verdad de todo...

—Diego, quiero que intentes ver esa lengua... ¿de quién es esa lengua? ¿Es la lengua de mamá? ¿Es mamá que te dice la verdad de lo que sucedió?

—No... es la lengua del monstruo, es su lengua...

—¿La de papá?

—Sí... la de papá...

—¿Te hacía algo con su lengua? Intenta recordar... ¿era una lengua lo que viste?

—Sí... salía de su boca, reluciente y roja. Pero no decía nada ¡nada!

Gerardo paró, entonces. A Laura le pareció perplejo. Como si se encontrara en un callejón sin salida. En unos segundos se rehízo y volvió a preguntar a Diego:

—Diego... ¿qué pasó tras la violación de mamá? ¿lo recuerdas?

—Mamá estaba inconsciente en el suelo y mató a papá...

—Eso no tiene sentido... si estaba inconsciente, no pudo hacer nada... ¿qué hizo papá? ¿Te atacó?

—No... se quedó mirando a mamá... estaba sobre ella... yo sabía que me iba a atacar... ¡lo sabía!... ya lo había intentado alguna vez, pero siempre estaba demasiado borracho... Y salí del refugio... me había orinado encima y noté la humedad del pantalón al caminar... me temblaban las piernas, pero me acerqué al salón y papá no me oyó... Entonces pensé en escapar, en salir corriendo al jardín para esconderme en la cueva. Era el momento... me acerqué por detrás y me di cuenta entonces de lo grande que era... de su inmensa espalda... de sus manos de hierro... asustado, miré alrededor... papá se estaba rehaciendo... y yo estaba indefenso... necesitaba una espada, pero no podía coger ninguna rama del jardín... le cogí, entonces, un destornillador largo y brillante de su caja de herramientas... fue en ese momento que papá se giró de golpe y me vio de pie tras él...

“¡Acércate! ¡Ahora te toca a ti!”, me dijo salivando entre dientes.

Yo retrocedí y busqué la puerta con la mirada. Papá se dio cuenta, pero fui más rápido y crucé el salón antes de que reaccionara. Logré salir al bosquecillo y corrí hacia la cueva de hiedra con el destornillador en la mano. Tenía que ser rápido. Aparté con pánico las hiedras, pero se enredaron en mis brazos como telarañas y no conseguí librarme de ellas. Papá me vio, entonces, desde la puerta de la cabaña:

—¿Qué coño haces ahí detrás?

Se acercó tambaleándose y su cercanía me dio fuerzas para romper la hiedra y esconderme en la oscuridad de la gruta.

Ya en el interior trepé a una de las paredes y me escondí en uno de los salientes de piedra. Desde allí, con la luz que se filtraba a través de la hiedra, vi a papá acercarse a la entrada y apartar la cortina vegetal que ocultaba la cueva. Pasó debajo de mí. Oí su respiración. Me llamaba con una voz falsa, impostada, para hacerme salir de mi escondrijo. Pensé, entonces, en escapar. Pero no era posible. Me atraparía en la pinada con sólo dos zancadas. Algo me calmó en ese momento. Yo tenía mi espada. Vi la nuca de papá y comprendí que ésa era mi oportunidad. Estaba a un metro debajo de mí. Empuñé mi arma con las dos manos y me arrojé al vacío sobre su espalda. El destornillador entró por la nuca de papá y salió por delante... apareció por delante como una lengua de metal... como una lengua de metal y de sangre... Papá se quedó como sorprendido al ver ese apéndice surgirle desde atrás... Movié un poco los dedos de sus manazas, pareció asentir con la cabeza, su papada se apoyó en su pecho... y se derrumbó sobre el suelo musgoso de la gruta...

Laura escuchaba la historia de Diego boquiabierta. Parecía que llegaban al final. Esa lengua de metal... era el destornillador... “Pobre niño”, pensó. Lo había borrado todo de su mente... o, al menos, lo había intentado... y todas esas personalidades para borrar el pasado... Laura sintió lástima por su novio... por tanto sufrimiento... pero ella se sintió fuerte, entonces, más fuerte que nunca para ayudar a Diego a salir de ese túnel. Con esa convicción escuchó, de nuevo. Gerardo hablaba:

—¿Qué pasó, entonces? ¿qué hiciste?

—Huí de la cueva. La cortina de hiedra cayó sobre el agujero negro como el telón de una obra extraña y macabra.

Mamá tardó unos minutos en recobrar el conocimiento y le conté lo sucedido. Me abrazó, me besó, me tranquilizó y me hizo sentarme en una silla. Me miró, entonces, con ternura y luego su rostro se volvió serio. Había

tomado una decisión.

—No le digas nada a nadie —me dijo—. Ya ha pasado todo... Papá no volverá... contaremos que se ha ido... nos ha abandonado... Si te preguntan, no digas lo que ha pasado... será nuestro secreto... diles que se ha ido, que nos ha dejado... pero tú y yo sabemos que no volverá...



—Ya no hay monstruo... —confirmó Gerardo.

—No —respondió con voz hueca Diego.

—Tú acabaste con él... y fuiste muy valiente...

—Sí... fui valiente...

—Y tu espada fue esa lengua de metal... la lengua de metal os salvó a ti y a tu madre...

—Sí... nos salvó.

—¿Cómo te llamas?

—Diego... no... Marcos... me llamo Marcos...

—Te llamas Marcos, y tus párpados te pesan... estás cansado... cuando despiertes lo recordarás todo... tu valentía... tu espada... tu nombre... Marcos.

Gerardo se apartó, entonces, de su hermano. Éste se despertó a una orden del psicólogo y miró alrededor un poco desorientado.

—¿Cómo te encuentras? — le preguntó Gerardo.

—Un poco raro... pero mejor, mucho mejor... me siento... liberado...

Laura había observado el desenlace desde un rincón y estaba contenta pero también aterrorizada. ¿Cómo iba a reaccionar su novio? ¿Cómo tenía que reaccionar ella? Nerviosa, se levantó para acercarse y dejó hablar a su corazón:

—¿Marcos? ¿Eres Marcos? ¿Me reconoces? ¿Sabes quién soy?

Su novio la miró con una mirada dulce y profunda para responderle:

—Eres Laura, mi único amor. La razón de que haya recorrido todo este camino...

Laura tuvo, entonces, ganas de llorar y se abrazó a Marcos. No lo había perdido, seguía queriéndola, lo demás no importaba para ella. Marcos la miró, de nuevo, esta vez con seriedad:

—Tenemos mucho de qué hablar, hemos recorrido un largo camino, pero

aún no hemos llegado al final.

—...pero ya estás curado... —se lamentó Laura con un quejido.

—Sí, pero queda un cabo suelto. Un cabo que viene del pasado y que hay que desenmarañar. Tenemos una última cita en la mina... una cita con un cadáver.

Con la madrugada la lluvia cesó. Los caminos que llevaban a la cabaña estaban embarrados y los charcos reflejaban un cielo que se había vuelto claro. El grupo entró, de nuevo, en el bosquecillo. Marcos se dirigió con decisión a la entrada de la gruta.

La vegetación había tapado por completo la entrada de la cueva y no sólo con la hiedra. En todo este tiempo, las plantas se habían encaramado hasta formar un tapiz espeso y resistente. Además, delante de la cortina de hiedra, había crecido un rosal cuyas espinas oscuras habrían hecho desistir a cualquier curioso. Marcos y Gerardo empezaron a separar las plantas hasta lograr abrir un hueco. Marcos dijo entonces:

—Dejadme entrar el primero.

No vio nada el entrar. Sólo negro. Poco a poco sus ojos se habituaron a la oscuridad, pero no era suficiente. Encendió, entonces, su linterna. En un rincón se acumulaba una pila de madera y el olor a humedad le llegó como una ráfaga fría. Todo era oscuro en aquel lugar, como sombras dentro de sombras... De repente vio un objeto, un bulto tumbado en el suelo. Volvió a la entrada para decir:

—Entrad... lo he encontrado.

El grupo entró y Gerardo también encendió su linterna. Bajo los haces de luz el bulto parecía un animal deforme o un objeto extraño. Gerardo también se acercó y contemplaron los restos.

Había sido un hombre enorme. Sólo quedaba el esqueleto pero su envergadura era impresionante. Debió medir dos metros y la anchura de sus hombros era casi inhumana, como si en lugar de un hombre se hallaran ante los huesos de un gran simio. A pesar del tamaño no encontraron nada anormal en el cuerpo excepto el destornillador. Había permanecido clavado en la nuca, atravesaba la calavera y la punta sobresalía por delante como una extraña lengua. Gerardo se adelantó, entonces:

—Creo que este sí que es el final. ¿No te parece, Marcos?

—Sí. Acabemos de una vez.

Los hermanos se pusieron a la obra en silencio. Con decisión, Gerardo se acercó al esqueleto y, con un gesto brusco, le arrancó el destornillador clavado. Sólo un poco de polvo salió de la nuca del cadáver. La calavera, sin

embargo, no se deshizo y con sus mandíbulas de hueso parecía burlarse de los que tenía a su alrededor. Escondiendo el destornillador en su chaqueta, Gerardo susurró:

—...esto es mejor que desaparezca de aquí... yo me encargo.

Ante el bulto, el psicólogo propuso:

—Coge esa pala y el rastrillo... vamos a cavar una tumba.

No tardaron más de veinte minutos en abrir una fosa dentro de la cueva. Los restos hicieron un ruido sordo al caer al agujero. No quedaba mucho que enterrar. Eran sólo unos huesos. Con presteza taparon el hoyo. Al terminar nadie dijo nada, ni una oración, ni una palabra.

Todos se alejaron de aquel horrible lugar sabiendo que aquella pesadilla nunca más habría de alcanzarles; era sólo un recuerdo y los recuerdos, por horribles que sean, no tienen manos ni brazos para atrapar a nadie; son sólo niebla que se disipa a la luz del sol. El pequeño grupo salió de la cueva. La hiedra se cerró tras sus pasos y ocultó el terrible secreto para siempre.

De común acuerdo, condenaban al monstruo al olvido eterno. La infancia de dos niños quedaba así resguardada para siempre más allá de una cortina de hiedra.

—Volvamos a casa —propuso Gerardo.

Ya en el coche, de vuelta a casa, el ambiente fue distendido y alegre. En el asiento de atrás Laura abrazaba a Marcos y su novio la miraba sonriente. Delante Gerardo hablaba de manera doctoral:

—... mamá nos mintió, nos mintió a todos. Se acusó del asesinato que no había cometido para librarte a ti de toda culpa. Con buena fe quería que lo olvidaras todo y no podía saber que eso te estaba matando por dentro. Tu curación venía del recuerdo no del olvido. Pero era una buena mujer e hizo lo que creyó mejor para su hijo.

—...y también mintió a la policía... —siguió María.

—Sí. Tras el asesinato se inventó la historia de que papá les había abandonado, que se había ido... y nadie hizo más preguntas. Nadie buscó a una persona que, además, no era querida por nadie...

—Eso seguro, menuda bestia... —confirmó María— ¿Y vosotros qué opináis por ahí detrás?

Laura y Marcos se dieron por aludidos. Marcos respondió:

—Pues a mí me parece que ahí no acabó el heroísmo de mamá. Tras el asesinato y con la liberación se vio enfrentada al mundo real. Se había pasado

más de veinticinco años encerrada en esa cabaña. Estaba demasiado destrozada moral y físicamente como para ser capaz de darme una vida digna...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gerardo, intrigado.

—Que mamá no estaba loca, aunque la hubieran ingresado en un psiquiátrico. Sospecho que se hizo pasar por loca o por desequilibrada para que una familia normal me acogiera y pudiera tener una vida como los demás niños...

Ante la explicación de Marcos el grupo se volvió a quedar en silencio. Era una teoría muy plausible. Y confirmaba, aún más, el heroísmo de aquella mujer, débil y desgraciada.

Laura miró, entonces, a Diego.

—¿Sabes que has heredado mucho de la bondad de tu madre?

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo veo en tu mirada, yo puedo verlo. Y soy muy feliz de que estemos juntos. Opino que hay que celebrarlo.

—¡Eso es genial! —gritó María con entusiasmo— organizaré algo en casa...

—Me parece muy bien —asintió Laura— pero antes hay algo que quiero hacer con Marcos.

Ante la extrañeza del grupo, Laura le dijo a su novio con un tono misterioso:

—Marcos, lo que más me apetece es ir, de nuevo, a una exposición contigo.

El plan se perfilaba con nitidez en la mente de Laura. Pero antes tenía que prepararlo todo. Cuando entró en casa, después de todo lo vivido, se sintió como una extraña, todo le era ajeno... los muebles, su habitación. Era como si hubiera vuelto siendo otra persona. Nada de lo que veía le pertenecía ni le importaba. Cogió un peluche en las manos y lo devolvió, indiferente, sobre su cama. Oyó, entonces, el relinchar de caballos. Se oyó un disparo y unas voces gritando. “Mamá y sus westerns”, pensó y entró en la habitación de su madre. Al cruzar la puerta estaba nerviosa, lo que tenía que decirle era crucial y, en cierta medida cruel, y se imaginó una escena por parte de su madre. Allí estaba, recostada en la cama con los ojos abiertos mirando la pantalla.

—¿Es buena? —preguntó Laura al entrar.

—Psss... ya la he visto ¿Ves? ahora a ése le matan ¿ves? Pero no importa sólo es un sicario del malo. El malo es el que va de negro. El bueno va de blanco...

“Blanco y negro”, pensó Laura, “justo lo contrario a la realidad”. Lo que había vivido le había mostrado una amplia gama de... grises. ¿Hay buenos? ¿hay malos?.. Quién sabe. ¡Y a quién le importa!, concluyó, ella sólo quería ser feliz con Marcos...

—Mamá ¿puedo hablarte de algo?

—Habla...

—Pues apaga la tele...

—No te preocupes te oigo perfectamente.

—Eso ya lo sé. Pero lo que tengo que decirte es importante y no me apetece compartirlo con John Wayne.

—Vale... mira que eres pesada, hija mía. Ya está. Me quedo sin western. Estarás contenta.

—Mira mamá...

Y entonces Laura dudó. Estuvo a punto de no decir nada, pero apretó los puños para decir:

—Te dejo, mamá.

—¿Dónde? ¿Dónde me dejas?

—No te hagas la tonta. He conocido a un chico y me voy a vivir con él.

—Seguro que es ese panoli de Diego...

—No... no se llama Diego, se llama Marcos.

—Pues a ese no le conozco. Y parecías una pánfila...

—Que no, mamá... que Diego, en realidad, se llama Marcos.

—Pues sí que es complicado ¿de qué trabaja? ¿de agente secreto?

—No, mamá... y no te andes por las ramas... nos vamos a vivir juntos.

—Como quieras. Que te aproveche. Que seas muy feliz con tu Marcos-Diego o Diego-Marcos.

—¿Y ya está?

—Pues sí. Ponme el western.

Laura, alucinada, subió el volumen y los disparos invadieron la habitación. Salió del cuarto como sonámbula y se volvió para mirar a su madre. Seguía absorta con la película. Y de escenita nada de nada, ni una pataleta... la dejaba marchar sin quejarse, sin fingirse víctima de un virus incurable... “Esto no puede ser”, se dijo Laura. Alzó la voz más que la película para preguntar:

—¿Mamá, estás bien?

—De perlas.

—¿No tienes nada que decir?

—...que me dejes ver el western... estás loquita por el chico ése... de qué quieres que hable... otra corderilla para el lobo... no has descubierto nada... mira tu padre y yo misma...

Laura retrocedió ante esas palabras.

—No es verdad... Marcos es diferente...

—Lo que tú quieras. Marcos para ti... y el western para mí... ah y puedo asegurarte que mi película acaba bien. De lo tuyo no estoy tan segura...

Y la mujer clavó los ojos en la pantalla. Laura la miró congelada desde el umbral. “Es odio, son celos”, pensó. Y, bruscamente, abandonó la habitación. La rabia le creció por dentro pero no tardó en desaparecer. Había cumplido su misión. Ya era libre. Su siguiente paso era hablar con Isabel. Sabía que su amiga estaba angustiada. Pero también sabía que no podía contarle la verdad. Al menos, no toda la verdad. En cierta manera, también era una prueba y tenía que hilar fino. La historia que iba a contar empezó a formarse en su mente...



Sentada en la mesa, Isabel la miró con incredulidad y desconfianza:

—Así que Diego se ha curado de su enfermedad.

—Sí... pero no se llama Diego, es Marcos.

—Es verdad... ay, hija es que me tengo un lío... mira que te los buscas raritos, no te bastaba con un funcionario...

—Quiero a Marcos, eso es todo.

—Ya, ya, no paras de repetirlo... ¿y me dices que le dieron una pastilla?

—Sí —mintió Laura— tiene un nombre muy complicado acabado en “ina”... no me acuerdo...

—Lo que es seguro es que no era una aspirINA...

—No, mujer no, es mucho más fuerte, pero ha resuelto sus problemas de personalidad...

—Pues eso es lo que importa, digo yo.

Laura se sintió mal por mentir a su amiga pero lo que había vivido con Marcos era un secreto que les pertenecía. Además había un asesinato de por medio y ¿a quién le importaba? El monstruo no era más que una tumba anónima en una gruta y se lo tenía merecido... no había razón para sacarlo todo a la luz. Por una vez, se había hecho justicia.

—He quedado esta tarde con él en el Museo Antropológico...

—¡Donde os conocisteis! ¡qué bonito! ¡qué bonito!

Laura asintió, pero la cita tenía mucho más que una intención romántica. Ése era otro secreto que no podía revelar a su amiga...

## EPÍLOGO

La estación de Atocha era un hervidero de gente hacia las siete de la tarde. Laura esperaba en el invernadero y miraba las plantas con curiosidad. Estaban resacas, polvorientas y le dieron lástima. La cúpula de cristal las alejaba del aire, de los pájaros. Ningún ave se posaba en sus ramas y nunca notarían la brisa. Recordó, entonces, que esas mismas plantas la habían asustado en el pasado. Se sorprendió por ello. ¿Cómo pudieron asustarla unas hojas quebradizas, unas raíces resacas? Se olvidó, entonces, de las plantas y levantó la mirada: la gente pasaba con prisa sin mirarla, cada persona era la misma y era diferente, sólo siluetas cruzando la gran estación. De repente, entre las móviles siluetas, distinguió a Marcos. Lo reconoció al instante a pesar de la lejanía... su manera pausada de caminar era inconfundible. Era un momento de calma en medio de la vorágine de los pasajeros. Y amaba su calma tanto como lo amaba a él. Ya junto a él se precipitó en sus brazos...

—Así que hoy vamos de exposición...—dijo Marcos sonriente después de besarla.

—...al Museo Antropológico —puntualizó Laura.

—¿Sabes que allí conocí a la mujer más importante de mi vida?

Laura le besó sonriente.

—¿Hay una exposición interesante? —añadió él.

—Ya lo verás.

Cogidos de la mano, salieron de la estación y se acercaron al museo. Allí Laura se detuvo y se dirigió a su novio:

—¿Recuerdas a Jano?

—Claro, el dios de las dos caras. Fue la exposición donde nos conocimos.

—Mira ahora el cartel.

Marcos contempló el cartel sin comprender. Era una nueva exposición dedicada a la isla de Pascua y a sus efigies...

—No comprendo... ¿qué quieres que mire? —dijo Marcos.

—Jano... ya no está... ya no hay dios de las dos caras —le dijo Laura.

Marcos comprendió. Miró, entonces, a Laura con ternura y le dijo para tranquilizarla:

—Es verdad, sólo estoy yo, ya no hay Jano. Ya no hay dos caras, sólo hay una. Gracias a ti he podido encontrarme conmigo mismo.

—No olvides —contestó Laura— que yo también tengo mucho que agradecerte.

Marcos la miró extrañado.

—Sí...—continuó Laura— la chica que te conoció tenía miedo de todo. De su madre, de los demás, hasta de sí misma... Pero después de haberte conocido yo también soy otra, más fuerte, más segura y, sobre todo... más feliz. La princesita ñoña tras conocer al sapo y ayudarlo se ha convertido en mujer.

Se abrazaron, entonces, a la entrada del museo y se sintieron, de nuevo, como una pequeña isla en medio de todos. No había ruido de coches ni de gente, sólo sus respiraciones cerca, muy cerca... Marcos susurró suavemente:

—¿Te interesa, de veras, esta exposición?

—La verdad es que me da igual —sonrió Laura— pero hace una tarde preciosa. No me apetece estar encerrada. ¿Vamos al Retiro?

—Claro —dijo Marcos sonriente.

Y se alejaron abrazados, valientes, felices porque eran dos extraños pero se habían reconocido en el mismo centro de la noche.

## FIN

### NOTA DEL AUTOR

Si te gustó esta novela, te estaría muy agradecido que dejaras tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo más novelas del ciclo “Almas rotas”. Tu apoyo es muy importante.

Puedes dejar tu opinión en amazon.com o en amazon.es. Para eso, tienes que poner “libros” en el buscador, luego el título (Herederás nuestros pecados) para ir a la sección “Opiniones de clientes”. Allí puedes escribir tu opinión y hacer tu valoración en estrellas.

Por cierto, si además amazon te manda un mail pidiéndote tu valoración del libro, te agradecería que también allí dejaras tu opinión.

Gracias por tu apoyo.